HARLEQUIN

Tentación™

Nos queda lo mejor

DIANA PALMER

La joven secretaria Ivy McKenzie estaba perdidamente enamorada de Ryder Calaway, un magnate de los negocios. Pero la pasión abrasadora que surgió entre ellos y el rechazo posterior, asustó a la inexperta Ivy.Ahora, cinco años después, Ivy descubrió que la atracción que sentía por Ryder seguía asustándola.Ryder, educado en la alta sociedad, siempre había conseguido lo que quería, menos a Ivy. Ahora su paciencia estaba a punto de agotarse. Debía ser suya irresistiblemente.

Diana Palmer

Nos queda lo mejor

Tentación - 369

ePub r1.0

Capítulo 1

EL frío paisaje invernal era tan deprimente para Ivy como los últimos meses de su vida, aunque sentía cierta excitación al mirar la carretera que cruzaba aquellos campos. Ryder estaba en camino. Se sentía culpable porque necesitaba verlo, escucharlo, quererlo. Siempre lo había amado, aunque le diera miedo. Fue su secreta pasión por Ryder lo que la había arrojado aterrorizada hacia un trágico matrimonio que había terminado hacía seis meses con la muerte de su marido. Aquella iba a ser la primera vez que vería a Ryder desde el funeral, y se sentía alegre y triste al mismo tiempo.

Estaba más delgada, pero eso sólo la hacía más atractiva. Era alta y esbelta, su pelo negro era largo y rizado y su piel fresca y cremosa. Sus ojos eran tan negros como el azabache -heredados de su abuela francesa- y enmarcados por unas pestañas largas y seductoras. Ryder siempre le había dicho que era como la mujer de un cuadro que tenía colgado en el salón de su casa, una representación de un poema titulado El hombre de la carretera. Aunque a veces Ryder era demasiado bromista.

Ryder había estado en el funeral, en el condado de Clay, Georgia, a las orillas del río Chattahoochee, a media hora de camino de la casa de Ivy en el suroeste de Georgia. Enterraron a Ben en el cementerio de la pequeña iglesia bautista a la que acudía cuando era niño. Ryder también había ido a su casa, y ella tuvo que fingir que no lo había visto, fingir que sentía pena por la muerte de un hombre que había hecho dé su vida un infierno.

Ryder no podía saber lo mucho que la había afectado su presencia, que le había recordado que su secreto amor por él pudo haber sido la causa de la muerte de Ben. A Ben le había dolido que Ivy no pudiera responderle en la cama, y a consecuencia de eso se

había convertido en un borracho. El accidente que le ocasionó la muerte sucedió cuando estaba borracho e Ivy se sentía responsable.

Recordó sus años de adolescente, cuando Ryder era todo su mundo y no podía pensar en nada más que adorarlo. Pero él nunca había adivinado lo que ella sentía. No pudo evitar sonreír al pensar en la ternura que él parecía reservar exclusivamente para ella. Desde luego, no era el hombre más dulce del mundo, tenía un carácter muy fuerte, aunque con Ivy nunca había perdido los estribos.

—Esta es la primera vez que te veo sonreír desde hace semanas —observó Jean McKenzie, mirando a su hija desde el pasillo—. Así estás más guapa, cariño.

—Estoy segura de que no —contestó Ivy.

Se dio la vuelta y fue a abrazar a su madre. Hundió su cara en aquel pelo que olía a especias.

—Pero tú eres una muñeca —1e dijo—, así que hacemos una pareja perfecta.

—¡Ja! —exclamó Jean—. Deja que me ría. Lo último que necesitas es quedarte aquí durante el resto de tu vida —dijo; luego al ver el pánico en la mirada de su hija, su tono se suavizó un poco —. Escucha, cariño, ya han pasado seis meses. Tienes que empezar a mirar hacia delante. Necesitas un cambio. Un empleo. Una nueva meta. A Ben no le gustaría verte así —añadió.

Ivy suspiró y se apartó de su madre.

—Sí, ya lo sé. Se va haciendo más fácil a medida que pasa el tiempo.

—Sé .lo que es. Perdí a tu padre cuando no eras más que una niña —dijo Jean—. De alguna manera, siento que no tuvieras un hijo, eso haría que las cosas resultaran más sencillas. Como me sucedió a mí.

—Sí. Es una pena —murmuró Ivy.

Pero en realidad no pensaba como su madre. Con un hijo todo hubiera sido un desastre. En primer lugar, Ben había sido un buen amigo, pero nunca fue un buen amante. Siempre había tenido prisa, y al final se había mostrado impaciente y molesto porque Ivy no podía sentir por él la pasión que él sentía por ella. Lo había engañado al casarse con él, y después de su muerte se sentía, sobre todo, culpable. Nunca había sentido pasión. Durante los últimos

meses de su matrimonio llegó a preguntarse si podría sentirla alguna vez. Le había prometido a Ben que iría a un especialista, aunque sin saber qué podría encontrar. Su infancia había sido irregular, pero feliz. No le dejó ninguna cicatriz. Simplemente, Ben no la atraía físicamente, porque su cuerpo y su alma pertenecían a otro hombre, a un hombre que siempre la había visto como la mejor amiga de su hermana, pero nada más. Y, ¿qué podría hacer un psicólogo con ella?

El dinero había sido otro de sus problemas. Ben gastaba mucho dinero cuando estaba borracho, y cuando ella insistía en ponerse a trabajar, tenían discusiones terribles. Al final ella había desistido y se había resignado a vivir pobremente. Los meses se convirtieron en años e Ivy se retiró del mundo, evitando el contacto con los demás, especialmente con Ryder. En realidad, se vio obligada a hacerlo, ya que Ben se había puesto furioso cuando la vio hablando con él en casa de su madre.

Y un mes antes que ella cumpliera veinticuatro años, una pieza de maquinaria pesada había caído sobre él. Un accidente desafortunado, le informaron, pero ella se dio cuenta de que estaba borracho cuando se había ido a trabajar. Aquella mañana había vuelto a ponerse furioso con ella a causa de Ryder. La acusó de serle infiel con el pensamiento, de hacer de su vida un infierno, y aquellas palabras se habían clavado en su mente.

Asistía a menudo a la iglesia con su madre, y sólo gracias a la fe lograba superar su sentimiento de culpa. En realidad, la fe era lo único que la mantenía en pie.

—¿Cuándo llamó Ryder? —preguntó súbitamente.

—Hace una hora —repuso Jean bostezando; era muy temprano y sólo se había tomado un café.

Así que se acercó a la cafetera y sirvió una taza más para ella y otra para Ivy.

—¿Se va a quedar por mucho tiempo?

—¿Quién puede decir cuáles serán los planes de Ryder Calaway? —dijo la señora McKenzie con una sonrisa mientras volvía a atarse la bata y se sentaba a la pequeña mesa blanca de la cocina—. Aunque lo conocemos desde hace muchos años, ese hombre sigue siendo un misterio.

—Eso es verdad —convino Ivy sentándose a su lado—. Este es

un lugar muy extraño para un hombre de negocios como él, ¿no?

Sí que lo era. Ellas vivían en un pequeño condado rural del suroeste de Georgia, en una zona agrícola cerca de Abany. Los vecinos vivían muy alejados entre sí, incluso en la ciudad. La agricultura estaba muy desarrollada, y había granjas muy grandes. Los propios padres de Ivy habían tenido una granja hasta la muerte de su padre, Jean aún vivía en ella; ahora tenía dos gallineros y empleaba a una familia para recoger los huevos y alimentar a los miles de pollos hasta que estaban listos para ir al mercado. Un amigo de Ryder era su intermediario para la venta.

Después de graduarse en el instituto, Ivy se fue a trabajar para la empresa de construcción de Ryder en Albany durante algunos años, antes de darse cuenta de que su amigo Ben Trent también trabajaba allí. Habían ido juntos al colegio y comenzaron a salir. Sin apenas darse tiempo para conocerse se casaron. Ivy frunció el ceño al recordar la sorpresa de Ryder al enterarse de su boda, pero se había mostrado reservado y distante, y después de la boda se había marchado a Europa durante algunos meses para fundar una nueva empresa.

Como su madre había dicho, Ryder era un hombre misterioso. Compraba tierras como una mujer compraba zapatos, y a juzgar por el coche que tenía y su avión de lujo, nunca tenía problemas de dinero. Pero Ivy no lo quería por su dinero. Lo quería porque era Ryder. Tenía una personalidad indomable. Lo adoraba desde el colegio, cuando no dejaba de rondar su casa con su hermana pequeña. Ivy siempre fue bien recibida en la gran casa de ladrillo rojo con el jardín de rosas que estaba situada al final de la carretera donde vivían los McKenzie. Y a Ryder nunca le había importado invitarla cuando llevaba a su hermana al cine o al campo, acompañado desde luego por la chica con la que estuviera saliendo en aquel momento.

Luego se había marchado a la universidad y después a Albany para hacerse cargo de una pequeña empresa de construcción que estaba en bancarrota. Al cabo de algunos años había transformado aquella empresa en un gigante con oficinas en Atlanta y Nueva York; este negocio parecía ocupar todo su tiempo. Además, después del matrimonio de su hermana con un hombre de negocios del Caribe, Ryder vivía solo en la casa de ladrillo rojo. Tenía treinta y

cuatro años, diez más que ella. Ivy se preguntaba por qué no se habría casado. Seguro que con su dinero y su apostura no le habían faltado oportunidades.

Se quedó mirando su taza de café mientras Jean se levantaba para retirar el tocino de la sartén y mirar las galletas que estaba horneando. Nunca debía haberse casado con Ben sintiendo lo que sentía por Ryder. Vivía con la sensación de que a Ben no le había importado morir. El le había pedido más de lo que podía darle, sobre todo en la cama. Pero ella era frígida. Seguramente aquello formaba parte de los problemas que tuvo durante su matrimonio. Pero si lo hubiera intentado con mayor interés, tal vez Ben no habría pasado tanto tiempo con sus amigos. Quizá no se habría emborrachado tan a menudo, o no habría pasado la mayor parte del tiempo que estaban juntos tratando de herirla. Había sido un muchacho jovial y dulce, pero al final se había convertido en un borracho vicioso, y todo demasiado aprisa...

—¿No es ese el coche de Ryder? Cada vez veo peor —murmuró Jean mirando por la ventana.

Ivy se levantó con un vuelco en el corazón.

—Un jaguar negro —dijo asintiendo—. ¿Dijo por qué venía?

—¿Lo hace alguna vez? Será una de sus visitas de después de uno de sus viajes —señalo Jean riendo—. No ha estado por aquí desde el funeral.

—Bueno, me alegro de que haya venido, cualquiera que sea la razón —confesó Ivy—. Ryder sabe cómo levantar el ánimo de la gente.

—Y a una de nosotras es lo que le hace falta —musitó Jean.

Ivy se dirigió al porche envuelta en su caliente bata de franela, asegurando el nudo inconscientemente al ver cómo aquel hombre alto y moreno descendía de su elegante coche. Como siempre, su corazón comenzó a latir con más intensidad al verlo, y sintió que la recorría una placentera excitación. Sólo Ryder tenía ese efecto sobre ella.

Ryder se acercó caminando. Todo en él indicaba que era el dueño de una empresa, desde su rostro, que parecía tallado en cemento, a sus enormes manos. Debía medir uno noventa, todo músculos, un cuerpo que podría haberle dado una fortuna en el cine. Todavía le gustaba trabajar en la construcción, y algunos

sábados ayudaba a sus hombres en las obras que tenían en la ciudad. Sus ojos eran grises, con mirada profunda y dura a un tiempo. La boca era sensual pero de gesto firme. Vestía un traje gris que se adaptaba perfectamente a su cuerpo, como si fuera seda.

—No te veo mal, pequeña —observo con una mirada llena de ternura—. Pero podrías tener algún kilo más entre el cuello y las rodillas—. Tenía una voz oscura y aterciopelada.

Ivy sentía que la sangre le corría por el cuerpo inundándola de una agradable calidez. Le provocaba aquella excitación que había sentido desde que lo conocía y que nunca había podido explicarse. Sonrió sin querer y lo miró cariñosamente.

—Hola, Ryder.

—Hola, preciosa —murmuró él y la miró desde la altura de sus casi dos metros.

Guardaron silencio unos instantes. El parecía examinarla con la mirada.

—¿Ni siquiera me vas a dar un beso? —le preguntó ella, tratando de que volviera el afecto de su juventud, para que él no se diera cuenta de sus dolorosos sentimientos—. Hace meses que no te veo.

El rostro de Ryder pareció contraerse antes de responderle.

—Me estoy volviendo viejo, pequeña ——dijo y la asió por la cintura izándola hasta ponerla a su nivel—. No pasará mucho tiempo antes que se me olvide cómo besar a una chica.

—No lo creo —contestó ella con una sonrisa.

Se apoyó en sus hombros y sintió la fuerza de sus músculos, tensos bajo la ropa. Parecía cambiado. No era el hombre libre y salvaje que había conocido. Era mucho más observador, pero seguía siendo muy masculino. Olía a tabaco y a colonia cara. Sentía la presión de sus manos en la cintura.

—Pareces cansado —señaló con suavidad.

—Estoy cansado —replicó, y miró sus labios—. Tienes una boca muy bonita, ¿te lo he dicho alguna vez? Bueno, ¿qué esperas? No tengo todo el día.

—¿Yo tengo que besarte? —preguntó Ivy enarcando las cejas con un gesto inocente.

—Es mejor —murmuró él—. Si te beso yo, sabe Dios dónde acabaremos.

—Promesas, promesas. —sonrió Ivy—. Oh, Ryder; me alegro mucho de verte.

—Has estado escondiéndote un poco, ¿no es verdad, chica guapa? Tendré que llevarte de la manó.

—Supongo que lo necesito —suspiró ella.

Se inclinó sobre él y acarició su nariz con la suya.

—¿En dónde has estado todo este tiempo?

—En Alemania —respondió con una rara entonación en la voz —. Ivy —susurró mirándola a los ojos.

El sonido de su voz era extraño. Ivy frunció el ceño y sintió cómo la atraía contra su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con suavidad.

De repente la besó en el cuello. Notaba su respiración agitada y se puso muy rígida al sentir sus labios sobre la piel. Ryder abrió la boca y le acarició el cuello con la lengua. Aquella sensación era chocante y muy íntima. Suspiró y se estiró.

—¿Te sorprende? —murmuró él.

Ascendió besándola hasta la oreja y le mordió el lóbulo. Los fuertes brazos de Ryder la rodeaban y la estrecharon con fuerza hasta que ambos estuvieron tan cerca como no habían estado desde hacía cinco años. Seguía besándola en el lóbulo, y ella comenzó a temblar, a arder. Le temblaban tanto las piernas que creía que no podrían sostenerla. Nunca se había sentido de ese modo con Ben. Incluso cuando habían llegado a mayor intimidad, nunca se sintió arder por él. Cerró los ojos, y podría haber gritado de placer al sentir su boca sobre la piel. Los sueños la habían sostenido durante mucho tiempo, pero la realidad los eclipsaba.

Hizo una mueca. "Ben", pensaba, "Ben, lo siento, lo siento".

Debió pronunciar su nombre inconscientemente, porque Ryder se puso rígido de repente, se quedó mortalmente quieto. La dejó en el suelo y la soltó. Su expresión parecía tallada en granito y su mirada era fría como el hielo.

—Nunca cometas ese error —le advirtió en un tono cortante—. No soy un sustituto de nadie, Ivy.

Ella se ruborizó.

—Pero, Ryder...

—¿En dónde está tu madre? ¿Dentro, mirando a ver qué es lo próximo que ocurre? —preguntó con una sonrisa.

La dureza de su rostro se había esfumado, y allí estaba Ryder otra vez, indiferente a su rubor. La tomó del brazo.

—¿Qué tal si desayunamos? Estoy muerto de hambre. Comí algo en el avión y no he vuelto a probar bocado.

Era imposible. Hacía un minuto estaba vibrando de deseo por él y en aquel momento le daban ganas de propinarle una bofetada.

Tú y tus ganas de comer -le espetó-. Tu hermana solía morirse de risa cuando nos contaba tus escapadas nocturnas a la cocina.

—La echo de menos. Vive con Curt en Nassau, pero apenas voy por allí.

—Me escribió hace unas pocas semanas.

En aquel momento su madre apareció por la puerta.

Ryder la rodeó con el brazo por la cintura, se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla.

—Cariño —dijo teatralmente—. Fúgate conmigo.

—Oh —suspiró Jean—. No puedo. Todavía no he fregado los platos.

—Qué cínica —replicó Ryder con una mueca fingida—. Me has roto el corazón. No estaré bien hasta que no me coma un plato de huevos revueltos, un par de tostadas, una taza de café... —iba diciendo según se dirigía hacia la cocina.

—Tú estómago será tu perdición —bromeó Ivy siguiéndolo.

—Sólo si me caso con una mujer que no sepa cocina —señaló Ryder sentándose a la mesa—. Dios mío, estoy harto del coche.

—¿De dónde venías? —le preguntó Ivy mientras le ponía un plato lleno en la mesa.

—La cigüeña me trajo de...

—La cigüeña no habría podido contigo.

—¿Qué estás insinuando? Otro comentario sobre mi peso y te voy a poner los huevos revueltos de corbata.

—Matón —le dijo Ivy con arrogancia.

Tengo unas inclinaciones muy terrenales -replicó Ryder.

Ivy se ruborizó, dando las gracias porque su madre estaba de espaldas a ella. No podía mirarlo a los ojos. Al recordar el tacto de sus labios sobre la piel, le temblaban las piernas. Era una gran infidelidad sentir deseo por un hombre cuando sólo hacía seis meses que se había muerto su marido. Sólo que deseaba a aquel hombre en cuerpo y alma desde que tenía quince años. Lo había deseado

desde el primer día que lo vio. Pero él era rico y ella pobre y demasiado joven. Así que ocultó sus deseos inalcanzables y se había casado con Ben. No podía soportar volver-al pasado. Había engañado a Ben y ahora él estaba muerto. Le debía alguna pequeña lealtad. Además, Ryder no la deseaba como ella lo deseaba a él, tan sólo estaba bromeando, de eso estaba segura.

Ryder, mirándola se daba cuenta de la barrera que estaba levantando entre ambos. Suspiró y bebió un sorbo de café que Jean acababa de servirle.

—Vine desde el aeropuerto de Atlanta. La casa está fría y no hay calefacción...

—Puedes quedarte con nosotras —dijo Jean—. Tenemos una habitación vacía.

—Claro que sí —la secundó Ivy, que seguía sin poder mirarlo. Ryder la miró. No sabía si quedarse.

—No se preocupen, no querría molestarlas. Puedo comprar ropa interior de invierno y envolverme en una manta.

Al imaginar lo que había dicho, Ivy rompió a reír. Ryder podría haber ido al hotel, podría haber comprado el hotel si hubiera querido, y parecía como si se fuera a morir congelado si no dormía en su casa.

—Pobrecito —dijo Ivy, ruborizándose y con los ojos chispeantes.

—En algunos sentidos soy pobre —asintió él, y en su rostro iba creciendo una sonrisa, cautivado como estaba pon la belleza de Ivy —. Eres muy guapa, Ivy —dijo y se obligó a minan al plato—. Me quedaré en mi casa, pero les agradezco que me inviten a desayunar. Estaba muerto de hambre, y esto es delicioso.

—Gracias —respondió Jean sonriéndole.

—¿Ivy cocina tan bien como tú?

—Por supuesto —replicó Jean.

Ryder apretó los labios y sonrió.

—Mi estómago está oyendo campanas de boda.

Ivy se puso pálida. Ryder no podía sentir lo que estaba diciendo y no entendía lo mucho que le dolían a ella aquellas bromas. Además, Ben le pesaba sobre la conciencia. ¡Ella lo había matado...!

Se desmayó y Ryder la sostuvo cuando estaba a punto de caerse al suelo.

—Por Dios... —exclamó, y su rostro reveló su conmoción y su

sorpresa.

—Se recuperará —dijo Jean—. Últimamente apenas ha dormido y ha comido muy poco. No ha pasado mucho tiempo, y ella lo quería.

—Sí —asintió Ryder con frialdad—, ya lo sé.

Jean lo miró, pero apartó la minada inmediatamente, porque lo que había visto en su rostro era demasiado íntimo.

—Ven, recuéstala aquí. Voy por una manta.

Ryder llevó su ligera carga al cuarto de estar y la depositó con suavidad sobre el sofá. Se arrodilló a su lado, apartándole el pelo de la cara. Era como la bella durmiente, pensó irracionalmente. Sus ojos parecían ascuas y su corazón latía con fuerza.

Se fijó en sus pestañas, y aquellos ojos confusos se abrieron y le sonrieron. Sintió deseos de besarla, pero oyó la voz de Jean, aunque no supo lo que le decía, y se levantó. Se apartó y dejó que cubriera a Ivy con la manta. Finalmente, Ivy se incorporó. Parecía un poco avergonzada.

—Lo siento —se disculpó, y se fijó en Ryder, que tenía el aspecto de un muerto viviente—. Ryder, lo siento. Es sólo que...

—Ya sé lo que es. Yo también lo siento —replicó él—. Tal vez sea mejor que me vaya.

—¿Sin terminar de desayunar? —preguntó Ivy—. ¿Por qué?

—No quiero volver a molestarte.

Jean murmuró algo acerca de agarrar la manta y llevársela a su habitación, peno ellos no se dieron cuenta.

—No lo harás —continuó Ivy, desconcertada por la frialdad de su mirada.

—Ha muerto —dijo él con aspereza—. Nada que puedas decir o hacer o sentir o pensar te lo devolverá. Si la mención de la palabra boda tiene el efecto de...

—Normalmente no me pasa nada. No he comido mucho últimamente y estoy un poco débil.

—Y sensible —añadió él—. Después de seis meses, todavía estás sensible, y nerviosa.

—Tengo derecho a estarlo —apuntó ella con enfado—. ¡Lo quería!

Tal vez si lo decía podría acabar creyendo que de verdad lo había querido, que no había engañado a su marido a causa de lo

que sentía por Ryder.

El no dijo nada, tan sólo la miró a los ojos.

—¡Lo quería! ¡Lo quería! ¡Lo quería!

Escondió la cara entre las manos y se le saltaron las lágrimas.

—No puedo seguir viviendo así —susurró.

—Puedes; y lo harás —dijo él levantándola del sofá y sosteniéndola en pie—. Esto tiene que acabarse. Seis meses son suficientes para llorar delante de una tumba. Vas a comenzar a vivir de nuevo.

—Eso parece una amenaza. ¿Qué vas a hacer, ocuparte de mí como de tu empresa? ¿Remodelarme? ¿Renovarme?

—Algo así —repuso él con indiferencia; sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo tendió—. Ahora deja de lloriquear, me molesta.

—Nada te molesta —dijo ella— sonándose obedientemente la nariz—. Bueno, tal vez las cosas pequeñas. Como el día en que tu coche se quedó parado en un embotellamiento y al día siguiente, cuando conseguiste arrancarlo, lo llevaste a una obra y le tiraste una bola demoledora en pleno parabrisas —dijo con una sonrisa—. Me pregunto qué le dijiste a la compañía de seguros.

—No les dije nada. Me compré otro coche, de otra marca.

—Debe ser maravilloso tener tanto dinero.

—No puedo comérmelo —repuso Ryder—, o bebérmelo. O dormir en él en una noche de invierno. Aunque puedo empapelar las paredes, o liar tabaco.

—Estás loco.

—Gracias. Pero tienes razón, estoy loco por ti. ¿Qué tal si desayunamos antes que me muera de hambre? He gastado mis últimas energías trayéndote hasta aquí.

Ivy soltó una carcajada.

—Está bien. Vamos, saco sin fondo. ¿Dijiste que habías comido en el avión?

—Cuando salimos de Alemania. Dios mío, las compañías aéreas deberían tener en cuenta a las mujeres embarazadas y a los hombres que trabajan duro cuando sirven la comida.

—¿Y tú eres de los que trabajan duro, o del otro grupo de...? ¡Oye! —exclamó Ivy al sentir una palmadita en el trasero.

—Prohibido pelear en la mesa —intervino Jean, amenazándolos con el dedo.

—Está bien, por ahora se ha librado —dijo Ryder mirando a Ivy de reojo.

Aquella mirada y aquellas palabras le encantaron, pero tenía que disimular. Se dio la vuelta y dijo algo gracioso.

No había olvidado lo que había ocurrido en el porche. Era infiel a Ben, no merecía ser feliz. No se permitiría tener a Ryder, porque había llenado de desesperanza a Ben, la cual lo había conducido a la muerte. No sería justo conseguir la felicidad a ese precio.

Capítulo 2

RYDER respondía a las preguntas de Jean sobre su último viaje, pero mientras tanto no dejaba de mirar a Ivy. Ella se sabía observada, y estaba más inquieta de lo que nunca había estado:

—¿Quieres más tocino, cariño? —le preguntó Jean a su hija por segunda vez.

—¿Qué? Ah, no, gracias, ya comí bastante —respondió Ivy con una sonrisa, y luego bebió un poco de café.

—Es como si no hubieras probado un bocado desde hace semanas —observó Ryder.

Acababa de encender un cigarrillo y no dejaba de escrutarla. Estaba reclinado en la silla y su aspecto era muy arrogante.

—Apenas come. Métele algo de sentido común en la cabeza, Ryder —dijo Jean levantándose de la mesa y marchándose.

Ryder jugueteaba con la taza de café, mirando a Ivy con un extraño brillo en los ojos.

—Creo que lo que más necesitas es alejarte de las cosas que te recuerdan el pasado. Al menos por algún tiempo.

—Eso está muy bien. Pero tengo un total de veintiocho dólares con treinta y cinco céntimos en mi cuenta corriente.

—¿Pero, que piensas que te estoy sugiriendo? ¿Un viaje de turismo? —gruñó él—. Escucha cariño. Tengo una cabaña en las montañas del norte de Georgia, una casa en Nassau y otra en Jacksonville. Elige, te llevaré en avión.

Ivy sonrió.

—Eres muy amable, pero no puedo.

—¿Por qué no? No trataré de seducirte —insistió él con una sonrisa, aunque sin rastro de humor en la mirada—. Sólo te ofrezco unas vacaciones.

—No estoy segura del lo que quiero hacer, todavía no —repuso Ivy lentamente.

—No me tienes miedo, ¿verdad? Estoy seguro de que no. Nos conocemos bien.

Ivy le miró con ojos penetrantes.

—Sí, creo que si te tengo un poco de miedo. ¿Te importa?

Ryder le sonreía con ternura.

—La verdad, Ivy, es que no me importa lo más mínimo.

A pesar de haberse casado, Ivy se sentía muy ingenua en algunos aspectos. Miró a Ryder con curiosidad y pensó que probablemente había estado con más mujeres que la mayoría de los hombres que había conocido. Al pensar en Ryder con otra mujer en la cama le dio un vuelco el corazón y se enfureció. Se alegró de que su madre volviera para así poder evitar más frases embarazosas:

—He puesto aquí algunas galletas para que te las lleves —dijo Jean, que llevaba una bolsa en la mano.

—Eres un ángel —contestó Ryder—. Vente a mi casa y cocina para mí, Ivy que se las arregle como pueda.

—Sólo faltaría eso —repuso Ivy indignada.

—¿Y qué hay de Kim Sun? —preguntó Jean sirviéndoles otra taza de café—. ¿En dónde está?

—Pues me temo que está haciéndome un nuevo plato de su invención —suspiró Ryder—. ¿Por qué no me invitas a comer? Me salvarías la vida.

—¡Kim Sun es un cocinero extraordinario! —exclamó Jean.

—Cuando se trata de repostería francesa, puede ser. Esta mañana le pedí que me hiciera unos huevos y dijo algo en mandarín que si lo hubiera entendido, tendría que haberlo despedido. Es cierto que hace unos postres maravillosos, pero apenas sabe cocer una papa.

—Veo que te pone furioso —observó Jean.

—También tiene la peor lengua del mundo —continuó Ryder—, y no para de amenazarme. ¡Creo que voy a despedirlo!

—Oh, entonces por eso mandaste a buscar a sus padres y les construiste una casa... —intervino Ivy.

—Tú cállate —la cortó Ryder.

Terminó su café y se levantó.

—Tengo que irme. A lo mejor ya quemó la casa entera —dijo y

se inclinó para besar a Jean en la mejilla—. Gracias por el desayuno.

—Vuelve cuando quieras.

Ryder se volvió para mirar a Ivy.

—Acompáñame hasta la puerta.

Ivy se levantó con las manos en los bolsillos.

—Pobrecillo, no puede encontrar la puerta él solo.

—Antes tuve la clara impresión de que estabas deseando enseñarme el camino —señaló Ryder mirándola a los ojos.

—A veces eres demasiado sincero —repuso Ivy ruborizándose.

—¿Y si no lo fuera?

—Me gustas tal como eres, Ryder —respondió con una ternura inesperada.

Ryder apretó la mandíbula y tuvo que apartar la mirada. Se dirigieron a la puerta.

—Estoy preocupado por ti —murmuró—. No puedes vivir en el pasado. Tienes que empezar a vivir otra vez.

—Lo sé. Es sólo la forma en que murió... —murmuró Ivy tragando saliva—. Me llevará algún tiempo enfrentarme con todo de una vez.

—Lo sé —suspiró Ryder mirando su rostro—. Si lo que ha ocurrido antes aquí te molesta... —se detuvo al ver el rubor en el rostro de Ivy—, hace mucho tiempo que no besaba a una mujer.

Debía ser verdad, porque nunca se había fijado en ella de aquella forma. Se las arregló para fingir una sonrisa.

—¿Qué ocurre? ¿Tu harén se ha quedado vacío?

—No tengo ningún harén —recalcó Ryder y sus pálidos ojos recorrieron el cuerpo de Ivy—. Hace mucho tiempo que no he estado con una mujer.

Ivy se ruborizó, porque se sentía implicada en lo que sugería aquella frase, pero cuando lo miró a los ojos su expresión era la de haber estado bromeando.

—Bruto —le dijo dándole una palmadita juguetona en el pecho.

—Guapa —replicó él—. Mañana voy a Blakely a una subasta de equipo agrícola, ¿quieres venir?

Por supuesto que quería, pero sabía que sólo se lo preguntaba por compasión. Era un viejo amigo y se compadecía de ella.

Tengo cosas que hacer.

—Mañana es sábado.

—Ya lo sé —respondió.

Buscaba excusas, pero pasaban por su cabeza como la arena por un cedazo. Al final levantó los ojos y lo miró con algo de frustración.

—Está bien —aceptó él—, no quiero presionarte. Si no quieres venir, de acuerdo.

—Lo siento, Ryder —se disculpó, ya un poco más tranquila.

—Otra vez será y se despidió con una sonrisa, aunque Ivy lo vio fruncir el ceño al darse la vuelta para dirigirse al coche.

Cuando le contó a su madre que la había invitado Jean se quedó perpleja.

—¿Por qué no quieres ir con él?

Ivy no quería dar explicaciones.

Todavía es muy pronto. Sólo hace seis meses que murió Ben.

—¡Por Dios Santo! ¡Ryder no te está pidiendo que te acuestes con él! Sólo quería dar una vuelta. En serio, Ivy, no te entiendo. Ryder es el mejor amigo que tienes.

—Sí, ya lo sé —murmuró Ivy.

En realidad aquel era el problema.

Pero a pesar de la negativa, Ryder se presentó en la casa a la mañana siguiente. Conducía un Bronco con tracción en las cuatro ruedas y vestía ropa vaquera y un sombrero Stetson negro. Ivy, al verlo, se quedó de pie en el porche, y su corazón se llenó de alegría al verlo bajarse del jeep y dirigirse al porche con sus andares desgarbados.

Ella llevaba una falda vaquera, camisa blanca y una bufanda. Se había puesto botas aftas porque tenía pensado ir a dar un paseo, así que no podía volver a rechazar la invitación. Si se hubiera marchado cinco minutos antes no habría visto a Ryder; no. sabía si sentirlo a alegrarse.

Abrió la puerta mientras él subía los escalones, dándose cuenta de que la estaba examinando con la mirada.

—¿Lista? —preguntó con una sonrisa un tanto burlona.

—Me iba a dar un paseo.

—¡Jean, nos vamos! —gritó Ryder.

—¡Que se diviertan! —replicó Jean.

—Pero, no me voy contigo —protestó Ivy débilmente.

Ryder la tomó en brazos, sonriendo ante el gesto consternado de Ivy.

—Claro que sí —dijo él suavemente.

Se dio la vuelta y la llevó hacia el coche, sosteniéndola con tanta suavidad como si fuera un saco de plumas.

Ella sentía su ancho y cálido pecho, y percibía el aroma de la colonia y la loción de afeitar. Tenía dos pequeñas arrugas a ambos lados de los ojos y unas largas pestañas. La nariz era preciosa, y la boca... casi le daban ganas de gritar sólo de verla. Los labios eran gruesos y sensuales y cuando sonreía mostraba unos perfectos dientes blancos. Estaba deseando levantar la cabeza unos centímetros para poder unir su boca a aquella boca.

Aquel deseo repentino la confundía. Nunca había deseado besar a nadie con tanta intensidad, y al mismo tiempo lo había estado esperando durante años. Pero tenía que recordar que Ryder sólo estaba siendo amable. El no sentía lo mismo por ella, y cuanto antes lo aceptara, mejor.

Sin embargo, estos pensamientos no la ayudaban en absoluto.

Cuando la dejó en el asiento del coche, su boca estuvo tan cerca que pudo sentir el olor a café y a tabaco.

Ryder dudó un instante, sus ojos se estrecharon y su cuerpo se tensó. Luego sonrió, la dejó en el asiento, y el momento pasó. Se sentó a su lado y encendió el coche.

—Ya veo que no podía oponerme —lo acusó ella.

—Las mujeres son como la maquinaria, a veces tienes que darles un pequeño empujón para que sigan adelante.

Ivy no pudo evitar una carcajada. No podía imaginar a otro hombre con más sentido del humor que Ryder. Era un hombre único.

—¿Qué quieres comprar en la subasta?

Ryder encendió un cigarrillo mientras giraban en el camino de entrada para tomar la carretera.

—Nada en particular, pero quiero ir. No me gusta quedarme en casa, donde la gente sepa dónde encontrarme, y además, a Kim Sun le encanta ser agradable con personas a las que no soporto —dijo, y añadió—. ¡Maldita sea! ¡Tengo que despedirlo!

—¿Qué fue lo que le hiciste?

—¿Qué? —exclamó Ryder con un gesto de sorpresa.

—Debes haber hecho algo para irritarlo —insistió Ivy.

—Todo lo que hice —respondió Ryder apretando el cigarrillo entre los labios—, fue tirarle a la cara un plato de pescado. Odio todo tipo de pescado, pero es que este ni siquiera estaba bien cocinado.

—Sushi —dijo Ivy asintiendo.

—No, no era Sushi. Yo le había comentado algo de las croquetas de salmón que hace tu madre, y él me trajo albóndigas de salmón crudo que asó con cebolla.

—¿Le habías explicado cómo se preparan las croquetas de salmón? —le preguntó Ivy tratando de no reírse.

—¡Pero, diablos, si no sé cocinar! ¿Tú crees que si supiera habría contratado a ese vicioso renegado?

—Kim Sun no puede leer tu pensamiento. Si lo hubieras mandado a mi casa, mi madre le habría enseñado a hacer las croquetas de salmón.

—Tú sabes cocinar. Podrías venir a mi casa y enseñarle —dijo Ryder sin dejar de mirar hacia la carretera.

Ivy bajó la vista y se quedó mirando sus manos apoyadas en el regazo. Tenía grandes tentaciones de aceptar, pero él no debía saberlo.

—Así tendríamos una "dama dé compañía" —dijo Ryder suavemente.

—¡Ryder...! —protestó Ivy, que se había ruborizado y no quería mirarlo a la cara.

—Soy tan tímido —dijo Ryder con un largo suspiro—. He pasado tanto tiempo fuera. Supongo que sabía que, al fin y al cabo, no era demasiado, pero un hombre no puede aguantar mucho —añadió enigmáticamente—. Esperaba que ya estarías curada.

—¿Curada? —inquirió Ivy tragando saliva.

—No puedes meterte en la tumba con él —le espetó Ryder con los dientes apretados.

—Y no quiero hacerlo —replicó Ivy.

Se volvió para mirarlo, y al ver su perfil sintió un vuelco en el corazón.

—Te he echado de menos —le dijo con una voz ronca. Ryder pareció temblar. Sus ojos pálidos se estrecharon.

—Habría venido a verte en cuanto me lo hubieras pedido.

Aunque fuera la medianoche.

Lo dijo con tanta ternura que Ivy sintió deseos de llorar. Estaba claro que le importaba mucho, pero era sólo amistad, no lo mismo que ella sentía por él.

—Ya tienes bastantes preocupaciones como para ocuparte además de mí —le dijo—. Todo lo que necesito es tiempo.

Ryder detuvo el coche junto a un bar.

—¿Quieres tomar un café?

—Sí. Solo, por favor.

—Me acuerdo de cómo te gusta —le dijo Ryder.

Se bajó del coche y al cabo de un rato volvió con café y rosquillas.

Ivy bebió el café y probó la rosquilla.

—Delicioso —sonrió—. No desayuné.

—Ni yo. No puedo comer nada muy temprano —le explicó Ryder, y la miró—. Estás muy delgada, pequeña. Tienes que comer más.

—Últimamente no tengo mucho apetito.

Ryder partió una rosquilla en dos y la mojó en el café.

—Háblame de ello. Tal vez te ayude.

Ivy lo miró directamente a los ojos y no encontró en ellos nada que pudiera causarle temor.

—Estaba bebido —dijo de repente—. Estaba bebido cuando fue a trabajar y se equivocó.

—Comprendo.

—¿No lo sabías? No me digas que no has preguntado cómo ocurrió. La compañía de seguros se negó a darme el dinero, pero la empresa corrió con los gastos del funeral —sus grandes ojos negros buscaron los de Ryder—. Fuiste tú, ¿verdad? Tú les hiciste pagar.

—Los empleados pagan una cuota a los sindicatos —dijo Ryder secamente—, Ben lo hacía y tú tenías derecho a cierta cantidad de dinero. Con él se pudo costear el funeral.

—Sabías que estaba bebido —repitió Ivy.

El suspiró.

—Sí, Ivy, lo sabía —replicó mirándola—. Sabía que bebía a menudo. Por eso me mantuve alejado tanto como pude. Porque Jean me contó que a veces te había visto con algún cardenal, y si yo los hubiera visto lo habría matado.

Ivy se quedó sin respiración al oír aquello. No podía articular palabra; él parecía muy violento.

Ryder se dio cuenta de la reacción de Ivy y se arrepintió de lo que había dicho, no podía permitir que nada se le escapara de las manos.

—Si Eve hubiera estado en la misma situación, habría hecho lo mismo por ella —y añadió—. Significan mucho para mí. Estoy seguro de que lo sabes.

—Por supuesto —dijo. No podía parecer decepcionada y trató de esbozar una sonrisa—. Siempre fuiste nuestro protector.

—Si yo hubiera estado cerca cuando conociste a Ben, nunca te habrías casado con él. Nunca me he llevado mayor sorpresa que el día en que volví y los encontré casados.

—Fuimos juntos al colegio. Éramos buenos amigos.

—Ser amigos no significa que se haga una buena pareja —declaró Ryder y terminó con su café—. Ben era conocido por sus borracheras antes que trabajara para mí. Les dije a los de personal que le dieran una oportunidad.

Ivy se preguntaba por qué lo había hecho. Aunque su padre había trabajado para la empresa nadie da trabajo a alguien conocido por su afición al alcohol.

Ryder la miró, pero ella tuvo que apartar la mirada.

—Ben te agradecía mucho que le hubieras dado el trabajo.

—¡Diablos! Me odiaba y tú lo sabes. Cuanto más tiempo pasaba, más me odiaba.

Ivy contuvo la respiración. Deseaba que no le preguntara el porqué, aunque no sabía si sospechaba la razón.

—También odiaba a mi madre —le dijo para evitar la pregunta —, aunque nunca permitió que se diera cuenta. Odiaba a todas las personas que... me importaran.

—¿Y te pegó? —preguntó Ryder apretando los dientes.

—Muy poco —respondió Ivy con voz ronca.

—Dios mío... —murmuró él, y luego los dos se quedaron en silencio.

Ivy se daba cuenta de que él sentía un gran dolor. Impulsivamente, apoyó una mano en su brazo, que se tensó al sentir el tacto de sus dedos. Lo miró y comprobó que respiraba con agitación.

—Por favor... —le dijo con suavidad—, le hice daño. No puedo contártelo todo, pero era un hombre bueno hasta que se casó conmigo. Quería algo que yo no podía darle.

El sostuvo su mirada.

—¿En la cama?

Ivy se ruborizó y apartó la vista.

—No puedo hablar de ello.

—Me recuerdas a mi tía solterona —murmuró él—. Tres años casada y no puedes hablar de sexo.

—Es algo muy personal—indicó Ivy, que se había ruborizado aún más.

—¿Y no me puedes hablar de ello? Hubo un tiempo en que podías decirme cualquier cosa sin sentir vergüenza.

—No sobre... eso.

Ryder recorrió el cuerpo de Ivy con una mirada de aprobación.

Finalmente la miró a los ojos.

—Eres muy reservada. Pero tienes sangre francesa, pequeña, y te tiene que quedar algo de sensualidad, aunque tu marido no supiera cómo descubrirla. ¿No era lo bastante hombre? —añadió con una sonrisa.

Ivy dio un respingo. Ryder hablaba como si odiara a Ben, y parecía estar muy tenso. Pero dijo:

—Lo siento. No tengo derecho a hacerte esa pregunta. Dame tu taza.

La tomó y poniéndola en la bolsa de papel que había traído salió para tirarla sin añadir una palabra más.

Ivy estaba muy nerviosa. Nunca había pensado que la conversación pudiera convertirse en un interrogatorio, y la actitud de Ryder con respecto a Ben la atemorizaba. ¿Cuánto sabría? Ryder era muy puntilloso con los hombres que trabajaban para él, y sabía muchas cosas de ellos. No habría tolerado drogadictos o borrachos, y sin embargo, había admitido a Ben, aun habiendo confesado que no le gustaba. ¿Por qué? ¿Por ella? ¿Porque la consideraba como una hermana pequeña? Lo cierto era que no podía entenderlo.

Ryder volvió al Bronco.

—Bueno, la verdad es que todavía tengo mucha hambre —dijo recuperando el buen humor—. Pero eso tiene arreglo. Unas cuantas hamburguesas después de comer y listo.

Ivy volvió a reírse, y las palabras que había oído anteriormente quedaron casi olvidadas.

La subasta era fascinante. Caminaba entre los artículos al lado de Ryder, mirando cosas de las que ni siquiera conocía el nombre, escuchándolo exponer sus virtudes y defectos.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —le preguntó Ryder de repente, mientras descansaban tomando un refresco.

—Muchos años —repuso ella—. Desde que yo estaba en... párvulo.

—Tantos años y no hay otra cosa más que recuerdos amargos para nosotros —dijo Ryder con una voz muy profunda, mirando la boca de Ivy—. Te acuerdas, ¿verdad? Todavía está ahí, entre nosotros.

Ivy apenas podía respirar. Bajó la vista.

—No me di cuenta de que la puerta estaba abierta —dijo ella con tristeza.

—Lo sé. Pero entonces no lo sabía. Y ahora lo siento.

Ella recordaba aquella noche como si hubiera sido la del día anterior. La había atormentado durante años: Había ido a dormir con Eve, tenía dieciocho años y era muy ingenua. Eve se había ido con su madre a comprar una pizza y la habían dejado sola en la casa, o al menos eso pensaba. Ryder había llegado de forma inesperada, pero ella no se había dado cuenta y la puerta de su habitación estaba abierta.

Se dirigió a la ducha sin más ropa que el corpiño de seda que Eve le había regalado por su cumpleaños; por supuesto no esperaba que nadie la viera, y mucho menos Ryder.

Pero aquella noche él ya la había visto a través de la puerta abierta, y pensó que ella se paseaba exhibiéndose ante él.

Incluso en aquellos momentos podía ver la misma mirada. Se había quedado helado en el umbral. Boquiabierto y estupefacto, y en lugar de disculparse había entrado en la habitación cerrando la puerta y mirándola acusadoramente.

Ivy le observaba tan inocentemente y tan poco precavida, que él había tenido que emplear toda su fuerza de voluntad para no tocarla, pero sin poder evitar acariciarla con los ojos. Entreveía con claridad a través de la fina seda sus senos turgentes y sus erectos pezones apretándose contra el tejido.

Entonces ella había contenido la respiración. Ryder la miró a los ojos y ella sostuvo su mirada.

El mundo es muy frívolo, y Eve no hacía el menor intento por ocultar su actitud liberal respecto a los chicos con los que salía. Pero Ivy era una muchacha tradicional y que un hombre la viera en ropa interior era para ella una experiencia chocante y embarazosa.

Desgraciadamente, Ryder no lo sabía y pensaba que era como Eve.

—Precioso —le había dicho con una voz muy suave, sin dejar de mirar el corpiño—. No sabía que fueras tan guapa.

—No deberías estar aquí —dijo ella con una voz desfallecida, confundida porque aquella situación le gustaba y la asustaba al mismo tiempo.

—¿Por qué no? Dejaste la puerta abierta y querrías que entrara, ¿verdad?

—¡Ryder, no lo entiendes...! —había exclamado ella al ver que él se acercaba.

Pero las protestas vinieron demasiado tarde. Ryder la había estado mirando... deseando. Y a pesar de que le disgustaba haber caído en lo que él pensaba que era una trampa, Ivy era demasiado bella como para que él pudiera controlarse.

Le tomó la cara entre las manos y la miró. Pero no fue su boca lo que besó, sino su pecho erguido cubierto de seda.

Y ella había proferido un gemido que ni siquiera había imaginado nunca. La caricia de aquella boca provocaba en ella una sensación de abandono y placer, de dolor y fuego, la hacía consciente de que necesitaba algo que nunca había necesitado. Apenas se había dado cuenta de que le había bajado los tirantes, cuando lo miró y lo vio acariciar sus pechos desnudos. En ese momento ya la había tomado en brazos, sin retirar la boca de su pezón.

Ivy había hundido los dedos en su cabello apretando la cabeza de Ryder sobre su pecho mientras luchaba contra su orgullo e inhibiciones, con la certeza de que había perdido el control de su propio cuerpo.

—No, Ryder —susurraba débilmente mientras él la tendía en la cama en que había dormido—. No.

Pero él no parecía oírla. Se había tendido a su lado, atrapando

sus piernas entre las suyas y acariciando la satinada piel de su espalda sin dejar de besarla en la boca.

Aquel había sido el primer beso que un hombre le había dado y había sido tan apasionado que Ivy podía ruborizarse con su sola memoria. Había sido tan profundo y tan intenso que la había dejado rendida entre sus brazos.

Luego Ryder había recorrido su cuerpo con la boca y ella respondido con tanta desenvoltura y de manera tan desinhibida que cualquiera de sus protestas anteriores parecía falsa. Lo abrazaba y le acariciaba el pelo y profería pequeños quejidos mientras él le acariciaba los pechos con manos cálidas y fuertes...

Ryder estaba a punto de estallar y la asió por la cintura, apretando su vientre contra el suyo.

—Te deseo. No puedo contenerme. ¿Puedes cuidar de ti misma, pequeña?

Aquella pregunta fue para Ivy como un jarro de agua fría que la hiciera volver en sí.

—¿Cuidar... de mí misma? —preguntó con voz desfallecida, aún frotando su cuerpo contra el suyo.

—¿Tienes algo que me pueda poner o estás tomando la píldora? —le había preguntado él, luchando por contener su deseo.

Ivy había enrojecido de vergüenza.

—Ryder, soy... soy virgen —susurró— no sé cómo... cómo. Quiero decir que no tomo la píldora.

—¿Que eres qué? —exclamó Ryder.

Ivy tragó saliva, un poco atemorizada respondió:

—Nunca he hecho esto antes —musitó en un susurro.

Y entonces Ryder dijo algo que ella nunca había oído de los labios de ningún hombre y se puso en pie, mirándola como si la odiara.

—¡Maldita sea! —gruñó en voz baja, más amenazadora sin embargo de lo que habría sonado cualquier grito—. ¡Pequeña falsa y viciosa!

Y había añadido muchos más insultos, cosas que Ivy se había esforzado por olvidar durante años. Cosas que ella ni siquiera había imaginado que se le pudieran decir a una mujer.

Finalmente, Ryder se había marchado y ella se quedó llorando. Cuando volvió Eve le dijo que tenía jaqueca. Nunca volvió a pasar

una noche en casa de los Calaway. Y nunca hasta aquel momento en que se encontraba con Ryder en la subasta, ninguno de los dos había vuelto a mencionar lo ocurrido.

Aquello había dejado muchas cicatrices en Ivy. Se había sentido un ser rastrero, pero también se dio cuenta de lo vulnerable que era. A Pesar de todo, esa noche le haba entregado a Ryder su corazón. Lo había evitado sin embargo desde entonces, tanto como él parecía evitara a ella. No obstante, cuando Ben comenzó a entrar en su vida,

Ryder parecía querer volver a reanudar la vieja amistad y la había invitado a cenar una noche. Pero ella tuvo miedo al ver su mirada y se excusó con el pretexto de que tenía una cita con Ben, lo que no era cierto. Luego se lo dijo a Ben y la cita se convirtió en realidad, y cuando Ryder volvió de uno de sus viajes, los encontró casados.

—Todavía lo recuerdas, ¿verdad? —le preguntó Ryder—. Aquella —; noche cometí el mayor error de mi vida. Al día siguiente me fui a Toronto y luego te evité como a una plaga. Y a partir de esa noche todas las noches que dormiste con Eve fue en tu casa y nunca en la nuestra.

—No fue como tú pensabas —dijo Ivy—. Yo creía, de verdad, que no había nadie en la casa.

Ryder hizo una mueca.

—Oh, Dios, ¿crees que luego no me di cuenta? Pero el daño estaba hecho. Lo único que podía hacer era apartarme de tu camino. Me tenías miedo y no quería hacerte sufrir más. Aunque al final lo que hice no era necesario, porque corriste a echarte en brazos de Ben la primera vez que te pedí que saliéramos.

Ivy encogió los hombros con un gesto de desamparo.

—Creí que tú seguías pensando que yo era una... falsa y... tragó saliva y cruzó los brazos—. No estaba segura de que no quisieras una pequeña venganza. Aquella noche parecías odiarme. Dijiste que... tenía unos pechos tan pequeños que...

—Los hombres dicen cosas cuando se sienten frustrados —la interrumpió Ryder—. Estoy seguro de que ya lo sabes perfectamente. No pensaba las cosas que te dije aquella noche. Sólo quería herirte.

Ivy miró al suelo. Al cabo de los años había llegado a la misma

conclusión que ahora le estaba diciendo Ryder, pero eso no parecía servirle de mucha ayuda.

—Lo siento —dijo con desaliento.

—No fue culpa tuya. Yo debí haberme marchado, pero no pude. Nunca había visto a una mujer tan guapa.

La miró a los ojos, pero su cara se tensó al ver la duda en los ojos de Ivy.

Ella sentía que aquella voz despertaba una calidez en su interior, pero no se atrevía a mirarlo.

—Gracias, pero no tienes por qué intentar consolarme —dijo con la mirada perdida en la distancia—, Ben decía que era demasiado... pequeña, demasiado... ¡Ryder!

El la agarró por los brazos y la sacudió.

—¡Mentí! ¿Vas a meterte en la cabeza que aquella noche mentí? Te deseaba lo bastante como para haberte forzado. ¡Maldita sea! Tenía que alejarme de allí, así que necesitaba decirte aquello —todo su cuerpo vibraba como dominado por una pasión—. ¡Oh, Dios, Ivy, no sabes cómo me ha perseguido esa noche todos estos años! ¡No tienes ni idea!

Ivy podía ver su rostro atormentado aunque no sabía por qué. Sin pensar, apoyó una mano sobre su mejilla. Al darse cuenta quiso retirarla, pero él la asió y la mantuvo apretada contra su cara.

—De acuerdo —dijo ella con una voz muy débil—, aquello pasó hace muchos años.

—Ocurrió ayer —señaló el con una mirada extraña e intensa—. Huiste de mí.

—No sabía qué hacer. Nunca he podido hablar con mamá de cosas así —murmuró Ivy bajando la vista.

Ryder la atrajo hacia sí y miró la tarima de las subastas por encima de su cabeza.

—Será mejor que vayamos a otra parte a hablar de esto.

—Sí —asintió Ivy cerrando los ojos.

Estar en sus brazos era como estar en el Paraíso. No pudo evitar un temblor.

Ryder se dio cuenta y se puso muy rígido. Pensaba que le tenía miedo. Tal vez abrigaba algún temor porque lo deseaba, pero no estaba seguro, tal vez se estuviera engañando a sí mismo. Apoyó una de sus enormes manos en la espalda de Ivy y la apretó contra sí

aún más. Podía sentir su respiración y el calor de su aliento despertaba el deseo en todo su cuerpo. Le gustaba sentirla tan cerca. Le traía recuerdos de aquella noche, la noche en que la había besado, la noche en que ella había sido para él el mundo entero. Y todavía lo era, sólo que a lo largo de los años aquel sentimiento había ido aumentando.

Sentía por ella un deseo que todos los mares de la Tierra no hubieran podido agotar, pero no era tan sólo un deseo físico. Quería poseer todo su ser.

—Solía preguntarme cómo habría sido nuestra vida si no hubiera perdido la cabeza aquella noche —dijo sintiendo su aliento sobre el pecho—. Éramos amigos. Todos estos años he deseado recuperar aquella intimidad.

—Creía... que aún la teníamos —balbuceó Ivy, tratando de calmarse.

Pero le parecía imposible calmarse sintiendo su cuerpo junto al suyo. Quería levantar la cara y mirarlo, hundir su cara en su piel desnuda y sentir que él la deseaba...

—No la suficiente —dijo con voz ronca—. Pero tal vez si lo intentamos, Ivy, podamos lograr la amistad otra vez. ¿Qué te parece?

—Creo que podríamos —asintió Ivy cerrando los ojos.

Ryder sentía su corazón palpitar muy de prisa. Levantó la cabeza tomó suavemente a Ivy por la barbilla para que lo mirara.

—Eres preciosa —dijo con vehemencia—. El sueño de todo hombre.

"Excepto el tuyo". Ivy casi pronunció aquellas palabras en voz alta. Luego sonrió tristemente y apartó la cara.

—No tanto —replicó con una risita nerviosa—. ¿Volvemos? Creo que va a empezar —añadió evasivamente al ver a la gente reunirse junto a la plataforma de las subastas.

—¿Cómo?

Ryder tenía que hacer un esfuerzo por volver a la realidad. La olía, la sentía a su lado... miró hacia donde ella estaba mirando.

—Oh, sí, la subasta. Será mejor que volvamos.

La tomó del brazo y la guió a través de la multitud, saboreando todavía su pequeño paseo por el paraíso. La amistad, se decía, era mejor que nada en absoluto. Y con esa base podría construir algo

más satisfactorio. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando se dirigía a la subasta.

Capítulo 3

IVY estaba de pie junto a él, sintiendo su calor y su presencia mientras transcurría la subasta. El no le habló hasta que la venta de artículos terminó y los dos se dirigieron al Bronco.

—Te quedaste callada —le dijo encendiendo un cigarrillo.

Ella bajó la mirada mientras lo esperaba.

—Duele hablar del pasado —le confesó ella—. Lo tuve apartado en el fondo de mi mente durante mucho tiempo.

—Yo también. Me confundí del todo. Debí darme cuenta de que eras muy inocente.

—Teniendo en cuenta la manera en que sucedieron las cosas, no podía echarte la culpa por lo que hiciste —declaró ella con tristeza.

—¿No podías? —preguntó Ryder con sequedad.

Ivy se sintió un poco avergonzada.

—Al principio ni siquiera te detuve —explicó con una voz muy débil—. Me sentí como una prostituta.

—Lo siento —se disculpó Ryder con una mirada de reproche—. No tienes por qué avergonzarte.

—Pero me evitaste.

—Sentía que tenía que hacerlo —replicó él con calma—. Me equivoqué, pero besarte me trajo muchos problemas —añadió con una sonrisa.

—Aprendí la lección. Me curó de cualquier tendencia lasciva.

—No eras lasciva. Sólo joven y curiosa.

—¿Y tú crees que eso lo hizo más fácil? —le preguntó Ivy con sequedad.

Ryder se detuvo y la miró, aunque ella no podía verle los ojos, ensombrecidos bajo el ala del sombrero.

—Debimos hablar de esto hace muchos años —le dijo—. Te

podría haber dicho que te deseaba lo bastante como para olvidar tu edad y que me mantuve alejado porque eras una continua tentación ¿Consigue eso que todo sea menos doloroso?

—Tú... ¿me deseabas? —preguntó ella en un susurro.

—Sí —respondió él con un tono sombrío—. Te deseaba, pero tú sólo tenías dieciocho años y yo veintiocho.

Trató de ver sus ojos.

—Yo también te deseaba —confesó suavemente.

—¿Y aún me deseas? —preguntó él apretando la mandíbula.

Ivy apartó la cara, apretando los brazos, que tenía cruzados sobre el pecho.

—Ahora no puedo sentir nada —replicó evasivamente—. No con Ben muerto por mi culpa.

—¿Qué quieres decir con eso de que fue por tu culpa?

Ivy cerró los ojos.

—Le fallé —susurró—. Nunca pude... No fui una buena esposa.

Ryder dejó escapar un largo suspiro. Jamás había considerado que ella pudiera sentirse culpable. Frunció el ceño y la miró. Deseaba saber más acerca de su matrimonio, de lo que había sentido por su marido.

Ivy dejó caer los brazos y metió las manos en los bolsillos de la falda.

—De todas formas ahora todo ha terminado. Y como tú dijiste, tengo que empezar a vivir otra vez.

—Sí —asintió Ryder apartando la mirada.

Mirarla era como tocar el paraíso. Encendió un cigarrillo. Sólo con la cercanía de su cuerpo, Ivy conseguía ponerlo nervioso, tenso como la cuerda de un violín.

—¿Por qué no te pones a trabajar?

—Ya estamos otra vez —dijo ella riendo.

—Exacto. No es bueno que te quedes sentada sin hacer nada, Trabaja para mí. Mi secretaria renunció el mes pasado y todavía no he encontrado a nadie. Necesito a alguien que pueda viajar conmigo, y sobre todo, alguien en quien pueda confiar, alguien del que sepa que no se va a poner a chismear sobre los negocios de la compañía. Creo que tú podrías hacerlo muy bien.

La idea la tentaba. Pero la angustia de estar cerca de él la hacía dudar. Lo quería. ¿Qué sentiría al trabajar para él sabiendo que

todo lo que él sentía por ella era afecto, y tal vez algún rescoldo de un antiguo deseo?

—No sé —dudó ella—. No sé si me gustaría pasearme contigo por todo el mundo.

—Yo creo que te gustaría —replicó él—. Podrás conocer muchos lugares exóticos. El sueldo es bueno y estoy seguro de que el trabajo te resultará interesante.

De esto último no tenía la menor duda. Ryder siempre había tenido algún negocio interesante entre manos, y conocía a un número sorprendente de gente famosa. El trabajo sería fascinante.

—¿Puedo tomarme un tiempo para pensarlo?

—Dos semanas —dijo él con una sonrisa—. No puedo seguir sin secretaria indefinidamente.

—¿Viajaríamos mucho?

—Sí —respondió él con un brillo en los ojos—. Pero no te ofrezco el empleo para quitar de en medio a Jean y acostarme contigo. No acostumbro a trabajar con ese tipo de mujeres.

—¡No hacía falta decirlo! —exclamó ella con cierta tristeza.

—¿No? Bueno, tal vez piensas que eres irresistible. Si es así, te diré que puedo buscarme ese tipo de compañía en otra parte.

Ella se apartó de él, con el corazón palpitando y los ojos echando chispas.

—¡Y sabes qué puedes hacer con tu trabajo...! —le gritó mientras llegaban juntos al Bronco—. ¡No trabajaré para ti bajo esas condiciones!

Aquel arrebato de genio lo asombraba y le gustaba. Tal vez lo que la molestaba era la idea de verlo en brazos de otra mujer.

—Creo que lo harás ——dijo mirándola a los ojos—. Acabarás cansándote de tu inactividad tarde o temprano. Si sigues sin hacer nada te volverás loca.

—Tú también —replicó ella.

—Mejor loco que enterrado en vida —señaló él encogiéndose hombros—. La mejor manera de recuperarse de una pérdida es ocuparse de algo, relacionarse con otra gente.

—¿Y cómo voy a hacerlo trabajando para ti?

—Hazlo y lo verás. Uno de mis nuevos proyectos es una villa en Arizona. Sus habitantes serán de la tercera edad, y conozco a muchos de ellos.

A pesar de sí misma, aquello le interesaba.

—Me gustan los viejos.

—A mí también. La sabiduría del mundo reside en sus mentes tranquilas. Te encantarán.

—No lo dudo —convino y luego añadió frunciendo el ceño Creo que me podría gustar.

Ryder, que había contenido la respiración, dejó escapar un largo suspiro, cuidando de que ella no se diera cuenta.

—Puedes empezar el lunes. Yo tengo que irme a Phoenix.

—¿Porqué quieres hacer esto por mí?

—Eres demasiado, joven para encerrarte en un mausoleo. Haría lo mismo por Eve. A pesar del miedo que te di cuando tenías dieciocho años, creo que sabes que puedes confiar en mí. ¿Verdad?

—Sí, lo sé —asintió Ivy con una sonrisa—. De acuerdo, desempolvaré mis habilidades como oficinista y haré mis maletas.

Ryder buscó sus oscuros ojos por un momento.

—Buena chica —dijo finalmente—. Bueno, vámonos.

¿Pero no vas a llevarme a mi casa? -le preguntó cuando se detuvieron frente a la casa de ladrillo rojo donde vivía Ryder.

—No, hasta que no enseñes a ese maldito diablo a hacer croquetas de salmón ——replicó ayudándola a bajar del Bronco—. Llamaré a Jean y le diré que estamos aquí.

Ivy soltó una carcajada. Era el hombre más imprevisible que había conocido.

—Eso suena bien. No te había oído reír de verdad desde hacía mucho tiempo.

—Pobre Kim Sun —dijo ella.

Cuando llegaron al porche, la puerta de la casa se abrió, y detrás de ella apareció un hombre bajo con los ojos rasgados, era calvo, y de piel amarilla; no dejaba de agitar los brazos y gritar a Ryder con sonidos incomprensibles.

—Cálmate —le dijo Ryder—. ¡Maldita sea! ¡Cálmate!

Kim Sun inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró.

—No leche en la casa. No huevos, no harina, no azúcar. ¿Cómo puedo cocinar en condiciones tan primitivas?

—La luz funciona —observó Ryder—. Al menos puedes utilizar la estufa.

—¿Una estufa sin comida?

—Hay salmón —repuso Ryder con, una sonrisa maliciosa.

—Adivina dónde poner salmón esta vez —le replicó Kim Sun.

—Te he traído un instructor. Su madre y ella hacen las mejores croquetas de salmón al sur del ártico.

Kim Sun la saludó con una elegante inclinación de cabeza.

—Señorita Ivy, me alegro de verla otra vez. Apreciaré su ayuda mucho —dijo y mirando a Ryder continuó—: Alguna gente demasiado estúpida no saber que es necesario aprender nuevos platos.

—Llámame estúpido una vez más y te mandaré a casa metido en una caja de cornflakes.

—Vamos, vamos —dijo Kim Sun negando con la cabeza y mirando a Ivy—. Este tonto sabe menos de reglas sociales que un burro. No tendré en cuenta —declaró con orgullo.

—¿A quién le estás llamando tonto? ¿Quién diablos te paga todos los meses?

—Esa miseria. No pagas ni la mitad de lo que valgo.

—Escucha, miserable, si tuvieras lo que realmente mereces, tendrías que pagarme tú a mí. Una miseria, pero eres el único cocinero de Georgia que tiene un Mercedes.

—Bueno, bueno —dijo Ivy tratando de calmarlos—. Acuérdate de tus problemas de tensión. Vamos, Kim Sun, ven conmigo.

—Buena idea —replicó el chino haciéndole una mueca a Ryder —. ¡Mañana me voy!

—¡Mañana te despediré!

Kim Sun dijo algo en su propia lengua y se dirigió a la cocina. Ivy, divertida y asombrada, fue tras él.

Kim Sun era un buen alumno y no le llevó mucho tiempo aprender - a hacer las croquetas que a Ryder la gustaban.

—¿Es tan horrible trabajar para él?

—No es horrible, es imposible —respondió Kim Sun moviendo la cabeza—. Hay que estar preparado a cualquier hora, no se come bien, sólo trabajo, trabajo, trabajo. Duerme poco, no va con mujeres. Primero pensé estaba olvidando una chica. Ahora pienso adicto a hacer dinero.

—Siempre ha sido un hombre incansable —comentó Ivy—. Bueno, será mejor que vaya a decirle a mi madre que no me ha raptado.

Kim Sun la miró fijamente.

—¿Alguna vez comprometida con el jefe? —preguntó de manera repentina.

—Oh... ¿por que? No... ¿Por qué lo preguntas?

Kim Sun apartó la vista.

—Oh, por favor, perdón por la pregunta. Excusa curiosidad. Algún día comprenderás la razón para preguntar—dijo y añadió para evitar seguir con el tema—: ¿Las croquetas están listas?

Ivy se preguntaba qué podría saber él que ella no supiera.

Ryder se comportó como un hermano el resto de la tarde. Le habló de Eve y de su marido, le enseñó los elefantes de madera que había traído de Ceilán y luego comieron las croquetas de salmón con una ensalada. Tuvo que aceptar que Kim Sun había hecho un gran trabajo.

—La próxima semana, pollo asado —le dijo Ryder a Ivy mientras saboreaban un postre de yemas de huevo, frutas y helado que Kim Sun había inventado—. Ahora no puedes hacerte para atrás. Harás de Kim un buen cocinero sureño.

—Puede que a Kim Sun no le guste lo que yo cocino.

—Le gustará —afirmó Ryder—. Si se niega lo haré limpiar la vajilla de plata esta noche.

Un furioso tropel de palabras se oyó en la dirección en que estaba la cocina y a los pocos segundos Kim Sun apareció agitando los brazos.

—Algún día se irá —dijo Ivy a Ryder riendo.

—No se atrevería, ¿en qué otro lugar conseguiría un trabajo tan cómodo y un jefe con el que pudiera pelearse?

—Pobre Kim Sun —dijo Ivy con una carcajada.

—Pobre de mí —suspiró Ryder—. En cuanto te vayas esconderá mis cigarrillos.

—No lo culpo —replicó ella con una sonrisa.

Lo miró, pero la intimidad que habían recuperado la hizo ruborizarse y apartó la vista. Su timidez hacía que Ryder se sintiera protector.

—Te llevaré a casa —ofreció él levantándose de la mesa—. ¿Estarás lista el lunes a las seis de la mañana? Tenemos que tomar un vuelo temprano en Albany para poder abordar el avión en Atlanta.

—Sí, estaré lista —le aseguró.

En su interior se estaba maldiciendo por aceptar trabajar para él, lo que probablemente sería el peor error de su vida.

Jean no opinaba lo mismo.

—Te gustará, y tú lo sabes —le dijo a su hija—. Y Ryder se ocupará de ti.

—Supongo que estoy haciendo lo correcto —suspiró Ivy.

—No te preocupes. Ya verás cómo todo sale muy bien.

Ryder la recogió a las seis en punto del lunes. Iba elegantemente vestido con un traje azul marino, un Stetson y botas de cuero negro. Ella no se sentía tan elegante con el traje oscuro que tenía desde hacía dos años y la blusa blanca de algodón.

—¿Tenías que vestirse de oscuro? —le preguntó Ryder tras despedirse de Jean.

—¿Mi traje? Es el único que tengo.

—Podría haberte adelantado algo de dinero para que te compraras algo menos tristón.

—No es tristón —replicó ella—. Es muy elegante.

Y eso también parecía decir la mirada de Ryder. Luego volvió a centrarse en la carretera.

—Siento que en tu primer día de trabajo tengas que venir a Phoenix en lugar de ir a la oficina para familiarizarte con todo, pero tengo que ir. Y tú debes ver lo que estamos haciendo allí. Te ayudará a comprender cómo es nuestro trabajo.

—Nunca he estado en Arizona.

—O te encantará o lo odiarás. Especialmente la zona a la que vamos.

—¿Arena y serpientes de cascabel?

—Espera y verás —dijo él con una sonrisa.

Al cabo de pocas horas estaban volando sobre Arizona e Ivy miraba a través de la ventana las colinas cortadas y la tierra rojiza antes de llegar al aeropuerto de Phoenix.

—Yo creí que todo era plano —le comentó a Ryder.

—¿En serio? No será la única sorpresa que te lleves.

El tenía razón. Cuando se bajaron del avión se fijó en las montañas que se elevaban del suelo desértico, y al ir en un coche alquilado hasta el centro de Phoenix se fijó en la abundante vegetación que había a ambos lados de la carretera. No era la

tupida y húmeda de Georgia, pero la variedad de colores y plantas mostraba la belleza de Arizona.

El aire, claro y limpio, y las largas carreteras que corrían en línea recta hasta encontrarse en el horizonte trasmitían una sensación de paz.

Ryder disfrutaba viendo la fascinación de Ivy ante aquel paisaje, y aquellas tierras que conocía tan bien aparecían ante él con nuevos ojos.

Habían reservado habitaciones en un lujoso hotel en Mesa del Sol, un centro turístico que no supondría competencia alguna para su proyecto.

—Es más grande de lo que imaginaba —le dijo mientras llegaban a Mesa del Sol, un pequeño grupo de edificios que se recortaba en la distancia.

—¿Quieres decir la tierra? Es por la falta de árboles —le explicó ——. Los horizontes parecen mayores porque no hay nada que los esconda. Si Arizona te parece grande, deberías ver Montana.

—¿Hay alguna ciudad fantasma por aquí? —preguntó Ivy de repente.

—Sí, bastantes. Trataré de llevarte a alguna. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamó Ivy con una amplia sonrisa.

Las habitaciones del hotel estaban juntas y tenían una puerta de comunicación. Después de dejar las maletas se dirigieron al lugar en que Ryder estaba construyendo el nuevo complejo. Sólo estaban hechos los cimientos de algunos edificios y la primera planta de dos de ellos.

—Es muy bonito, Ryder ——le comentó Ivy acerca del diseño de estuco que conjugaba con el paisaje desértico.

—A mí también me lo parece —asintió Ryder.

Luego la acompañó al edificio principal, donde el jefe de obra, un gigante pelirrojo, los estaba esperando.

—Hank Jordan —lo presentó—, está a cargo del proyecto. Hank, esta es Ivy, mi nueva secretaria. —Me alegro de conocerte.

—¿Cómo va todo? —de preguntó Ryder.

Mientras dos hombres hablaban, Ivy dio un paseo por lo que debían ser das oficinas del complejo, disfrutando de da amplitud de espacios y de da sencillez de das construcciones.

—¿Qué te parece? —le preguntó Ryder acercándose a ella al

cabo de un rato, y tomándola del brazo se dirigieron de nuevo hacia el coche—. Habrá aproximadamente sesenta matrimonios, y se incluye un consultorio médico, un restaurante, un teatro, un pequeño supermercado, tiendas de ropa y una tienda de herramientas. Tendremos nuestra propia agua corriente y aire acondicionado.

—Suena como si fuera una ciudad del futuro —comentó ella.

—Ojalá do sea —dijo él con una sonrisa—. Haremos un uso más lógico del espacio, con un énfasis especial en integrarnos en el ecosistema en que estamos.

—¡Magnífico!

—Vamos a comer algo, ¿tienes hambre?

—Me comería hasta un plato de arena.

—Los tacos son mejores. Vamos.

Se despidieron de Hank y volvieron a Mesa del Sol. La temperatura era sorprendente. Ivy vestía ropa de invierno, pero hacía calor y la piscina climatizada era una tentación. Le gustaría haber tenido la ocurrencia de traer un traje de baño.

Se cambió de ropa. Se puso unos texanos y una blusa rosa de tirantes y luego se soltó el pelo. Cuando se encontró con Ryder en el comedor, también iba vestido con pantalones vaqueros y un jersey ligero, aunque seguía llevando el Stetson y das botas de cuero.

—¿Cansada?

Ivy negó con la cabeza.

—Hace tiempo que no me encontraba tan bien —dijo riendo—. Pero me da cargo de conciencia. Debería estar tomando notas o mecanografiando alguna cosa.

—Ya habrá tiempo para eso —le aseguró Ryder—. Después de comer nos ocuparemos del papeleo. Si quieres podemos sentarnos junto a da piscina. ¿Has traído traje de baño?

—Como hacía tanto frío en Georgia...

—Esto es Arizona —de dijo él.

Deslizó por su cuerpo una mirada posesiva que continuó hasta que se sentaron en una mesa junto a una ventana. Comieron tacos y fajitas con frijoles fritos y bebieron refrescos en unos grandes vasos. Ivy estaba asombrada detener tanta sed, y se preguntaba si era debido a das sequedad del clima desértico.

Ryder guardó silencio durante la comida; ad terminar se excusó

y se dirigió a su habitación a buscar da cartera. Quedaron en reunirse junto a la piscina. Una vez allí, se sentaron en una mesa con sombrilla.

Ryder comenzó a sacar documentos y de dio a Ivy un cuaderno y un bolígrafo.

—Hora de trabajar —dijo—. Necesito que apuntes algunas cifras. Si consigo una máquina de escribir, ¿puedes pasarlas a máquina esta tarde?

—Por supuesto —asintió ella.

No podía protestar, para eso había ido. Pero se había dado cuenta de que Ryder estaba tenso desde que bajaron del avión y se preguntaba la razón.

No podía saber que para él tenerla tan cerca era como una droga que lo hacía vulnerable y do mantenía desasosegado y hambriento. El se esforzaba para que ella no se diera cuenta, pero el aspecto que tenía con aquellos texanos lo estaba volviendo toco. El trabajo, al menos, lo mantendría ocupado unas horas. Tenía que resistirlo, no podía arriesgarse a perderla de nuevo por ser impaciente.

Miró la mano que apoyaba sobre da mesa. Aún lucía el anillo de boda que Ben había puesto allí. Deseaba quitárselo y arrojarlo muy lejos, que olvidara que había pertenecido a Ben y hacerla completamente suya. Pero sabía que era imposible. A pesar de dos defectos de Ben, Ivy lo había querido. ¿Cómo podía competir con él ahora?

Tal vez con el tiempo Ivy se volviera hacia él. Se veía obligado a esperar que así fuera, porque era lo único que do salvaba de da locura.

Capítulo 4

IVY apenas tuvo tiempo de preocuparse por encontrarse en una habitación junto a la de Ryder. El trabajo la abrumaba, sobre todo la correspondencia que debía ser atendida diariamente.

Estaba familiarizada con la máquina de escribir electrónica, lo que le ahorró mucho tiempo, pero la mayor parte del día estaba ocupada en transcribir el dictado de Ryder en cartas que le satisficieran lo bastante. A menudo, él rescribía la misma carta tres veces antes de permitir que la enviara. Mientras tanto pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad, y cuando volvía al hotel le daba nuevos encargos.

Ivy tenía el suficiente trabajo como para haber mantenido ocupadas a tres secretarias. Ryder se dio cuenta de que tenía algún problema a la hora de copiar.

—Dentro de poco será más fácil —le prometió al tercer día de estar en el hotel—. Por ahora hazlo sólo lo mejor que puedas. Cuando volvamos a Albany, le diré a otra chica que te ayude. Desde que Mary se marchó el trabajo parece haber aumentado, llevaba diez años conmigo y conocía cada faceta del negocio. Para cualquiera sería difícil acostumbrarse, así que no te preocupes, ¿de acuerdo?

Ivy sonrió con alivio.

—De acuerdo. Empezaba a sentirme un poco incapaz.

—No lo eres. Mecanografías a una velocidad por encima de lo normal y en taquigrafía eres muy rápida, aunque poco ortodoxa —dijo chasqueando la lengua—. Lo conseguiremos. ¿Quieres que mañana vayamos a ver una ciudad fantasma?

—¿Podemos? —exclamó ella—. ¿Tenemos tiempo?

—Como has trabajado muy duro, sí —contestó él mirando el

reloj—. Dios mío, me olvidaba. Tengo una entrevista en el banco. Me voy corriendo. Pide algo de comer y estate pendiente del teléfono, me tiene que llamar un amigo de Londres. Anota lo que te diga.

—Lo haré —dijo viéndolo salir por la puerta, fascinada por su inagotable torrente de energía.

Al día siguiente, después de comer, llenaron una nevera portátil de refrescos y salieron hacia el norte. Los dos vestían texanos y calzaban botas de cuero y él insistió en que ella llevara un sombrero para protegerse del intenso sol de aquella zona. Ivy se sentó junto a él en un jeep y sonrió al comprobar que hacían buena pareja. La única diferencia evidente en sus prendas era el pañuelo rojo que llevaba ella alrededor del cuello. Hacía demasiado calor para llevar chaqueta, e Ivy sabía que la manga larga de sus camisas serviría más para protegerlos del sol que del frío.

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

—A un sitio muy especial —le contestó—. No lo encontrarás en ningún mapa turístico. Es una vieja mina de plata que perteneció a un antepasado de Hank. Le dije que quería enseñarte alguna ciudad fantasma y me sugirió que te trajera aquí. Me dio la llave de la puerta.

—Qué amable.

—Hank no es inmune a las mujeres —le dijo Ryder mirándola de reojo—. Le gustaste.

—Pero si apenas hablé con él —protestó ella con un gesto de sorpresa.

—No eres consciente del encanto que tienes. Nunca he conocido a una mujer menos vanidosa.

Podría haberle dicho que era así gracias a Ben, que encontraba una falta en cada parte de su cuerpo. Pero no se lo dijo.

—Había muchas minas en Arizona, ¿verdad? —le preguntó.

—Había y hay —le respondió él—. Una de las más famosas es Silver King.

—¿No era Tombstone un yacimiento de plata?

—Sí, originalmente sí —le dijo riendo ante el interés que ella demostraba.

—Leí algo sobre Arizona cuando me dijiste que vendríamos, aunque la verdad es que todo me sorprende. Parece otro mundo.

—Sí —asintió él—. Eso fue lo primero que pensé la primera vez que vine. Cuando estemos en la mina pégate a mí como una lapa. Podrías caerte en algún hueco y no sería muy divertido.

Los ojos de Ivy reflejaron cierto temor.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. Hay por aquí algunas ciudades en las que se han derrumbado algunos edificios por la gran cantidad de túneles que había excavados bajo el suelo. Y algunas personas se han caído en pozos de minas abandonadas.

—Qué horrible —exclamó Ivy con un temblor.

—No te separes de mí y yo cuidaré de ti, pequeña.

A Ivy le palpitó el corazón al escuchar su voz protectora y tierna. Debía tener cuidado para no abandonarse, para no mostrar lo que sentía. Aunque no sería nada fácil. Con sólo estar sentada a su lado, no podía dejar de temblar.

—También hay algunas serpientes, así que fíjate dónde pones el pie.

Al cabo de unos cuantos kilómetros, Ryder se apartó de la carretera y tomó un camino hasta una verja, cerrada. Abrió un gran portón con un candado, y después de conducir el coche al otro lado, lo cerró. Luego continuaron en el jeep hasta el valle donde estaba la mina. Había un pueblo abandonado de casas de adobe.

El viento no dejaba de soplar. Bajaron del coche; Ivy caminaba sin separarse de Ryder, sintiéndose insignificante en la vastedad de aquellos parajes. Aspiró profundamente y cerró los ojos. Casi podía escuchar voces.

—¿Soñando despierta? —le dijo él bromeando.

Ivy se encogió de hombros.

—Sólo estaba escuchando a los fantasmas. Apostaría a que pueden contar algunas historias.

—No lo dudo.

—Toda esa gente que trabajó y vivió aquí... —dijo ella avanzando entre las ruinas—... y que ahora está muerta. No te parece que no tiene sentido, Ryder. ¿Para qué todo aquello?

—Buscaban sus sueños —respondió mirando el perfecto perfil de Ivy—. Sabe Dios que algunos sueños valen cualquier esfuerzo.

Ivy murmuró algo y luego se estiró perezosamente.

—Tengo hambre.

—Eres de los míos —bromeó Ryder—. Voy por la cesta.

Al cabo de unos minutos estaban comiendo pollo frío con ensalada y bebiendo refrescos.

—Es el Paraíso —suspiró sonriéndole.

Estaban sentados en unos escalones de piedra. El sol brillaba con intensidad y el viento continuaba soplando suavemente.

—Estoy segura de que aquí mismo tuvieron que venir de picnic muchos de los habitantes de esta ciudad. Esto debía de estar lleno de niños y madres furiosas con ellos porque se llenaban de polvo.

Ryder se rió. Estaba encantado. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz, tan en paz con el mundo y consigo mismo. Ver a Ivy lo hacía sentirse lleno de vida. Era muy hermosa, cada parte de su cuerpo era bella, hasta su corazón. Nunca había querido a nadie como la quería a ella.

—Hacía mucho tiempo que no te veía tan relajada.

—Hacía mucho tempo que no me veías —le recordó con una sonrisa llena de humor—. Creo que alejarme de casa me ha ayudado mucho. Y tú también me estás ayudando mucho.

—No tienes por qué agradecerme nada —dijo él con sequedad mirando a la lejanía—. Yo necesitaba una secretaria y tú un trabajo. Sólo ha sido cuestión de negocios.

Ivy sintió que su corazón desfallecía. Había esperado algo más que eso, aunque no permitió que él se diera cuenta de su decepción ¿Qué podía esperar cuando el pasado había acabado con cualquier esperanza de futuro para ellos? Además, su complejo de culpa aun se interponía en un camino.

Cruzó las manos sobre el regazo.

—A pesar de todo has sido muy amable. Mamá decía que me estaba echando a perder y tal vez tuviera razón. Después de... la muerte de Ben perdí el interés por todo.

Ryder se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo un gesto de impaciencia.

—Supongo que es natural —dijo con calma—. Pero él está muerto y tú no. Ya has perdido mucho tiempo tratando de vivir en el pasado.

Aquello era más cierto de lo que él suponía. Pero no a causa de Ben, sino porque deseaba con desesperación volver a aquella noche en la que Ryder la había besado por primera vez. Deseaba tener una

segunda oportunidad. Y era imposible.

—¿Eso crees? —preguntó.

Recogió los desperdicios y los metió en una bolsa de basura. Ryder agarró la nevera portátil y la llevó al coche, mientras Ivy se sentaba en los escalones para contemplar aquel paisaje deshabitado.

—¿Tenemos que entrar ahora? —le preguntó a Ryder cuando volvió—. Se está tan bien aquí.

—Podemos quedarnos —respondió sentándose en el escalón superior al suyo.

De repente se deslizó hacia su escalón de manera que el cuerpo de Ivy quedó entre sus piernas, y le rodeó la cintura con las manos.

—Tranquila —le dijo al notar que se ponía rígida—. Nos quedaremos aquí y escucharemos cómo sopla el viento, ¿de acuerdo?

Ivy tragó saliva. Sentía el calor de su cuerpo tras ella y tenía miedo de revelar su vulnerabilidad. Pero era demasiado placentero como para protestar.

—De acuerdo —aceptó suavemente y trató de tranquilizarse.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre e„ su pecho. Pensaba que podía permitirse saborear unos pocos instantes en el cielo, y luego volvería al trabajo sin quejarse.

Ryder la estrechó entre sus brazos, de manera que su pecho y su estómago quedaron pegados a la espalda de Ivy.

—¿Estás bien? —le susurró al oído.

Ella tuvo la sensación de que eran las dos únicas personas en el mundo.

—Sí —murmuró.

El le acarició el pelo con la mejilla y se sintió en paz por primera vez desde hacía muchos años. Ivy olía a rosas, recordó las noches de dolor en que suspiraba por tenerla entre sus brazos. Pensaba que era asombroso que le permitiera estrecharla contra su cuerpo. Tal vez sintiera necesidad de tocarlo, como él a ella, pero por desgracia el pasado permanecía.

Ivy miró las manos que la estrechaban y comparó la palidez de sus propios dedos con los de aquellas enormes manos.

—Tienes unas manos muy grandes —murmuró acariciándolas.

—Las tuyas son muy elegantes —replicó con voz profunda— Nunca has estudiado música, ¿verdad?

—No. Quise, pero en casa nunca tuvieron dinero. Papá murió cuando yo era muy joven.

—No llegué a conocerlo. Nos mudamos a Albany cuando tú estabas en el colegio, pero ya sólo eran tú y tu madre.

—Tu familia se portó muy bien con nosotras —le dijo—. Yo quería mucho a tu madre.

—Todos la querían —reflexionó él en voz muy baja—. Era una dama, una verdadera dama.

Ivy abrió los ojos y miró las sombras cambiantes, rojas, anaranjadas, amarillas.

—A tu padre siempre me cuesta más recordarlo, no sé por qué —Siempre estaba fuera de casa. Le gustaba ganar dinero; a su manera, amaba a mi madre. Pero le hizo daño. Nunca fue muy afectuoso. Incluso ahora es una suerte si nos llama por Navidad.

—¿Te sientes solo, Ryder? —le preguntó apoyando la mano sobre las suyas.

—Sí. ¿Tú no? ¿No lo está todo el mundo? —le respondió mirando sus negros cabellos y sintiendo la sangre correr a toda velocidad gracias al contacto con su cuerpo.

—Supongo que sí.

Recorrió uno de sus dedos con su índice, sin darse cuenta de la sensualidad de aquel gesto hasta que oyó que él contenía la respiración y apretaba las manos.

—Ten cuidado, preciosa —le murmuró Ryder al oído—. Podría interpretar mal ese gesto.

A Ivy le dio un vuelco al corazón. El tono de su voz había sido inconfundible. Sintió debilidad en las rodillas y se alegró de estar sentada.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dijo con suavidad.

—¿Qué?

—¿Por qué no te has casado?

Ryder apretó las manos sobre el estómago de Ivy antes de relajarlas y dejarlas apoyadas sobre sus muslos con un gesto lleno de familiaridad.

—El matrimonio es un asunto muy serio —le contestó—. Y yo no creo en el divorcio.

—Debes haber... pensado en ello —dijo, y su voz desfalleció.

No podía pedirle que apartara las manos de su pierna, pero

aquel tacto era como fuego. Nunca había sentido su cuerpo tan vivo.

—¿En qué? —le susurró al oído antes de morderle el lóbulo de la oreja.

—En el matrimonio —consiguió decirle ella.

—Una vez, quizá —dijo y puso las manos sobre su estómago, justo debajo de sus pechos—. Estás temblando.

—Bueno... y qué esperas... si me tocas... de esa manera —dijo ella con la respiración entrecortada.

—¿De qué manera? —preguntó murmurándole al oído.

Y le puso las manos sobre los senos, de manera que sus pezones se endurecieron instantáneamente.

—¡Ryder!

—Estoy seguro de que no te sorprende tanto —le dijo con un tono burlón—. Después de todo eres una viuda, no una virgen.

Ivy tembló al sentir que Ryder apretaba aún más su piel, atrayéndola contra sí.

—Fui yo... aquella noche —dijo temblando de placer—. ¡Me rechazaste!

—Sí.

"Aquélla noche". Podía oír el ruego de su voz, probar su piel de seda; su cuerpo hizo un movimiento involuntario. Luego profirió una maldición y se puso de pie antes que ella pudiera darse cuenta. Se dio la vuelta y encendió un cigarrillo. Subió otros dos escalones para apartarse de ella y evitar la tentación de poseerla. Tenía que recuperar el control. Era demasiado pronto, pero en cuanto la tocaba perdía el mando, así que debería mantener las distancias.

Ivy lo miró desconcertada. Estaba temblando, apenas podía creer que la hubiera tocado de aquella forma. Cruzó los brazos para proteger sus pechos.

—Será mejor que volvamos —sugirió Ryder secamente.

Se dio la vuelta y comenzó a bajar los escalones en dirección al jeep. Le abrió la puerta, pero ni siquiera la miró.

Ivy se sentía demasiado insegura como para pronunciar una palabra, así que permanecieron en un tenso silencio hasta que llegaron al hotel. No podía creer que todo se hubiera estropeado tan pronto, pero no se atrevía a preguntar qué había hecho o dicho para que él se portara de un modo tan frío. Al llegar al hotel fue cortés y

educado, pero ella se dio cuenta de que quería mantener las distancias.

No podía equivocarse, lo que había ocurrido no se debía a otra causa que a la proximidad y a que él llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer no debía soñar. No podía abandonarse a su necesidad de tener a Ryder, así que debía agradecerle que no hubiera permitido que las cosas fueran más lejos. Al fin y al cabo no estaba enamorado de ella, se trataba tan sólo del mismo deseo que lo arrebató cuando ella sólo tenía dieciocho años.

Al día siguiente volvieron a Georgia. Ryder la llevó a casa.

—¿Puedes ir a la oficina mañana? —le preguntó.

—Sí. Estaré allí a las ocho y media en punto. Gracias por el viaje —añadió educadamente evitando mirarlo a los ojos—. La he pasado muy bien.

—Hasta que yo estropeé las cosas, querrás decir —dijo él con frialdad—. Bueno, aquí todo será más fácil. Habrá mucha gente a nuestro alrededor y tendré que mantenerme a raya.

Ivy lo miró con curiosidad.

—Olvídalo —dijo con una mirada de desafío—. Hasta mañana.

—Está bien.

Estaba claro que tenía prisa por irse. Salió del coche y dejó la maleta de Ivy en el porche. Intercambió un rápido saludo con Jean, volvió al coche y se marchó.

—¿Se divirtieron? —le preguntó Jean después de darle un abrazo.

—Era un viaje de negocios, mamá, no unas vacaciones. Pero sí, la pasamos bien.

Jean no hizo más preguntas e Ivy no dijo nada más.

Ryder le puso una ayudante a Ivy al día siguiente y él mismo le enseñó las cuestiones más importantes de su nuevo trabajo. Dio gracias al cielo porque, al menos, él parecía mostrarse un poco más accesible que el día anterior.

—Ya sé que parece que son muchas cosas —observó Ryder cuando acabó de informarla de cuáles eran sus deberes—. Pero tendrás una ayudante y te adaptarás muy pronto.

—Por supuesto que lo haré.

—Te queda bien el rosa —le dijo Ryder alabando la blusa de ese color que llevaba con un traje de chaqueta de aspecto muy

profesional—. Pero muy bien.

Ivy se ruborizó, esbozó una sonrisa y lo miró. Le sacaba casi un palmo y era fuerte y deliciosamente masculino. Luego se fijó en su boca y deseó besarle. Aquel inesperado deseo le aceleró el pulso.

—Gracias —le dijo casi sin aliento.

El no podía apartar los ojos de ella y ella se sentía desnuda frente a su mirada. Al mismo tiempo ella hacía que él se sintiera como un niño, y aquella vulnerabilidad lo ponía furioso.

—¿Me he equivocado en algo? —preguntó Ivy con desaliento.

Se había quedado mirándola tan fijamente que las chicas de las otras mesas comenzaron a murmurar.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Ryder.

—No dejas de mirarme.

—¿Eh? —exclamó, se encogió de hombros y apartó la mirada—. Bueno, espero que no tengas ningún problema, porque tengo una reunión.

—Podré arreglármelas —musitó comiéndoselo con los ojos antes de bajar la mirada—. Gracias por la ayuda.

—Ha sido un placer —se despidió.

Se dispuso a marcharse, pero al pasar a su lado la miró a los ojos. Llevaba un traje oscuro sin sombrero, nadie podría dudar que era un hombre de negocios. El traje le sentaba perfectamente y su hechura moldeaba las poderosas líneas de su cuerpo. Ivy casi gritó al admirar su maravillosa y masculina perfección.

—Te llevaría a comer —dijo él con suavidad—, pero seríamos motivo de habladurías.

—Sí —asintió ella con una tímida sonrisa—. Gracias por decirme lo de todas formas.

—Tendrás que venir el sábado.

—¿Por qué?

—A mi casa para seguir enseñando a Kim Sun.

—De acuerdo.

—¿No te importa?

Ella negó coro la cabeza.

—Kim Sun es un alumno muy aplicado, y me gusta.

—Tú también le gustas a él. Hasta luego —dijo y se marchó.

Ella lo miró mientras se alejaba. Debía ser el hombre más asombroso del mundo, pero parecía estar solo, tanto en la oficina

como entre la multitud. No sabía dónde estaba su pensamiento. Se preguntaba si alguna vez estaría lo bastante cerca de él como para conocerlo bien.

Una de las secretarias la llamó para que atendiera unas cuestiones sobre el proyecto de Arizona, con lo que apartó de su mente por unos minutos sus preocupaciones sobre Ryder.

Después de todo estaba allí para trabajar, no para soñar con el jefe.

Capítulo 5

ERA una suerte que a Ivy le gustara viajar, porque a la semana siguiente Ryder tuvo que ir a Jacksonville. Y se la llevó con él. Reservaron una suite en un lujoso hotel sobre el río St. John's.

Comieron en un restaurante que había en la misma calle del hotel, un lugar fabuloso que daba la impresión de estar tallado en el tronco de un gigantesco árbol. El servicio era maravilloso y probó el mejor marisco de su vida. Después volvieron caminando al hotel siguiendo la orilla del río. Guardaban silencio, y Ryder parecía pensativo, tal como había estado desde que llegaron a la ciudad. Los dos vestían ropa informal, él pantalones oscuros y un jersey amarillo de tejido muy ligero, y ella un vestido blanco de organdí con un pañuelo alrededor del cuello. Ivy se preguntaba con cuántas mujeres habría estado en aquel mismo lugar, porque parecía conocer el camino de memoria.

Una pareja con tres chiquillos se aproximaba hacia ellos; de repente uno de los niños salió corriendo en dirección al río. La madre gritó, pero Ryder fue más rápido que el grueso padre del niño, corrió hacia él y lo tomó en brazos. El niño no paraba de reír cuando Ryder lo entregó a sus horrorizados padres.

—Es muy rápido —les dijo Ryder.

—Más de lo que usted pueda imaginar —repuso la madre sonriendo aliviada—. ¡Muchas gracias!

—Supongo que tendré que perder unos cuantos kilos —comentó el padre demostrando la misma gratitud que había expresado su mujer.

El niño, rubio y de ojos azules, trataba de volver al suelo.

—Peces —le decía a su padre—. Mamá me ha dicho que el río tiene peces y quiero verlos.

—Los peces casi te muerden en la nariz, tigre —le dijo Ryder con una sonrisa.

El padre del niño saludó a Ivy, que había llegado junto a ellos; Ryder se dio cuenta de que el hombre se fijaba con detalle en su preciosa figura. Cuando el hombre notó que Ryder lo estaba observando apartó la vista inmediatamente.

—¿Están usted y su mujer de vacaciones? —le preguntó con una sonrisa nerviosa.

—Unas vacaciones de trabajo —replicó Ryder secamente y rodeó los hombros de Ivy con un brazo—. Y será mejor que regresemos. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ryder se quedó mirándolos marchar sorprendido y molesto por los celos que aquel hombre había despertado en él. Pero no podía permitir que Ivy se diera cuenta porque habría sentido algo de temor.

—Un niño simpático —comentó—. Un auténtico carácter.

—Te gustan los niños, ¿verdad? —preguntó Ivy sonriéndole mientras seguían caminando.

No le dijo nada del brazo que le rodeaba los hombros y él no hizo intención de apartarlo. Trató de adaptarse a su paso, y aunque al principio andaban torpemente y a destiempo, poco a poco lo consiguió.

—Sí, me gustan los niños —afirmó él al cabo de un rato mirándola—. No sabes mucho acerca de mí, ¿verdad?

—Bueno, sé que te gusta comer, que ganas mucho dinero, que siempre estás ocupado y que tienes un gran corazón —contestó con una sonrisa—. Pero, supongo que no sé mucho acerca de ti —"excepto que te quiero", podría haber añadido.

Ryder se detuvo y se volvió hacia ella. Apoyó las manos sobre sus hombros mientras las luces de Jacksonville iluminaban la noche y el ruido del tráfico parecía detenerse por un momento.

—No sigas huyendo —le dijo inesperadamente.

Ella no podía verle los ojos, pero la hubiera tranquilizado porque su voz sonaba muy extraña.

—No... No te entiendo —murmuró.

—Sí que me entiendes —replicó él respirando agitadamente—. Ivy, sé que te hice daño, pero ahora has crecido y tal vez entiendas

que un hombre puede comportarse de un modo irracional cuando se siente dolido y frustrado.

Notaba sus cálidas manos sobre los hombros y se sentía ligera como la noche. Lo miró en la oscuridad, deseando dar el paso que aproximaría su cuerpo al suyo. Quería que la abrazará para dar rienda suelta a todas las emociones que despertaba en ella. Ben nunca le había hecho sentir ni la confusión ni el placer que sentía junto a' Ryder.

—Eso fue hace mucho tiempo —le dijo después de elegir las palabras—. Ryder, aún es... muy pronto...

—Otra vez Ben, ¿no es eso? —dijo apretando las manos—. Por Dios, lo sacaré de tu cabeza.

Se inclinó y la besó. No pudo evitarlo. Al sentir el cuerpo suave y cálido bajo sus brazos no pudo contenerse. Gimió con desesperación mientras la besaba, y el ruido de los latidos de sus corazones apagó el del tráfico.

Ivy se sentí arder mientras él la besaba y deseaba dejarse llevar por el torrente de sensaciones que se despertaban en ella. Pero no pudo y trató de apartarse de él. El ardor de Ryder la atemorizaba porque era violento, violento como...

—¡Como Ben!

Ryder se apartó inmediatamente cuando oyó a Ivy pronunciar el nombre del otro. En su rostro se dibujo una mueca implacable.

—¡Maldito Ben!

Luego se dio la vuelta metiéndose las manos en los bolsillos. Estaba ardiendo de deseo y todo lo que ella había hecho era acordarse de aquel hombre.

Ivy se dio cuenta demasiado tarde de lo que había hecho. No había querido pronunciar el nombre de su marido, pero el comportamiento violento de Ryder le había devuelto unos recuerdos dolorosos.

Se acercó, pero él no quiso mirarla a la cara. Extendió el brazo y puso la mano sobre su espalda con ternura. Ryder dio un respingo al sentir aquel contacto.

—Sé lo que estás pensando —comenzó a decirle—. Pero estás equivocado. No lo dije porque...

El sonido de un camión ahogó su voz, y Ryder siguió caminando.

—Ryder —le dijo de nuevo cuando estaban en el vestíbulo.

El le tendió la llave de la suite.

—Sube tú —le dijo—. Yo tengo algo que hacer.

Antes que pudiera decir nada él se fue en dirección al restaurante.

Ivy dejó caer los brazos con rabia y subió a la habitación.

Tal vez el destino quería mantenerlos apartados, pensaba Ivy. Se dejó caer sobre la cama desfallecida. Deseaba con todas sus fuerzas abandonarse a sus sentimientos por Ryder, deseaba abrazarlo y amarlo. Pero no comprendía su furia, la rudeza con que la había tratado. Ryder no podía comprender que cuando se portaba así le recordaba a su marido y ella no podía decírselo. Sin embargo, mientras hubiera secretos entre ellos, no habría ninguna esperanza para el amor.

Aquella noche volvió a tener una vieja pesadilla. Ben la sujetaba de los brazos y la sacudía, acusándola de engañarlo con Ryder. Estaba borracho y se reía mientras la desnudaba, forzándola después hasta hacerle daño. Olía a alcohol y comenzó a gritar.

—¡Ivy, despierta!

Ivy sintió que unas manos la estaban sujetando. Miró hacia arriba con los ojos llenos de lágrimas. Estaba cubierta de sudor y no dejaba de temblar.

—¿Estás bien? Gritabas como una loca —le preguntó Ryder, que estaba junto a ella con la chaqueta del pijama desabrochada, lo que le permitía ver su pecho cubierto de vello.

Su sola presencia allí, sobre la cama, bastaba para que se le secara la boca. Le parecía increíble que su cuerpo medio desnudo pudiera afectarla tanto, cuando nunca le había gustado ver a Ben de aquella manera. Pero Ryder era diferente. Sólo con mirarlo sentía un temblor en todo su cuerpo.

Con un gesto nervioso trató de arreglarse el camisón.

—Tuve una pesadilla.

—Sobre Ben, supongo.

—Sí.

—Me asombra que te importe tanto después de todo lo que te hizo.

Ivy se quedó mirando su torso desnudo.

—Era mi marido —apuntó con voz ronca—, y le debía fidelidad,

sino algo más.

—¿Incluso después de su muerte? —preguntó él sin poder evitarlo.

Ivy cerró los ojos. Cómo podía decirle que su obsesión por él la había conducido al matrimonio con Ben. No había forma posible de que pudiera confesárselo.

—Levántate —dijo él inesperadamente pasándole una mano por el pelo—. Te traeré algo de beber.

Sabía que tenía algo de brandy en su habitación, y a ella no le gustaba el alcohol. Ya la había hecho sufrir bastante.

—Ya sabes que no bebo.

Ryder la miró a los ojos.

—Bueno, yo lo hago cuando la ocasión lo exige. Y no me vas a decir que no necesitas algo que te ayude a dormir. Vamos.

Se levantó aunque no quería hacerlo. No tenía bata y se quedó de pie junto a la cama tan sólo con el camisón blanco de algodón que marcaba sus senos, antes de caerle hasta los tobillos. Con el pelo sobre los hombros parecía un ángel caído.

—Trataré de no mirar—le dijo él con calma.

Se dio la vuelta y ella lo siguió al lujoso salón de la suite. Ryder sirvió el brandy en dos vasos y se acomodaron en el sofá. Ivy se sentó con las piernas cruzadas debajo del camisón.

—¿todavía me tienes miedo? —preguntó él—. No soy más peligroso de lo que pueda serlo cualquier otro hombre. Pero en mi caso, además, me haría falta una invitación que no dejara lugar a dudas. ¿Eso te deja más tranquila?

Ivy se quedó mirando el vaso de brandy. Probablemente sería una bebida exquisita, pero no lo sabía. Todo lo que Ben había tenido en casa era whisky barato.

—Tengo miedo de la mayoría de los hombres —afirmó al cabo de un minuto.

La pesadilla la había dejado exhausta y se sentía demasiado agotada como para fingir.

—Trata de vivir entre amenazas y violencia durante tres años y ya verás cómo te afecta.

—Sé que te pegó al menos una vez —aseguró Ryder apretando la mandíbula—. Sólo un ciego no habría visto las señales. Te dije que por eso me mantuve alejado. Jean juraba que tú estabas

locamente enamorada y sé muy bien la poca consideración en que se tienen algunas mujeres cuando se trata del hombre al que aman.

Ivy no sabía qué hacer. Ryder tenía una idea completamente equivocada de su lealtad hacia Ben, pero no había forma de sacarlo de su error sin contar cosas que no se atrevía a decirle. Bebió un trago de brandy y el silencio pareció espesarse. Ryder encendió un cigarrillo y comenzó a fumar. Parecía agotado y probablemente lo estaba porque vivía a un ritmo endiablado.

Ivy suspiró. El sabor del brandy no le disgustaba, pero no estaba acostumbrada al alcohol y comenzaba a sentir sus efectos. Sentía un placentero mareo y comenzaba a tranquilizarse.

—¿Qué habría ocurrido si no te hubieras marchado, Ryder? —le preguntó mirándolo.

Se puso tenso. Terminó su copa y apagó el cigarrillo.

—Si te parece que ya puedes dormir, yo me despido —dijo levantándose.

Ella también se levantó, tambaleándose ligeramente. El parecía mucho más alto cuando ella estaba descalza. Se detuvo frente a él y lo miró, fijándose en su masculina presencia.

—Ben era todo blanco cuando no llevaba ropa —dijo con dificultad.

—Es que yo paso mucho tiempo en el campo —dijo él, y apretó la mandíbula.

—Y él también.

—Ben era de piel pálida, yo soy moreno. Ivy...

Ella tocó su pecho, dudando un poco. Tenía los dedos fríos pero a él le quemaban como velas encendidas. Se tensó y le tomó la mano para apartarla de su pecho, pero no pudo. El olor del cuerpo de Ivy le penetraba por la nariz con mucha intensidad.

—No —le dijo con calma—. Así no.

Ella respiró profundamente.

—Como en los viejos tiempos —habló con voz ronca—. Me, acusas de querer apartarme de ti, cuando eres tú el que me echa de su lado.

Ivy se daba cuenta de que estaba bebida, pero sentía el dolor del rechazo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Por qué? —susurró.

—Porque no es el momento ni el lugar apropiado —repuso él

con enfado.

Apretó su mano contra el pecho.

—Siénteme — le espetó con aspereza mientras la acariciaba el pelo con la otra mano—. Siente lo que me has hecho —se refería al furioso latido de su corazón—. Nunca he conocido a otra mujer que me hiciera sentir lo que tú.

—¿Es todo lo que sientes? ¿Sólo deseo? —le preguntó con tristeza.

Ryder estaba a punto de perder el control. Tenía que apartarse de ella cuando aún estaba a tiempo.

—Ya sabes lo que pienso respecto a los compromisos, ¿verdad? —le gritó.

—No los quieres —afirmó ella—. Nunca los querrás.

Agachó la vista y dejó caer el brazo del pecho de Ryder.

—Lo siento. Me siento un poco rara.

—Estás bebida —corrigió él—. Y es hora de que te acuestes.

—Me parece que me voy a caer—murmuró ella con una risita.

—No importa.

Ivy dio un profundo suspiro y sintió que el mundo se desvanecía en torno a ella.

Ryder la sostuvo antes que cayera y la llevó a la habitación. La metió entre las sábanas, recordándose a cada segundo que debía contenerse. Parecía un ángel dormido, con el pelo revuelto sobre la cara y los ojos cerrados mostrando sus largas pestañas. Era la mujer más bella que jamás había conocido y la amaba desesperadamente. Pero aún estaba obsesionada con su marido y él no podía competir con un fantasma. Profirió una maldición y salió de la habitación.

A la mañana siguiente, Ryder se quedó dormido por primera vez en muchos años. Cuando entró en la habitación, Ivy estaba desayunando.

—¡Oh! —exclamó ella—, estaba a punto de llamarte.

Pero se alegraba de no haberlo hecho. Recordaba con cierto embarazo la noche pasada. Con un gesto inconsciente se estiró la blusa que caía sobre sus pantalones negros.

—Vamos a comer algo —propuso él—. Luego nos iremos a ver St. Augustine.

—¿Al Castillo de San Marcos? —le preguntó con entusiasmo.

—Sí, y si quieres también al museo de Ripley de Objetos

Increíbles.

Ivy le sirvió una taza de té y se la pasó por encima de la mesa, con los ojos fijos en la camiseta azul de cuello abierto que él vestía. El color iba muy bien con sus ojos y el cuello permitía una visión muy seductora de su pecho. Recordó haberlo acariciado y sintió de nuevo la misma sensación confusa. ¿Aprendería alguna vez a no arrojarse en sus brazos?

—Siento lo de anoche.

—Ya lo supongo —replicó él con una voz cortante y profunda—.

¿Te duele la cabeza?

—Un poco. Tomaré dos aspirinas.

—El aire del mar te ayudará; come algo, anda.

Ivy comió la tostada, pero nada más.

—No quería decir que sentía haber bebido ——comenzó a decirle.

—Si lo que quieres es pedirme disculpas por algo más, olvídalo —le dijo sin mirarla—. Termina el café y vámonos.

Fueron bordeando la costa por la carretera número uno hasta St. Augustine, la ciudad más antigua de todo Estados Unidos. El magnífico fuerte dejó a Ivy sin aliento. Estaba situado en un brazo de tierra que dominaba la bahía de Matanzas, en el océano Atlántico. Construido en piedra, sus muros eran grises, modelados por el tiempo. Estaba rodeado por un foso y los turistas tenían que cruzarlo a través de un puente de madera.

Su historia se remontaba a un pasado muy lejano. Había sido levantado en 1565 y había pertenecido a España, a Francia, a Inglaterra y, finalmente, a Estados Unidos desde 1672.

Una curiosidad interesante era que la tribu de los apaches chlricauas fue aprisionada en el fuerte después de la derrota de Jerónimo, a finales del siglo pasado. Ivy se preguntaba cómo se habrían sentido aquellos habitantes del desierto confinados entre aquellos muros en los que el único espacio abierto era un pequeño patio que ahora estaba plantado de césped. Imaginó a los españoles, y a los primeros norteamericanos. La historia se respiraba en aquel lugar, y si los fantasmas existen, era seguro que allí había muchos.

Temblaba ligeramente por la atmósfera de aquel sitio y por la fría brisa que soplaba desde el mar. No había llevado abrigo, pero Ryder se quitó su chaqueta y se la puso sobre los hombros.

—No creía que pudiera hacer este frío ——comentó Ryder.

—Yo estoy bien, pero tú te vas a enfriar sin la chaqueta ——dijo Ivy.

El la agarró de los hombros y le sonrió. Estaban rodeados por un grupo de turistas de la tercera edad que seguían a un guía.

Ivy estaba aterrorizada por la influencia que Ryder tenía sobre ella. No pudo resistirlo e hizo un movimiento para apartarse de tal forma que las manos de él quedaron sobre sus pechos. Esperó que apartara el brazo, pero no lo hizo.

Ella lo miró a los ojos y se dio cuenta de que él llevaba observándola algún tiempo. Se quedaron quietos contemplándose, mientras el viento soplaba ahogando la voz del guía, que comenzaba a alejarse. Luego Ryder miró hacia abajo y movió las manos. Le acarició los pezones con un movimiento suave que le hacía temblar las piernas.

Luego la miró mientras respiraba profundamente y su pecho se agitaba.

—No deberías hacer eso —le dijo Ivy.

—Entonces no me dejes —replicó desafiante.

Ivy podía escuchar los latidos de su propio corazón. Sintió un escalofrío y se adelantó un poco para apoyar la cabeza sobre el ancho pecho de Ryder.

—Ryder —murmuró.

Ryder sintió un gran placer, aunque no olvidaba que ella era muy vulnerable y que por lo tanto no debía aprovecharse. Dios sabía que había tratado de guardar las distancias, sobre todo porque Ivy aún pensaba en Ben, pero ahora no podía hacer otra cosa. Sentirla cerca era como una droga y él no podía detenerse.

—Quédate quieta.

Le desabrochó la blusa lentamente. Ella sabía que debería haber protestado pero no podía, era demasiado placentero. Sintió la yema de sus dedos acariciar su piel y dio un respingo.

El inclinó la cabeza y la miró, echando una ojeada al grupo que se alejaba. Sabía que no debía haber empezado. La sangre parecía a punto de estallarle en las venas, se daba cuenta de que aquello no les ayudaría, pero Ivy lo seducía por completo y ya hacía demasiado tiempo que la deseaba. Fijándose en su piel rosada, apartó la ropa para ver los pezones erguidos.

—Ryder—susurró ella.

—Precioso. No he podido dormir esta noche imaginándote desnuda, tus pechos desnudos dentro de mi boca...

Ivy lanzó un gemido.

—Te gusta, ¿verdad? —susurró con voz ronca—. A mí también. Pero si te beso ahí perderé la cabeza, y creo que tú también, y no hemos venido aquí para convertimos en una atracción para los turistas.

Ivy respiraba con dificultad, con la boca entreabierta. Se apretó contra él con fuerza.

—Oh, Dios, qué momento para desearnos —dijo él mordiéndole la oreja.

Vio cómo el grupo de turistas comenzaba a alejarse por la escalera y dio gracias al cielo, porque su cuerpo ardía como el propio infierno.

La apartó lo justo para colocar las manos entre sus cuerpos. Comenzó a acariciar sus pechos mientras la besaba en la frente, casi sin aliento: ella permanecía sumisa en sus brazos, disfrutando de la ternura de sus manos.

Ryder se daba cuenta de que estaba temblando, pero veía que no se resistía, sino que se ofrecía a sus caricias. Estaba embriagada por el olor de su cuerpo.

—Mírame —le pidió—. Quiero ver tus ojos mientras te estoy mirando.

Ella le obedeció y lo miró a los ojos. Contuvo la respiración al sentir que sus manos abarcaban sus pechos y los pulgares acariciaban sus ardientes pezones.

—Alguien puede vernos —protestó con la respiración entrecortada.

—No. Acaban de irse.

Y al decirlo, el último de los turistas desapareció escalera abajo.

—AL fin solo —dijo y la besó.

Aquella vez Ivy no sintió ninguna violencia. Y su boca respondía al ruego de aquella boca, que le pedía un contacto más profundo. Su corazón le pertenecía, y lo único que quería era estar lo más cerca de él durante el mayor tiempo posible.

Lo abrazó y se apretó contra su cuerpo. Ryder la asió por las caderas y la atrajo hacia sí sin dejar de besarla. Ivy se dio cuenta de

su evidente excitación al sentir la poderosa presión sobre su vientre.

Ryder no dejaba de asombrarse de que ella no se resistiera y levantó la cabeza para mirarla. Ella había comenzado a moverse rítmicamente apretándose contra él.

—¿Lo sientes?

—Sí —replicó ella, ruborizándose un poco ante su mirada maliciosa y ardiente.

—Agradece a las estrellas que no estemos en la habitación. A esto es a lo que me has estado invitando toda la semana cada vez que me mirabas.

Aquello no era lo que ella quería escuchar. Palideció ante aquella insinuación, que significaba que ella lo había estado provocando.

—Tú empezaste —le dijo.

—No, fuiste tú —replicó él y volvió a mirar hacia sus senos—. No llevas sostén. ¿Es para que me sea más fácil besártelos?

Ivy se ruborizó y cerró la blusa„ abrochándosela rápidamente con manos temblorosas. Ryder siempre encontraba un medio de avergonzarla cuando las cosas se escapaban de su control, aunque tal vez ni siquiera él supiera por qué.

Se apartó de ella, encendió un cigarrillo y se quedó mirando hacia la bahía. Aún sentía ansiedad. Se preguntaba por qué ella continuaba haciendo lo mismo. Y entonces tuvo una horrible sospecha.

—¿Has perdido el interés por el sexo? —le preguntó bruscamente, mirándola con ojos amenazadores.

Capítulo 6

IVY se quedó sorprendida por la pregunta y tardó unos segundos en darse cuenta de lo que Ryder quería decir. Que si había perdido el interés por el sexo. Lo cierto era que para ella no había sido más que algo odioso, nada más que una humillante amenaza.

Lo miró en tanto se abrochaba nerviosamente la chaqueta. No sabía por qué le hacía aquella pregunta después de la dulce intimidad que habían compartido.

—¿Tú qué crees? —preguntó después dé un largo silencio.

Luego se dio la vuelta y se asomó a los muros que daban a la bahía de Matanzas.

Ryder se acercó a su lado con el cigarrillo encendido en la mano, pero no la miró.

—Me... pones nervioso —dijo por fin.

—Ya me he dado cuenta ——contestó pasando los dedos por la piedra desgastada y húmeda—. ¿Por qué acabas perdiendo la cabeza cada vez que me focas?

Ryder dejó escapar una gran bocanada de humo sin dejar de mirar el horizonte.

—Porque te deseo.

—Sí, ya lo sé —señaló ella con suavidad—. Pero eso no acaba de explicarlo.

Ryder la miró de reojo.

—Hace mucho tiempo, pero seguro que recuerdas que casi perdí completamente el control contigo aquella noche.

—Sí, me acuerdo —contestó cerrando los ojos—. Y todo lo que haces es apartarme de ti.

Ryder se dio la vuelta manteniendo la vista baja y la mandíbula apretada.

—Tengo que hacerlo —replicó con una voz extraña—. Dios mío, si nos damos un beso que dure más de cinco segundos vamos a acabar siendo amantes. Y no finjas que no piensas como yo.

Ella no podía negarlo. Trazó unas líneas sobre la piedra y trató de respirar con normalidad.

—Los dos sabemos —dijo él—, que no estás preparada para una relación física con un hombre. No, cuando aún tienes pesadillas en las que sientes que traicionas a Ben.

Ivy quería escuchar otras palabras de él, aunque podía entender que él pensara de aquella forma. "Ahora o nunca", pensó. Tendría que confiar en la suerte y contarle la verdad acerca de su matrimonio. Quizá si él entendía por qué se sentía así, tendrían oportunidad de empezar de nuevo.

—No tengo pesadillas en las que traiciono a Ben —dijo con voz ronca.

—¿Entonces? —preguntó él conteniendo la respiración.

—Me hacía daño, físicamente —respondió Ivy nerviosa y bajando la vista.

Era la primera vez que se había confiado a él, incluso aunque le estuviera diciendo algo que ya sabía. Pero era una forma de comenzar.

Sin embargo, Ryder tenía secretos que Ivy no conocía. Secretos que tenían que ver con la vida y la muerte de Ben. Tenía un gran sentimiento de culpabilidad que aparecía cada vez que la tocaba, porque el sentido de culpa era una de las razones que lo volvían loco cuando lo hacía. La otra razón era el amor desesperado que sentía por ella. Deseaba compartir con ella el más profundo amor sabiendo que sería la experiencia más trascendental de su vida. Pero necesitaba que ella lo amara. Sólo si lo amaba, le haría el amor. Eso era lo que lo atormentaba, lo que lo detenía cada vez que la tocaba.

Y ahora ella confesaba que su matrimonio no había sido perfecto... Cuando había pasado muchos años obsesionado por la idea de que podía haberlo amado a él en lugar de a Ben, pero que la había rechazado, pensando que era demasiado joven para casarse. Casi no podía soportar pensar en aquello.

—Supongo que no sabías que ya bebía cuando te casaste con él —dijo eligiendo las palabras con cuidado.

—Me daba pena —le respondió—. Era un hombre amable y

bueno y dejó de beber. Pienso que podría haberlo ayudado —prosiguió con amargura—. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Creía que todo mejoraría, pero las cosas cada vez fueron peor.

—Lo siento —dijo Ryder apesadumbrado.

—Yo también. Una vez casados, no pude escapar, estaba atrapada, tanto por mi conciencia como por su necesidad. Pero yo estaba cada vez más fría... y todavía lo estoy, en muchos sentidos —dijo y suspiró profundamente—. De todas formas no puedo acostarme contigo, Ryder, el deseo no basta.

Lo miró pero su rostro era inexpresivo.

—Tal vez te sorprenda oírlo, pero tampoco a mí me basta. Por eso trato de guardar las distancias.

—¡Oh! —exclamó Ivy.

No sabía por qué se sorprendía tanto. Después de todo él nunca había mencionado el amor. Al menos era sincero, y un caballero que no iba a seducirla por una necesidad puramente física. Así que se quedó más tranquila.

Una sonrisa cruzó por el rostro de Ryder al ver la expresión de Ivy...

—¿Pensabas que quería poner otra muesca en la cabecera de mi cama?

Aquel humor se ajustaba más al Ryder que conocía.

—¿No es lo que quieres? —le preguntó con una sonrisa.

El negó con la cabeza.

—Te dije desde el principio que hacía mucho tiempo de eso y no bromeaba. He perdido la curiosidad por el sexo opuesto. Aunque. —murmuró inclinándose hacia ella—, eso no tiene que ver contigo. Supongo que me encantaría verte sin ropa.

Ella enrojeció de rubor y apartó la cara.

—¡Pues no sé qué tengo de especial!

—Nada que deba preocuparte, pequeña —le explicó él con calma—. La soledad se apodera del ser humano de vez en cuando, no te preocupes. Tú eres tan humana como yo —añadió poniéndole un brazo sobre los hombros con una actitud paternal—. Dejaremos las cosas como están, ¿de acuerdo? Somos amigos desde hace mucho tiempo, así que no vamos a perder eso ahora.

—No podría soportarlo —le confesó, saboreando la proximidad

que habían recuperado—. El guía dijo que había un museo de armas abajo, ¿quieres verlo? —le preguntó con un entusiasmo contagioso.

—Muy bien, y luego te invito a comer mariscos.

—¡Estupendo!

Comenzaron a bajar por la escalera a toda prisa y ella perdió pie. Podría haber tenido una mala caída porque la escalera era muy empinada, pero con un rápido movimiento, Ryder la asió por la chaqueta.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que pretendías? —exclamó con enfado.

Cuando Ivy recuperó el equilibrio y lo miró se dio cuenta de que estaba pálido.

—Gracias —dijo con suavidad.

—No te preocupes pero fíjate dónde pones el pie. Estamos muy alto.

—Está bien.

Ivy sentía la mano de Ryder en el codo y no pudo evitar una sonrisa. Que se preocupara por ella le producía una sensación cálida en todo el cuerpo.

La alegría de aquellos momentos permaneció a lo largo de todo el día. Vieron el museo y se fueron a comer. Luego entraron en una tienda de juguetes llena de ositos de peluche y Ryder le regaló uno. Era de color miel con una cara muy simpática y una nariz muy larga.

—Gracias —dijo ella riendo mientras abrazaba el osito—. Quería uno desde que era pequeña.

Ryder se sentía protector al verla con aquel muñeco entre las manos. Recordaba cuán pobres habían sido los McKenzie, pero Ivy, como su madre, siempre había sido alegre y brillante a pesar de todo. Era una de las cosas que él admiraba de ellas.

—Gracias, Ryder, Cuidaré muy bien de él.

—Ha sido un placer.

La mirada de Ivy era suficiente como gratitud. Le asombraba que le gustara tanto aquel muñeco. Tuvo que insistir un buen rato para que lo pusiera en el asiento de atrás en el camino de vuelta a Jacksonville.

Ryder tenía una cena de negocios, así que Ivy pidió una ensalada y se quedó en la suite viendo la televisión. Al cabo de una hora fue a la habitación se puso el camisón y se acostó en la cama

apretando el osito de peluche entre los brazos.

Recordó la forma en que Ryder la había besado en el castillo, y la pasión con que ella había respondido a su ardor. Tal vez, después de todo, no fuera frígida. Aquello le daba esperanzas. Cerró los ojos y se dejó invadir por los recuerdos. Recordaba la forma en que la había mirado y el calor que sentía en su interior ante aquella mirada. Y la delicada caricia de sus manos. Se movió sobre la cama y el camisón quedó sobre sus muslos. Estaba ardiendo. Las sensaciones que experimentaba eran nuevas y deliciosas y miraba la puerta abierta esperando que Ryder llegara. Pero tardaba mucho y los recuerdos de aquella tarde la dejaron exhausta.

Se metió bajo las sábanas, puso el osito junto a ella y cerró los ojos. Finalmente, se quedó dormida y no tuvo pesadillas.

Cuando Ryder llegó estaba agotado. Se detuvo frente a la puerta abierta de la habitación y sonrió al verla abrazada al osito. Se acercó a la cama lijándose en la cara de Ivy. Su pelo rizado estaba desordenado sobre su cara y tenía las mejillas sonrosadas. La manta le cubría los pechos y él tuvo que resistir la tentación de apartarla.

Cada día tenía que luchar por seguir manteniendo las distancias y la quería más que a su propia vida.

Se inclinó y besó sus mejillas. Ella se estiró y dijo un nombre en susurros.

El se irguió. El corazón le latía con fuerza. Salió de la habitación y cerró la puerta detrás de él. Se sentía aturdido. El nombre que ella había pronunciado era el suyo.

A la mañana siguiente volvieron a casa, pero Ryder se detuvo en Savannah para comprar algunos dulces para Jean. Ivy nunca había estado en Savannah, así que se bajaron y caminaron por sus calles adoquinadas flanqueadas de robles. Pero había demasiada gente, y Ryder quería hablar con Ivy.

—¿Qué te parece si vamos a la playa? —le preguntó de repente.

—Es invierno —exclamó ella.

—Sí, pero hace bastante calor como para sentarnos en las dunas y mirar el mar.

—Muy bien. Me encantará —aceptó ella riendo.

—Entonces vamos.

La tomó de la mano y la llevó hasta el coche. El osito de peluche los esperaba sentado en el asiento de atrás. Se dirigieron a las

afueras, a la playa de Savannah. En aquella época del año estaba desierta. Caminaron por la arena viendo cómo rompían las olas.

Se sentaron en una duna. Ivy jugaba con una concha que Ryder había recogido del suelo.

—Háblame de Ben, Ivy.

Ella dudó. Aún había algunas cosas demasiado dolorosas. Aunque la verdad era que quería hablarle de ellas y aquella era una ocasión tan buena como cualquier otra.

—Le fallé —dijo simplemente—. Cuando no bebía era un buen hombre, pero al final bebía constantemente.

—Entonces te pegaba —murmuró Ryder.

Ella asintió. El viento agitaba su pelo.

—Luego siempre lo lamentaba. Nunca pude ser lo que él quería que fuera, aunque lo intenté —confesó fijando sus atormentados ojos en él—. Pero, Ryder, creo... que soy frígida.

—¿Qué? —dijo con un murmullo—. ¿Después de lo que hicimos juntos en St. Augustine?

Inmediatamente, Ivy se dio cuenta de lo que Ryder estaba diciendo y contuvo la respiración.

—Sí... he pensado mucho en eso. Nunca me sentí así con Ben —declaró.

Ryder se quedó helado y se volvió para mirarla.

—¿Nunca? —exclamó.

Ivy se encogió de hombros con timidez.

—Nunca. Al principio traté de fingir, pero...

—En nombre de Dios, ¿por qué te casaste con él si te sentías así?

—No creía que fuera tan importante. El era amable y simpático y a mí no me molestaba que me besara, aunque tampoco sentía nada en especial. Y en la cama... Oh, dios mío —exclamó tapándose la cara con las manos—. Dios mío, nunca en mi vida había odiado tanto algo como odiaba... aquello.

Por fin estaban llegando a alguna parte. Ryder dio una larga calada y eligió las palabras que diría a continuación.

—"Aquello" es una bella comunión entre dos personas que se quieren. Pero tiene que existir algo de química.

—Me di cuenta de eso de la peor manera —replicó ella—. Ben y yo éramos buenos amigos, yo creía que sería suficiente.

—En la cama no —dijo él mirándola a los ojos.

—No —se calló unos instantes—. Después de aquella noche contigo, yo tenía miedo. No sólo de ti —añadió al ver que Ryder fruncía el ceño—, sino de lo que yo hice y sentí. Yo pensé que como Ben era tan amable y yo no me excitaba demasiado, todo podría ser maravilloso. No le tenía miedo, ¿te das cuenta? El era seguro... —su voz desfalleció.

—Pero yo no —dijo él mirándola.

Ivy lo miró y luego volvió a bajar la vista.

—No, tú no. Tú me convertiste en otra persona cuando me tocaste y no podía entenderlo ——dijo y miró hacia las olas que rompían en la playa—. Mi noche de bodas acabó con todas mis ilusiones. Y con las suyas. El creía que yo sabía cómo hacerlo, ¿no te parece increíble?

—No quiero que me lo cuentes —gruñó Ryder entre dientes.

Ivy le miró con un gesto de sorpresa. Pero él no la miraba y estaba muy rígido. ¿Por qué le importaba tanto?

—No habría sido igual contigo, ¿verdad, Ryder? —le preguntó con suavidad—. La manera en que me sentía contigo... lo habría hecho más fácil, ¿verdad?

—Sí —afirmó él con una voz apagada—. Habríamos recorrido cada paso del camino. Habría sido como en el castillo, Ivy, cuando echaste la cabeza hacia atrás y te ofreciste a mis labios. Pero mucho más violento y más dulce.

—Nunca pensé que habría violencia en la cama —observó Ivy con una ligera duda en su voz.

—No me refiero a algo cruel. Hay mucha diferencia.

Ivy guardó silencio unos instantes.

—Hasta que me casé, mi única experiencia la tuve contigo, aquella noche.

Al oír aquello Ryder se quedó muy quieto. Luego se levantó y le dio la espalda, luchando por no perder el control.

—Habría sido mejor para los dos si no te hubiera tocado —dijo él amargamente.

Ivy no lo miró. Ella también había pensado que si él no la hubiera besado, tal vez podría haber respondido a lo que Ben le pedía. Pero no podía imaginar que Ben pudiera competir con Ryder, aunque estuviera vivo. Se había enamorado de él mucho antes de conocer a Ben. Ryder había sido su vida, y todavía lo era.

Ryder la miró durante un largo instante antes de volverse de nuevo hacia el mar. Apagó el cigarrillo con la bota y encendió otro. Luego se alejó caminando por la playa con una mano metida en el bolsillo mientras el viento le ensortijaba el pelo.

Ivy lo miró mientras se alejaba hacia la playa. Era un hombre muy apuesto con un cuerpo impresionante, y tenía una presencia que podría volver loca a cualquier mujer. Pero además poseía un espíritu generoso que compensaba su fuerte carácter y la melancolía que sentía algunas veces. Era todo lo que un hombre debe ser. Se preguntaba qué diría él si le decía que lo quería tal como era.

Se levantó y lo siguió. En la playa hacía calor pero ella sentía frío en su interior.

—Siempre te escapas —le reprochó al alcanzarlo al borde de la playa.

Ryder no respondió, ni la miró siquiera. Soltó una bocanada de humo y se quedó mirando el agua.

—¿Sabes cuánto tiempo de mi vida he pasado solo?

Sabía que vivía solo desde que Eve se casó y su padre se trasladó a vivir a Nueva York, pero en realidad no sabía cuánto tiempo había estado solo, porque su vida anterior era un misterio para ella. La diferencia de edad hacía que entré él y Eve hubiera un cierto distanciamiento, y además Ryder era muy reticente a hablar de sí mismo.

—Supongo que has llevado una vida normal.

—Crecí en un internado y cuando volvía a casa mi padre toleraba mi presencia, pero nada más.

—Tu madre te quería.

—Sí —asintió Ryder—, pero yo necesitaba a mi padre y nunca le importé gran cosa. Además, por una cosa o por otra nunca podía pasar mucho tiempo con mi madre. Después de cumplir doce años no se me permitió volver a casa en las vacaciones. Me enviaron a una escuela militar y luego fui a la universidad y al ejército. Después, nació Eve y se convirtió en el único interés de mi madre. Curiosamente, mi padre no ocultaba el afecto que le tenía.

Hablaba con amargura, pensaba Ivy al mirarlo.

—Tal vez creía que no era necesario dar a una hija una educación tan estricta.

—Sí, más tarde yo llegué a la misma conclusión. Me educaron

para ser un triunfador y eso es lo que le debo a mi padre. Pero muchas veces habría cambiado todo porque me hubiera acompañado a un partido de béisbol y hubiera jugado conmigo en el jardín.

—Al menos tienes padre —le dijo Ivy—. Yo no conocí al mío. Mamá dice que era alguien especial.

—Ella también es especial —dijo y se volvió a mirarla.

Su cara resplandecía a la luz del sol.

—Dios, qué guapa eres. Brillante como una moneda.

—No —musitó Ivy—, yo no...

—Tú sí. Y no sólo tu cuerpo es bello —le aseguró acariciándole la mejilla—. Eres como una muñeca de porcelana con un corazón muy grande. Voy a darte algo.

El corazón de Ivy latía con fuerza... Ryder parecía triste y sensual, una combinación peligrosa.

—¿Algo? —le preguntó acercándose deliberadamente.

Deseaba besarlo y lo demostraba en los ojos, en todo su rostro.

—Sí —dijo él. Tenía la respiración agitada—. ¿Qué quieres?

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Tu boca —susurró.

—¿Estás segura? —le preguntó Ryder con calma—. A mi edad un beso en un asunto muy serio.

Ivy le puso una mano sobre el pecho y sintió el vello a través de la ropa.

—Sí, estoy segura —afirmó con un brillo en los ojos.

—Entonces ven aquí —dijo él con suavidad, y tiró el cigarrillo.

La atrajo hacia sí y la abrazó, y ella se dejó atraer por sus brazos estrechándose contra su pecho y ofreciéndole la boca.

Ryder casi tembló ante aquella inesperada reacción. Le tomó la cara con las manos, la miró durante unos largos instantes y comenzó a darle suaves mordiscos en los labios.

Aquellos besos encendían su deseo pero no lo satisfacían.

Comenzaba a sentir un ardiente deseo que le recorría el estómago y el vientre con un temblor. Le apretó sus fuertes brazos, consciente de que su postura lo invitaba a besarla, y en sus ojos mostraba el deseo y el deleite.

Ryder disfrutaba de cada beso tanto como ella. Sonreía perezosamente mientras saboreaba los labios de Ivy, sin dejar de

bromear. Pero cuando ella se apretó contra él, siguió manteniendo la distancia haciendo la espera aún más placentera.

Ivy capturó su labio inferior entre los dientes y luego le mordió el superior. Disfrutaba del poderoso cuerpo de Ryder y lo apretaba contra sí hasta que contra su vientre tuvo constancia de su excitación. Pero no quería apartarse. Estaba casi sin aliento, con una sensación que le recordaba la de la mañana en el castillo.

Ryder se daba cuenta de que Ivy se ofrecía a él y se repetía: "Lentamente, lentamente, para no asustarla".

Sus manos descendieron por su espalda mientras sus labios jugueteaban con los suyos. Le puso las manos en las caderas y apretó. Notó el aliento de ella sobre su rostro mientras su corazón latía con tal fuerza que parecía que fuera a saltarle del pecho.

—Tus piernas... están temblando —le dijo pronunciando las palabras sobre su boca.

—Sí. Y voy a hacer que las tuyas tiemblen aún más —susurró ella.

Ryder la levantó del suelo y la movió sobre él apretándola contra su vientre. Ella sentía un gran placer mezclado con angustia.

—Estamos en una playa —le recordó.

—Una playa desierta —susurró él—. Y sólo nos estamos besando.

—No —replicó ella temblando—, no estamos sólo besándonos.

—Tampoco te parece bastante —murmuró sin dejar de besarla —. Espera, pequeña. Quiero tener algo más...

La última palabra quedó ahogada por el ruido de una ola. Ella sintió que la lengua de Ryder buscaba la suya.

Nunca había sentido aquella sensación, casi insoportablemente dulce. Sentía un calor que se agolpaba sobre su vientre y que la obligaba a moverse contra sus muslos rítmicamente. Ryder la apretó con fuerza entre sus brazos.

Ivy no sentía la menor vergüenza y él lo sabía. Su manera de reaccionar a la pasión aumentaba el ardor que sentía.

—No puedo seguir de pie —dijo Ivy cuando Ryder liberó sus labios por un momento.

—Si nos tumbamos, va a pasar algo que cambiará nuestra relación completamente.

—Pero no podemos... aquí —protestó Ivy sin convicción.

—Eso es lo que tú—crees —dijo él con humor y la besó para probarle la veracidad de sus palabras.

—Hay gente. Alguien puede venir.

—Ya lo sé —musitó besándole las pestañas, las mejillas, la nariz —. Hacerte el amor va a ser lo mismo que escalar el Everest con patines.

—Lo siento —dijo abriendo los ojos y mirándolo—. No estaba bromeando. Si me deseas tanto, no te detendré —susurró ella con timidez.

Ryder apretó la mandíbula.

—Creo que lo sabía, pero no te pediré el supremo sacrificio, ahora no.

La soltó con mucha suavidad. Le temblaban los brazos y tenía el cuerpo dolorido.

—Duele, ¿verdad? —le preguntó con ternura, buscando sus ojos.

—Sí —afirmó apartándose de ella y aspirando profundamente tratando de aliviar el dolor que sentía en la garganta.

—Supongo que no debí hacer lo que hice —dijo ella, mientras él trataba de encender un cigarrillo a pesar del viento.

—¿No? —preguntó y sonrió.

El dolor estaba pasando y ahora apenas podía creer que Ivy hubiera podido ofrecerse a él de aquella forma. Pero, a no ser que se hubiera vuelto loco, eso es lo que había ocurrido.

—¿Por qué no?

—Bueno, ha sido un poco... descarado.

Ryder se rió y en sus ojos se reflejó su alegría.

—Mientras no seas así de descarada con nadie más, podremos arreglárnoslas —le dijo—. A mí me ha gustado.

—Y a mí —confesó ella ruborizándose.

Ryder le guiñó un ojo.

—En cualquier caso tienes mi permiso para repetirlo cuando quieras.

Ben había acabado con la espontaneidad de Ivy, pero parecía que estaba recuperándola poco a poco. Ryder también lo sabía, lo único que esperaba era sobrevivir a tan larga espera. Durante los últimos años había estado suspirando por Ivy, así que no había habido ninguna otra mujer. En aquellos momentos se daba cuenta de la dura batalla que suponía no arrojar a Ivy a una relación para

la que aún no estaba preparada.

—Será mejor que nos vayamos —propuso al cabo de un rato—. Jean puede preocuparse.

—No, no creo —dijo ella.

—Puedes enseñarle tu osito. ¿Le vas a poner un nombre?

—Bartholomew ——contestó ella con una sonrisa.

—¿Qué?

—Bueno es que es un osito con mucha clase —dijo con seriedad —. No esperarías que le pusiera un nombre normal y corriente. Ryder sacudió la cabeza, pero no dijo nada más. Sólo sonrió.

Capítulo 7

RYDER encontró a Kim Sun en casa de Ivy, enseñando a Jean a preparar un delicioso mousse de chocolate.

—No quejarse —amenazó a su jefe—. Tú dijiste menú aburrido, entonces yo aprender estofado de carne, hígado y cebollas, pollo frito y macarrones con queso. La señora McKenzie me enseña. Y yo enseño a la señora McKenzie a hacer Napoleón, crepes Suzette y mousse de chocolate. Buen trato, eh.

—Muy bueno —tuvo que admitir Ryder y miró a Ivy.

Ella le sonrió y, por primera vez, él se puso nervioso. Ryder tenía la suficiente experiencia como para saber que la intimidad que habían vivido en los últimos días entrañaba algún peligro. A pesar de sus buenas intenciones, había ido demasiado de prisa. Ella lo deseaba, pero él no quería correr el riesgo de asustarla. Aunque no hubiera deseado a su marido, lo había querido, y él ansiaba obtener su corazón más que su exquisito cuerpo. La deseaba demasiado y podía perder la cabeza, lo que sólo contribuiría a complicar las cosas. Así que tendría que sujetar las riendas de sus ansias. Tendría que hacer las cosas de tal manera que ella no se echara atrás ni se sintiera herida en su orgullo, sin perder la cabeza a pesar de la frustración que suponía para su deseo.

Ivy se fijó en la expresión de Ryder, pero la interpretó mal. ¿Había ido ella demasiado lejos? ¿Lo había atemorizado de alguna forma?

—Será mejor que me vaya a casa. Hasta mañana, Ivy —dijo Ryder—. Si has terminado —dijo volviéndose Kim Sun—, puedes llevarme a casa.

—Terminado por ahora —asintió el hombrecillo—. Gracias señora McKenzie.

—Gracias a ti —replicó ella—. Tengo que enseñarle a Ivy las nuevas recetas.

—Así podría ganar algunos kilos —intervino Ryder mirando a Ivy con cariño.

—Esta flaca te invita a cenar —le dijo Ivy.

—Gracias, pero tengo trabajo que hacer —contestó después de pensarlo durante unos instantes.

Aquel día no podía quedarse solo con Ivy ni un minuto más. Aunque su cuerpo ya le recriminaba la decisión de irse.

—Pero tienes que cenar—insistió Jean.

—La próxima semana me llevo a tu hija a París —dijo, dejando tan asombrada a Jean como a Ivy—. Es un viaje de negocios, pero tendrá tiempo de ir de compras y de ver la ciudad. La única condición es que, primero, tengo que terminar todo mi trabajo.

—Es ese caso —terció Ivy suavemente—, por favor, Ryder, vete a casa.

El se rió.

—Mujer despiadada. Primero me invitas a comer y luego me mandas a hacer las maletas. Al menos, el cocinero se viene conmigo, Vamos, Kim Sun, a ver cómo te sale el "pollo frito".

El hombrecillo lo miró.

—Espera y verás.

—Promesas, promesas —bromeó Ryder.

Luego los dos se despidieron y se alejaron discutiendo.

Al cabo de unos minutos las dos mujeres estaban sentadas a la mesa.

—Pareces contenta —le dijo Jean a Ivy.

—Lo estoy —contestó ella jugando con el tenedor—. Supongo que sabes que estoy loca por él.

—Sí.

—Espero que no sea demasiado pronto.

—Ivy, Ben está muerto —dijo Jean con calma—. Y yo no estoy tan ciega como tú crees. Sé que no fue un matrimonio feliz. Fingía porque tú lo preferías así. Pero, ¿no crees que ya es hora de que las dos cambiemos?

—Supongo que sí. No, no era feliz. Estaba huyendo de Ryder y Ben lo sabía. Nunca debí haber tomado una salida tan fácil. Sólo espero que no sea demasiado tarde para cambiar las cosas. Ryder se

comporta de un modo... extraño.

—¿Cómo?

—No es capaz de decidir entre regañarme o besarme

—Eso es prometedor —observó Jean.

—No comprendo —dijo Ivy frunciendo el ceño.

—No importa. Un día insistirá, entonces no levantes barreras. En estos años he aprendido que si dejas que las cosas ocurran por sí mismas, sin intentar forzarlas, los cabos sueltos se atan muy pronto. Prueba.

—¿Tengo elección? —murmuró Ivy con un suspiro—. Ojalá pudiera volverme atrás. Ben podía haber sido feliz con otra mujer. Y seguiría vivo.

Jean tomó las manos de Ivy entre las suyas.

—Cariño, no puedes rehacer el pasado, tienes que seguir adelante. Ben no tenía por qué casarse contigo, ¿puedes meterte eso en la cabeza? Si tú no lo hacías feliz pudo haber pedido el divorcio. Pero no lo hizo.

—Sabía lo que sentía por Ryder —confesó Ivy con tristeza.

—Si lo sabía, tenía aún menos razón para continuar con un matrimonio que no conducía a, ninguna parte. No se puede amar por decreto.

—Ben bebía por mi culpa —susurró Ivy.

—No —replicó Jean con sequedad—. No puedes seguir atormentándote así. La compasión no puede ser la base de un matrimonio, y, si eres sincera, tienes que reconocer que te casaste por compasión.

No lo querías, sólo lo compadecías.

Ivy ocultó el rostro entre las manos de su madre. Había oído la verdad. Ben la había llenado de atenciones mientras Ryder parecía evitarla. Había llorado en su hombro y ella lo había escuchado, se había compadecido de él. Su motivo había sido que quería demostrarle a Ryder que podía ser amada, que querían casarse con ella aunque ella no quisiera. Pero su venganza se había vuelto contra ella.

—Mi pobre niña —dijo Jean con ternura tratando de consolar a su hija—. Tranquila. Enfrentarse a los problemas significa que tienes la mitad de la batalla ganada. Llora cuanto quieras y te sentirás mejor.

Aquella noche lloró mucho. Por primera vez aceptó que su matrimonio había sido una mentira. Ben siempre había tenido problemas, y ella, con su compasión, sólo contribuyó a aumentarlos. Pero él había podido elegir tanto como ella. Nadie lo había obligado a casarse.

Admitir el fracaso de su matrimonio le permitía concentrarse en Ryder por primera vez.

A la mañana siguiente fue a la oficina y encontró Ryder cortés y educado, pero tan distante como cuando habían vuelto de Arizona. Cada vez que se acercaba a él, Ryder se alejaba. Le había dicho que era porque la deseaba con demasiada intensidad, pero ella sentía que había mucho más en su extraña actitud.

Al cabo de una semana salieron hacia París. Ivy estaba confundida por la actitud paternal de Ryder, y sólo la excitación del viaje la mantenía alegre. Ver París había sido uno de los grandes sueños de su vida y en aquellos momentos apenas podía creer que se dirigiera a aquella ciudad. Todo era posible en París, tal vez la Ciudad Luz derritiera los corazones más duros.

Tenían reservación en uno de los hoteles de los Campos Elíseos. Podía salir a la terraza y ver toda la capital dominada por la Torre Eiffel. Junto a ella discurría la cinta plateada del Sena, y muy cerca las torres de Nótre Dame. Descubría todo lo que había esperado, y mucho más.

—Una gran vista, ¿verdad?

Se dio la vuelta. Ryder estaba detrás de ella. Se había quitado el abrigo y la corbata y llevaba el cuello de la camisa desabrochado. Parecía muy cansado.

—La mejor que he visto en mi vida. Ryder, pareces muy cansado.

—El avión. ¿Tú no estás cansada? ¿O es que ya empiezo a sentir la edad? Después de todo soy diez años mayor que tú.

—No hables así —le pidió—. Estamos en París.

Hizo intención de acercarse, pero él se lo impidió con un gesto.

—No. Cuando estés repuesta emocionalmente, tal vez, pero ahora no.

—¿Qué?

—Querías a Ben. No quiero cargar con ningún resto de aquella emoción. Así que tranquila, cariño.

Se dio la vuelta y abandonó la habitación sin volver a dejarla decir palabra.

Por si no lo había entendido, su comportamiento a partir de entonces fue muy explícito. Lo único que le faltaba para mantener la distancia era esgrimir un cuchillo. Se comportaba con mucha cortesía pero era inequívocamente frío.

Ivy no sabía qué quería de ella. Se preguntaba si se conocía bien a sí mismo. Si pudiera decirle lo que sentía por él. Tenía la sensación de que si lo hacía, terminaría con todos los malentendidos, pero le faltaba el valor necesario para atreverse.

Ryder, mientras tanto, tenía sus propios problemas. El también tenía que combatir un sentimiento de culpa. Ivy no sabía que una orden suya había provocado, en última instancia, la muerte del padre de Ben, como tampoco sabía que aquella había sido la razón de que Ben empezara a beber. Si Ivy se culpaba por la suerte que había corrido Ben, era fácil imaginar que aún lo culparía más a él. Ella había querido a Ben y él era el responsable de lo que le había ocurrido. Indirectamente, había sido su actitud la que había causado la reacción en cadena que había conducido a Ben a la bebida, lo que había causado su cruel comportamiento con Ivy. Odiaba ser consciente de todo eso y aún odiaba más que Ivy pudiera llegar a saberlo algún día.

Mantenerse apartado de ella era un infierno. No podía dejar mirarla y menos en aquella ciudad para la que parecía haber nacido. Parecía una estrella llena de brillo, excepto cuando lo miraba. Se daba cuenta de que no comprendía su actitud y que se sentía herida, pero no podía permitir que los dos se dejaran arrastrar por una relación física antes que ella tuviera tiempo para olvidar a Ben.

Sus propósitos, sin embargo, dieron un paso atrás al segundo día de estar en París. Para su desdicha, un atractivo hombre de negocios francés se fijó en Ivy y le complicó la vida.

Después de llevar dos días soportando el frío comportamiento de Ryder, fue un alivio para Ivy ser el objeto de las atenciones de un gentil y refinado francés.

Se llamaba Armand LeClair, y hablaba el inglés con tanta fluidez como si fuera su lengua nativa.

—Ivy —decía saboreando el sonido de aquella palabra—, es un

nombre muy hermoso. Como usted, mademoiselle.

—Es usted muy amable—replicó sonriendo tímidamente.

—Soy sincero —le dijo—. No tiene ninguna cita para comer, ¿verdad?

Ivy miró a Ryder de reojo y se dio cuenta de su fiera expresión. Se había apartado de ella unos momentos para atender a un banquero y al volver había visto su puesto ocupado por un joven, obviamente extranjero. Su desaprobación no habría podido ser más evidente aunque le hubiera apuntado con una pistola.

—Tendrá que preguntárselo a mi jefe —aclaró Ivy evasivamente y bajó la vista:

No supo lo que le dijo, pero el joven se ruborizó y se marchó a toda prisa, murmurando algo que parecía una disculpa.

—¿Qué le has dicho? ¿Que eres boxeador? —le preguntó Ivy a Ryder mientras éste se sentaba en la silla que había abandonado el francés.

Pero él no respondió a su pregunta.

—Estás aquí para trabajar, no para relacionarte con playboys.

—¿Era un playboy?

—Sí. Esa gente es muy peligrosa, sabe lo que hace.

—Qué halagador que se fijara en mí.

—¡Al diablo con los halagos! —exclamó mirándola con furia—. A no ser que quieras verlo caído de narices delante de ti no vuelvas a animarlo para que se acerque.

—¡Ryder! —exclamó ella arqueando las cejas con un gesto de sorpresa.

—No lo entiendes, ¿verdad'? Pues...

Se oyó en la sala una voz que procedía de los altavoces y Ryder tuvo que callarse.

Ivy se daba cuenta de lo violento que se había puesto, y probablemente esa violencia debía asustarla, pero no era así. Se sentía encantada al comprender que no le gustaba que otros hombres se acercaran a ella. Podía tratarse de un ataque de celos... y eso significaba que sentía por ella algo más que deseo. Le daba la impresión de que tendría que seguir intentándolo un poco más.

Pero él no se lo ponía fácil. Después de la reunión la invitó a comer, y en el restaurante le dictó los puntos más interesantes de la misma. Lo hizo muy de prisa casi parecía disfrutar de la dificultad

que ella tenía en seguirlo mientras tomaba nota.

—Te estás volviendo un poco quisquilloso —le dijo.

—Por supuesto que me estoy volviendo quisquilloso. Te traigo a París y te pones a coquetear a la primera oportunidad.

—Yo no estaba coqueteando —le dijo con un brillo en los ojos —. Me invitó a comer, eso es todo. Y era un chico muy simpático.

—Era un zorro buscando su presa. Un hombre sabe cuándo otro hombre está de caza, pequeña. Por instinto.

—No pensaba salir con él —protestó Ivy.

—¿No? Pues me da la impresión de que llegué justo a tiempo de evitarlo. A no ser que me esté volviendo ciego.

—Tal vez ya lo estés —replicó ella con furia—. Primero estás frío como un témpano y fuego caliente como... Un día eres mister Polo Norte y al día siguiente Romeo, y al día siguiente resulta que te portas como si fueras mi hermano mayor. ¡Es como para volverse loca!

—Estás chillando.

Ivy respiró profundamente y trató de eludir los ojos que estaban fijos en ella. Se echó el pelo hacia atrás y se arregló un poco el vestido azul con cuello blanco que llevaba, y con el que parecía mucho más joven.

Ryder la miraba con una mezcla de exasperación y asombro. Cuando estaba enfadada, parecía mucho más viva que la criatura tímida y frágil que recordaba de su adolescencia. Le encantaba aquel estallido de temperamento. Pero no iba a confesarlo ante ella.

—No sé lo que quieres de mí —concluyó ella.

—Brindemos por eso —afirmó Ryder alzando su vaso.

Ella también probó el vino, aunque con mucha precaución, porque no estaba acostumbrada. Aun así temía que el vino tenía algo que ver con la demostración de carácter que acababa de hacer.

—Si sólo voy a ser tu secretaría, ¿por qué no puedo salir con otro?

—Tú eres la que me dijo que quería guardar luto por su marido —le espetó con sequedad—. ¿O sólo lo dijiste porque soy demasiado mayor para ti?

Ivy no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Demasiado mayor?

—La edad suficiente para tontear conmigo, pero demasiada para

llegar a algo más íntimo, ¿se trata de eso? Tal vez ese jovenzuelo francés sea más de tu estilo. Después de todo te casaste con Ben, que apenas era un año mayor que tú y no tenía nada que ver con un viejo adicto al trabajo como yo.

Aunque lo que oía le resultaba increíble, Ivy tenía la impresión de que Ryder hablaba en serio

—Ryder, nunca me ha pasado por la cabeza que seas "un viejo adicto al trabajo".

—¿No?

Ivy se fijó en los dedos que estaba acariciando. En las manos fuertes y masculinas de Ryder.

—Eres tú quien tiene dudas. Creo que no soy lo bastante atractiva para ti.

Ahora fue él quien tomó la mano de Ivy.

—Eso es mentira.

—Tal vez, físicamente sí te gusto —le dijo sin mirarlo—. Pero nuestros mundos son muy diferentes. Yo nunca he sentido... —se detuvo, asombrada de lo que estaba a punto de admitir.

—Nunca has sentido qué. Dímelo.

Ivy dio un profundo suspiro.

—Yo nunca he sentido que pueda ser lo bastante buena para alguien como tú —declaró con gran tristeza—. Era demasiado joven, demasiado sencilla y demasiado pobre para encajar en tu mundo.

Ryder guardó silencio largo rato y cuando ella lo miró sorprendió en su rostro una mirada profundamente misteriosa.

—Nunca me lo habías dicho.

—Debes darte cuenta de que eres rico —le dijo suavemente—. Ryder, yo apenas sé qué cubiertos tengo que utilizar en este restaurante. Si no hubieras elegido por mí, no podría haber leído el menú. Nunca bebí vino y no sé cómo comportarme en la alta sociedad. Me molesta y me da miedo.

—Pequeña, ¿por qué no me lo habías dicho?

Ivy sintió un escalofrío al oír el tono en que decía aquellas palabras y al ver su mirada.

—No sabía cómo.

Ryder suspiró y luego besó la mano de Ivy.

—Lo siento. No me daba cuenta de la diferencia social. Siempre

te he aceptado como parte de mi propio círculo. Mío y de Eve.

Sabía que era sincero. Ivy lo miró a los ojos y se sintió atrapada por la misma sensación eléctrica que sentía cuando la abrazaba o le besaba la palma de la mano.

—En parte por eso huiste de mí, ¿verdad?

—Sí —asintió agachando la vista.

—Ha habido muchos malentendidos. Demasiados. Algunas veces me pregunto si lograremos desenredarlos todos.

—No lograremos... si continúas huyendo —observó Ivy sin poder mirarlo a los ojos.

—Cuando te olvides de Ben y mires hacia delante, me detendré. Depende —añadió con sequedad—, de lo que tú quieras. No soy fácil.

Al oír aquellas palabras, Ivy alzó la vista y lo miró, y al ver su cara, se rió alegremente.

—¿Estás seguro? Eve decía que tenías que quitarte a las mujeres de encima con un palo.

—Entonces era más joven —respondió y soltó la mano de Ivy—. Más joven y mucho menos exigente.

—¿Eso quiere decir que ahora sí lo eres?

—Oh, sí —replicó con una sonrisa burlona—. El matrimonio es algo muy serio. Hay que elegir bien a la mujer con la que vas a pasar el resto de tu vida.

A Ivy le dio un vuelco el corazón. Tomó su copa y pasó el dedo por el borde.

—El matrimonio debe ser para siempre, ¿verdad? —le preguntó pensativamente.

Se acordaba de Ben y se preguntaba cómo sería su vida en aquel momento si él siguiera vivo. Ese pensamiento le daba escalofríos. Ryder frunció el ceño. Ben, siempre Ben. Bebió el vino que quedaba en la copa.

—Tengo una reunión esta tarde. ¿Puedes pasar a máquina esas notas y mantenerte ocupada hasta que yo vuelva?

Ivy lo miró, asombrada por su repentino cambio de humor. ¿Había sido la mención del matrimonio lo que lo había enfriado? Probablemente. No había duda de que él lo desdeñaba, así que, si alguna vez se acostaban juntos, todo lo que podía esperar era una relación pasajera. Y en lo más profundo de su corazón sabía que no

podría llevar aquel tipo de vida. Era demasiado tradicional. Aunque también sabía que estaba demasiado enamorada de Ryder como para rechazarlo si él se lo proponía. Era una situación frustrante.

—Sí, estaré ocupada —replicó.

—No con ese maldito francés. Te juro por Dios, Ivy, que no estaba bromeando. Si lo veo a menos de un kilómetro de distancia de ti, lo cuelgo.

—¿Por qué te importa que salga con alguien? —inquirió tratando de contener las lágrimas—. Tú no me quieres.

—Oh, diablos, sí, claro que sí —declaró entre dientes.

—Bueno, tal vez. ¡Pero de esa forma no es bastante!

Ryder miró a su alrededor.

—No podemos hablar aquí.

—No nos hace falta hablar en ninguna parte. Tú eres el jefe y yo tu secretaria. Vamos a dejarlo así. Dices que no estoy lista para nada más, pero tal vez tú tampoco —repuso levantándose y agarrando el bolso—. Si no te importa, vuelvo al hotel a continuar con el trabajo.

—Adelante —replicó Ryder.

Por su lado pasó una mujer que no dejaba de mirarlo. Sólo para irritar a- Ivy le devolvió la sonrisa. La mujer se dirigió a la puerta del restaurante caminando muy lentamente.

—Si llego tarde, no me esperes —le dijo a Ivy.

—Yo no puedo pero tú sí. ¿Es así como funciona?

—Yo soy un hombre. ¿Qué esperabas? ¿Que rechazara una invitación?

—¡Te odio! —exclamó Ivy entre dientes.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ryder dio un resoplido.

—¡Oh, Dios! ¡Vete ya! Estoy aquí para trabajar, no para coquetear con francesas, aunque te juro que a veces me dan ganas de hacerlo. ¡Vete a trabajar!

Ivy anduvo unos pasos y luego se volvió hacia él. En su rostro se reflejaban con claridad todos sus temores y deseos.

—Ryder, no irás con...

—¿Te importaría?

—Oh, sí. Me importaría mucho.

Ryder le puso un dedo sobre los labios.

—No sé si alegrarme o no —murmuró—, pero al menos entiendes cómo me siento respecto al francés, ¿verdad?

Ivy quiso decir algo pero no pudo. No le quedaba ninguna defensa. Se dio la vuelta y abandonó el restaurante, tratando de no ver a la francesa, que la siguió con la mirada y luego se dirigió hacia Ryder.

Ryder la despidió con viento fresco, aunque de un modo muy educado. Pensó que tenía que encontrar algo en que ocupar el tiempo aquella noche, porque si no acabaría haciendo algo de lo que podía arrepentirse. Pero la respuesta no era otra mujer. Sólo la deseaba a ella, ese era el problema. Maldijo entre dientes y se dirigió al lugar de la reunión con la esperanza de olvidarse de Ivy por unas horas y tener así algo de paz. Con un poco de suerte estaría dormida cuando volviera al hotel.

Capítulo 8

IVY cenó en su habitación una ensalada y bebió mucho café. Pasó la medianoche sin que Ryder hubiera llegado. Ella no podía dejar de atormentarse pensando que estaba con la francesa. Le había dicho que no lo haría, pero, ¿y si deseaba a una mujer tan desesperadamente que no pudiera contenerse? Casi los imaginaba juntos y no podía soportarlo.

Se puso el camisón y se metió en la cama, pero no podía dormir. Pasó mucho tiempo hasta que finalmente oyó que se abría la puerta de la habitación.

El entró en la suite, pero no fue a comprobar si Ivy estaba dormida porque no quería correr riesgos. En todo el día no había hecho otra cosa que pensar en ella. Fue hasta su propia habitación, se desvistió y se metió bajo las sábanas mientras fumaba un cigarrillo y trataba de no pensar en ella. La recordaba en el castillo de St. Augustine y en la playa de Savannah, y cuanto más lo pensaba más se excitaba. Estaba muy alterado y no dejaba de moverse. ¡Tenía que intentar apartarla de su mente!

Ivy, a pesar de tener la puerta cerrada, oyó el ruido procedente de la otra habitación. Ryder estaba cada vez peor y ella ya no sabía cómo comportarse. Cuando lo había dejado esa tarde había tenido la impresión de que esperaba algo de ella, pero no sabía qué. Todo lo que sabía era que estaba sufriendo mucho, y quería ayudarlo.

En el silencio de la noche, los sonidos de la otra habitación eran perfectamente audibles. Ivy oyó algo que parecía un gemido agonizante, y sin pensarlo dos veces se levantó y encendió la luz.

Se acercó a la puerta consciente del peligro que entrañaba entrar en la habitación de un hombre vestida con un camisón casi transparente. Pero se trataba de Ryder, no era ningún extraño, sino

un amigo.

Abrió la puerta muy despacio. La lámpara de noche estaba encendida, él permanecía tendido medio cubierto por las sábanas y cubriéndose los ojos con el brazo.

Iba descalza y caminó sobre la alfombra sin hacer ruido. Llegó hasta la cama y lo miró. Las sábanas sólo le cubrían la cintura, el resto del cuerpo, desde su pelo enredado hasta sus poderosas piernas, se ofrecía desnudo ante sus ojos.

No pudo evitar sentir el placer de verlo de aquella forma, disfrutando de su virilidad, de la perfección de su cuerpo.

Ryder se movió con un nuevo quejido y apartó el antebrazo de los ojos.-Vio a Ivy ante él.

—Debo de estar borracho —dijo con tono ausente.

—Te oí, Ryder —murmuró ella con suavidad—. ¿Te encuentras bien?

El apretó la mandíbula y la miró atónito. Luego se fijó en su cuerpo, en los pechos erguidos y en la piel cremosa de su cuello, en los negros ojos que lo miraban con ternura y en el pelo, y la deseó con una intensidad abrasadora.

—Vete de aquí, Ivy. Rápido.

Su voz era amenazadora, pero, por una vez, a ella no le importó.

—¿Porqué? ¿No puedes decirme lo que te pasa?

—¿De verdad quieres saberlo? —le preguntó con una mezcla de frustración y de deseo—. Está bien, por qué no. Ya eres una mujer, esto es lo que me pasa, Ivy —dijo, y retiró la sábana que le cubría la cintura.

Ivy se quedó boquiabierta. Estaba completamente excitado. No dejaba de temblar y tenía los ojos hundidos.

—Oh, Ryder.

Ryder se sorprendió de que en aquellos ojos negros no hubiera el menor indicio de temor. Pero Ivy no podía concebir que alguien pudiera sentir temor o vergüenza ante la hermosa visión de un hombre.

—¡Oh, Dios! —exclamó Ryder sentándose en la cama y dándose la vuelta—. ¡Debo estar loco! Lo siento. Vete, pequeña, por favor.

Ivy se sintió conmovida por su evidente sufrimiento. Se sentó a su lado y le acarició un brazo.

—Acuéstate, Ryder —le dijo con un susurro entrecortado.

No sabía qué hacer exactamente, pero tenía una ligera idea. No podía marcharse y dejarlo así, aunque él pudiera odiarla cuando recuperara la calma.

—¿Qué?

Ryder no podía creer lo que había oído.

Ivy lo empujó y lo obligó a tumbarse de espaldas. No lo miró a los ojos, se inclinó sobre él y besó su velludo pecho mientras le acariciaba el estómago.

—Ivy... por Dios Santo... ¡no!

Pero ella no se detuvo. Llevó los dedos hasta su virilidad y lo tocó, un poco intimidada por su poder. Lo besó en él estómago mientras continuaba acariciándolo.

—No —gimió Ryder con un temblor.

—Enséñame —susurró sin mirarlo.

En su vida había tenido menos miedo del que tenía en aquellos momentos.

—¡Ivy!

Su mano comenzó a guiar la de ella. No podía dejar de gemir. Ivy lo sentía temblar bajo su boca.

Al final, Ryder tuvo una convulsión y gritó en éxtasis. En aquel momento Ivy se obligó a mirarlo. Era increíble. Incluso en sus momentos más íntimos, Ben nunca había estado... ¡así! Si no hubiera sabido lo que estaba pasando, podría haber pensado que se estaba muriendo. .

Cuando los espasmos cesaron, lo dejó y buscó una toalla.

Cuando volvió lo encontró tal como lo había dejado y lo limpió con la toalla con mucha ternura. El corazón le palpitaba con intensidad al pensar en lo que acababan de compartir.

Ryder abrió unos ojos incrédulos. Todavía estaba temblando.

—¿Estás bien? —le susurró Ivy.

—Sí —le respondió y tomó su mano y la besó—. Gracias.

—Siento haber sido tan torpe. Yo... yo, nunca...

Ryder abrió los ojos con enorme sorpresa.

—¿Ni siquiera con él?

Ivy negó tímidamente con la cabeza.

—Ryder, ¿puedo preguntarte algo... personal?

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué te ha ocurrido, ahora...? ¿Qué se siente?

—Has estado casada, ¿no lo sabes?

Ivy lanzó un profundo suspiro y negó con la cabeza.

Ryder se sentó en la cama y la miró a los ojos. Luego le hizo una pregunta muy directa.

Ivy se ruborizó. Ni siquiera Ben le había preguntado nunca algo tan íntimo.

—No.

—¿Él lo sabía?

—Sí. Decía que era frígida —respondió con un gesto nervioso—. Era muy incómodo, y algunas veces me dolía mucho.

Ryder le tomó la cara con las manos y lo obligó a mirarlo.

—¿Nunca te hizo lo que tú acabas de hacerme, para hacértelo más fácil?

—¿Qué quieres decir?

Ryder no podía creer lo que estaba oyendo. Toda aquella belleza, aquella inocencia, y nunca la habían enseñado a disfrutar del sexo. En realidad era casi como si fuera virgen. Se fijó en aquellos preciosos ojos negros, en el pelo sedoso y rizado que caía sobre los hombros desnudos, y sobre sus hermosos pechos.

—¿Cuánto tiempo tardaba?

—¡Ryder!

—Tengo que saberlo —recalcó suavemente—. Confía en mí.

Ella apartó los ojos.

—No lo sé. No mucho. Siempre tenía prisa.

—¿Menos de cinco minutos? —le preguntó Ryder, que tenía la mandíbula apretada.

—Bueno... —respondió ella tragando saliva—. Sí.

—¡Dios! ——exclamó Ryder con un suspiro.

—Yo creía que lo quería, pero no lo deseaba —declaró ella con una gran tristeza—. No sabía lo que supondría vivir con él, sentirme como me sentía.

—Quiero darte lo que tú me has dado, ¿me dejarás?

Ivy se ruborizó.

—No tienes por qué...

—Me has preguntado qué se siente.

La empujó con suavidad y la tendió en la cama. El pelo se esparcía sobre la sábana formando un halo en torno a su cara.

—Voy a enseñarte lo que se siente.

—Ryder... —murmuró tratando de empujarlo.

—No te preocupes, no voy a hacerte daño.

Ivy respiraba con dificultad y contuvo el aliento cuando él se inclinó sobre ella.

—¿No utilizan... los hombres... algo?

El sonrió y la besó en la boca.

—Ivy, no he estado con una mujer desde hace más de dos años, ¿por qué debía llevar algo?

—¿No has...?

Ryder la besó de nuevo. Ivy olía a rosas, y él pensó que nunca en su vida había estado más cerca del Paraíso que aquella noche. Aún sentía el placer que le había dado tan inesperada y generosamente, y ahora deseaba ofrecérselo a ella. Quería que experimentara la indescriptible dulzura de pertenecer a alguien a quien le importas mucho, que te quiere más que a su propia vida. No podía decirle aquellas palabras porque no querría escucharlas, al menos, no todavía.

—Relájate —susurró.

La besó en la barbilla y en el cuerpo.

—Tranquilízate, pequeña, no voy a hacerte daño.

Ivy contuvo la respiración cuando él apartó la tela del camisón y descubrió la suave curva de su pecho. Ella le puso la mano en el pelo y en lugar de apartarlo lo acarició mientras la besaba. Se estremecía al sentir el delicado beso de sus labios y la caricia de la lengua sobre el pezón. Y algo empezaba a ocurrir en su cuerpo. Sentía una calidez nueva y arrebatadora en el vientre.

Ryder se dio cuenta de que había comenzado a respirar con dificultad y comprendió que ya estaba bastante excitada, aunque no había hecho más que empezar. Abrió la boca sobre el seno y aprisionó el pezón mientras apretaba el pecho con la mano.

Ivy gimió y se estremeció de placer.

Ryder notaba que él mismo volvía a excitarse, pero trató de contenerse. Buscaba la satisfacción de Ivy, no la suya.

Con la mano que tenía libre le subió el camisón por encima de los muslos y la colocó en el vientre. Ivy se puso rígida por un instante, le sujetó la mano y dio un respingo.

Ryder levantó la cabeza.

—Sí, es muy íntimo. Tanto como lo que tú me has hecho.

Era cierto. Además, a pesar de que sentía algo de vergüenza, experimentaba una sensación febril y placentera debido al movimiento de los dedos de Ryder. Ella apartó la mano dejándola sobre la cama y lo miró mientras la caricia se hacía cada vez más íntima.

Una oleada de placer la sorprendió de repente y dio un respingo. Ryder volvió a acariciarla sin dejar de mirarla, aumentó el ritmo de sus dedos hasta que ella no pudo resistirlo más y comenzó a retorcerse en la cama.

Se arqueaba y deseaba hacer jirones la tela que separaba su piel del cuerpo de Ryder. Quería que la mirara. La sensualidad estaba acabando con su timidez y el deseo le quemaba el cuerpo.

—Mírame.

—Sí.

—Quítame el camisón.

Ryder contuvo la respiración y se lo quitó.

—¡Dios!

Volvió a poner la mano donde la tenía. Se quedó absorto ante la magnificencia de aquel cuerpo desnudo. Las piernas largas, las caderas exuberantes, la estrecha cintura y los hermosos pechos. Miró los pezones erguidos y se inclinó para acariciarlos, disfrutando con los gemidos que Ivy no dejaba de proferir. Sabía que le gustaba que le acariciara y besara los senos. Mordisqueó suavemente un pezón logrando que se estremeciera de placer.

Ivy abría las piernas cada vez más apretándose contra su mano.

—Oh, Ryder.

El levantó la cabeza y la miró. En realidad aquella era su primera vez y no quería perderse un gemido, un gesto, una postura.

—Cuando lo sientas —le susurró con sensualidad—, no cierres los ojos. Quiero mirarte.

Aquellas palabras resonaron en los oídos de Ivy mientras su placer no dejaba de aumentar. Apenas se daba cuenta de los gemidos que profería siguiendo las exquisitas sensaciones que se acumulaban en su cuerpo. Nunca había imaginado que fuera posible un placer tan intenso que casi estaba cerca del dolor. No sabía si podría soportarlo y se dio cuenta de que los ojos se le llenaban de lágrimas a medida que los espasmos aumentaban más y más, hasta que finalmente dieron paso a un temblor incontrolable. Sintió que

olas de placer recorrían su espina dorsal y se derrumbó sobre la cama. Ryder la miraba comprensivamente por el placer inenarrable y salvaje que veía en sus ojos.

Apartó la mano del vientre de Ivy y la apoyó suavemente sobre uno de sus pechos.

—¿Esto es lo que se siente al hacer el amor?

Ryder asintió.

—Sí, pero más peligroso.

—¿Por qué?

—Porque puedo dejarte embarazada.

A Ivy le dio un vuelco el corazón, y lo miró con gran tristeza.

—No, no puedes... Ryder, no puedo tener hijos.

—¡Dios mío, Ivy!

Ivy no comprendía por qué Ryder daba la impresión de necesitar consuelo. Pero involuntariamente se acordó del chiquillo que había salvado en Jacksonville y se dio cuenta de que le encantaban los niños. Le encantaría tener hijos y acababa de saber que con ella no sería posible. Pero tal vez pudiera con otra mujer... Apartó aquel pensamiento de su mente y le acarició la mejilla.

—Lo siento —declaró conteniendo las lágrimas—. Me gustaría mucho tener hijos.

Ryder la besó con ternura.

—No importa. Tú sigues siendo la misma, eso no te hace menos mujer. Creo que te lo acabo de demostrar.

Ivy se ruborizó. Ryder se apartó un poco para fijarse en sus senos, y ella hizo ademán de cubrirse.

—¿Vuelves a ser tímida? —le preguntó sonriendo.

—Lo siento. Nunca permití a Ben que me viera así. Y sin embargo, yo he dejado que me miraras cuando...

—¿Quieres que te diga cómo estabas? ¿O es más fácil para ti recordar mi cara cuando me hiciste sentir lo mismo?

Ivy se puso completamente colorada, pero no apartó la vista.

—Nunca pensé que podría hacerle eso a un hombre.

—A propósito, ¿por qué lo hiciste?

—Porque estabas sufriendo —afirmó acariciándole los labios—. Oh, Ryder, estabas sufriendo y tenía que hacer algo.

Ryder se estremeció. Así que aún había alguna esperanza. Si ahora le importaba tanto era posible que algún día le importara más

todavía.

Le agarró la mano y besó sus dedos uno por uno.

—En ese caso, te diré un secreto. Nunca había dejado que ninguna mujer lo hiciera.

Ivy sonrió con un brillo en los ojos.

—A mí me has dejado.

—No tenía mucha elección. Dios mío, ¿quién lo habría imaginado? Mi inocente y tímida Ivy tumbándome en la cama para acariciarme. Tu madre se quedaría de piedra.

—¿No se lo contarás a mi madre, verdad?

—Por Dios santo, nos mataría a los dos —replicó riendo—. Ven aquí. Quiero dormir contigo.

Ivy no sentía en aquellos momentos el apremio de la pasión y dudó por un momento. Era difícil hacer aquello a sangre fría, incluso después de la intimidad que acababan de compartir.

—No sé... —confesó frunciendo el ceño.

Ryder le acarició la frente con el índice.

—No me refiero a eso. Quiero que duermas entre mis brazos.

—Oh.

Lo estaba deseando, pero en aquellos momentos sentía una timidez muy extraña, a pesar de que volvía a notar que la sangre corría caliente por sus venas.

—Ivy, esta noche estaba casi agonizando y tú me calmaste, y espero haber hecho lo mismo por ti. Pero era una necesidad que no podía satisfacer nadie más que tú. ¿Comprendes, cariño? Me habría vuelto loco antes de permitir que otra mujer hiciera lo que tú has hecho.

Ivy lo miró y se dio cuenta de que quería decirle mucho más.

—Qué ojos tan grandes. Date la vuelta. ¿Dormirías desnuda en brazos de otro hombre y le dejarías hacer lo que yo te he hecho?

Ivy dio un respingo. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba desnuda.

—Ahora tu cuerpo me pertenece. Me lo has entregado. No hay ninguna razón para esconderte de mí. Podría vivir el resto de mi vida mirándote tal como estás ahora.

Sus ojos le decían a Ivy que estaba diciendo la verdad. La acarició y entonces Ivy contempló su cuerpo. Volvía a estar excitado.

—Mira lo que me haces —dijo Ryder riendo—. Apaga la luz, cariño, y ven aquí.

—No irás a...

—Tu madre nos estrangularía a los dos por lo que ya hemos hecho, así que será mejor que nos durmamos antes que se nos ocurra algo nuevo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le respondió con una sonrisa.

Por supuesto, había al menos cincuenta buenas razones por las que Ivy debía haberse puesto el camisón y vuelto a su cama, pero se quedó allí, con la agradable sensación de encontrarse entre los brazos de Ryder.

—No entrará nadie, ¿verdad?

Ryder le besó los párpados.

—No, nadie nos verá. Duérmete, mi amor.

No estaba segura de haber oído bien, pero tal vez fuera así.

Sí, por supuesto que lo había dicho, Ryder esperó hasta que Ivy se quedó dormida y se apoyó en un codo para mirarla. Estaba seguro de que le importaba, tal vez más de lo que ella admitía. De momento sólo era algo físico, pero no tenía duda de que llegaría a .ser algo más. Volvió a acostarse, embargado por la sensación de tenerla a su lado, y se durmió en paz por primera vez en muchos años.

Cuando Ivy se despertó a la mañana siguiente, él estaba de pie junto a la cama, completamente vestido y mirándola. Ella estaba desnuda, tendida sobre el lecho en una postura francamente tentadora. Había estado soñando algo; aunque no recordaba qué y su cuerpo aún estaba satisfecho con la sensación de plenitud.

Ryder tenía que decir algo, tenía que pensar cualquier cosa. Sus instintos masculinos lo empujaban a quitarse la ropa y hacerle el amor con una pasión salvaje. Estaba ardiendo y quería quemarse, consumirse en el fuego. Pero no podía perder el control. Era demasiado arriesgado.

—Me voy a una conferencia. Volveré a la una.

—De acuerdo.

Ivy se había ruborizado ante la mirada de Ryder. La noche anterior le parecía algo irreal y embarazoso. Tomó la sábana y se cubrió.

—Luego pasaré las notas de la reunión de ayer a máquina.

Anoche estaba demasiado cansada.

Era mentira, en realidad se sentía demasiado herida y triste después de dejar a Ryder en el restaurante como para ponerse a trabajar.

—Está bien.

Se dio la vuelta y salió de la habitación precipitadamente, sin siquiera mirarla. Ivy oyó que la puerta que daba al pasillo se cerraba de un portazo.

Estuvo todo el día preguntándose el porqué de aquel comportamiento. Tal vez se arrepentía del encuentro de la noche anterior. Tal vez no debía haber entrado en su habitación, aunque lo que había ocurrido después, valía más que todos los temores que podía sentir. Profirió-un silencioso quejido al recordar las sensaciones que había sentido gracias a él. Y recordó que le había permitido mirarla; ¡que le había pedido que la mirara!

Se preguntaba si volvería a hablarle. Tal vez él también estaba turbado. Seguramente no solía decirle a las mujeres lo lejos que había llegado en cuestión de sexo, ni dejaría que lo viesen en aquel estado de necesidad.

Pero la había acariciado con habilidad. Si había tenido otras mujeres, pensaba, seguro que sabía cómo reducirla a ella a un mero asunto pasajero.

Odiaba a esas mujeres. Odiaba a cualquier mujer que hubiera estado entre sus brazos, que hubiera compartido aquel cuerpo, su cuerpo...

Ivy se excitó de pies a cabeza al recordar el poderoso cuerpo de Ryder.

El le había dicho que al hacer el amor se sentía lo mismo que ella había sentido, pero no podía ser cierto. Sabía que hacer el amor era doloroso. Era desagradable y todo sucedía demasiado rápido:

Por otro lado, Ryder se había comportado con mucha ternura y ella había sentido un gran placer. Se comportaría igual si lo dejaba... Tragó saliva. Se sentía febril. ¿Qué se sentiría al estar bajo aquel cuerpo impresionante y sentir la suavidad de su boca y de sus manos? Cerró los ojos y dejó volar la imaginación.

Capítulo 9

AQUEL fue para Ivy el peor día de su vida. Ryder fue el colmo de la cortesía durante el resto del día y no se refirió ni una sola vez a lo que había ocurrido la noche anterior o a su inexplicable comportamiento al abandonar la suite. Estaba tan ausente como otras veces, sólo que ahora era peor, porque ocultaba algo detrás de aquella calma.

Ivy tampoco se explicaba por qué, si se arrepentía de lo que había sucedido, no lo decía. Aunque, a su manera, tal vez fuera eso precisamente lo que estaba haciendo.

Lo único que sabía era que la frustración la estaba matando. Hacía tan sólo un mes no sabía lo que era el deseo ni lo que suponía satisfacerlo. Ahora lo sabía muy bien, y deseaba a Ryder de todas las formas en que una mujer puede desear a un hombre. Soñaba con él, lo echaba de menos, lo anhelaba, habría muerto por él. Pero él no parecía darse cuenta de nada, aunque ella temblara en su presencia y sus ojos fueran muy elocuentes.

Le había dicho que volverían a casa al día siguiente y no sabía cómo iba a arreglárselas para sobrevivir. Pero tal vez fuera lo mejor. Así se apartaría de su vista y de su mente, porque nunca pasaba demasiado tiempo en la oficina. Pero pensar en el futuro no le ayudaba a soportar el presente.

Aquella noche se despidió con un seco "Buenas noches" y se metió en su habitación. Incluso el tacto de su camisón le causaba dolor. Lo arrojó al suelo y se dejó caer sobre la cama sin dejar de pensar en Ryder. Imaginó que debía tener un aspecto horrible, pero qué importaba. El cuerpo le dolía como si tuviera fiebre. Ni siquiera se levantó para apagar la luz.

Inesperadamente, se abrió la puerta. Ryder entró. Al verla su

gesto se endureció aún más. Tenía el pelo mojado y sólo llevaba una bata. Se había dado una ducha. Dios sabía que había intentado no pensar en ella. Pero ya no podía soportarlo por más tiempo. La había oído moverse por la habitación tal como ella lo había oído la noche anterior.

Cerró la puerta con violencia, arrojó al suelo la bata y se aproximó hasta la cama.

Ivy no se movió. El estaba excitado y lo mostraba sin vergüenza. Lo miró de reojo y supo inmediatamente sus intenciones.

Ryder se tendió en la cama e Ivy le dirigió una mirada llena de deseo.

—Te deseo —le dijo—. Lo siento, pero no puedo evitarlo. Ryder, te deseo.

—Sí, ya sé cómo te sientes. Yo también te deseo.

Se inclinó y la besó. Ivy abrió la boca y se llenó con aquel éxtasis.

—Haremos lo de ayer y después tal vez podamos dormir —indicó Ryder.

Pero cuando su mano descendió hasta su vientre, ella lo detuvo. Ryder la miró a los ojos.

—No —susurró ella con voz temblorosa—. Te deseo. Quiero hacer el amor.

—Ivy...

Ella se dio cuenta de su objeción. Era un hombre anticuado que aún tenía algún pensamiento paternal de protección. Pero no quería pensar. No en aquel momento.

Se deslizó bajo su cuerpo y lo rodeó con un brazo de forma que sus senos se apretaron contra el pecho de Ryder.

—Por favor... —le susurró en los labios.

Y se apretó contra él obligándolo a una intimidad que no había compartido con ningún hombre desde su trágico matrimonio. Sintió su tacto con un estremecimiento y se apretó contra él aún más, y, luego guió su poderosa fuerza con la mano.

—Está bien —gruñó él—. Pero no así. Deja que te excite antes. Si vamos a hacer el amor, quiero dejarte completamente satisfecha.

Ella lo miró con curiosidad, pero al cabo de un instante la besó y sintió sobre sí el peso de su cuerpo. Luego él le acarició los muslos y el vientre muy lentamente.

Era muy paciente, porque por lo que ella podía ver y sentir no podría resistir mucho más en aquel estado. Pero la besó con lentitud, con calidez, probando cada rincón de su boca con la lengua. Y mientras tanto con una mano le acariciaba los pechos, evitando con cuidado los sensibles pezones.

—Oh, por favor—rogó ella.

—¿Ya? Pero si no hemos hecho más que empezar.

—Me voy a morir—dijo ella con los ojos muy abiertos.

El se apretó contra ella y le hizo sentir en el vientre la urgencia de su propio deseo.

—Eso es lo que dicen los franceses, que el clímax es una pequeña muerte, ¿lo sabías?

—No —respondió ella con rubor.

Ryder estiró las piernas y atrapó entre ellas las de Ivy. Luego se incorporó de forma que podía tomar el pezón, para tormento de Ivy, entre los labios.

—¿Te gusta, pequeña? —preguntó dando pequeños mordisquitos —. A mí también.

—Oh, Ryder.

Luego él descendió hasta su estómago, le separó las piernas con las manos y la besó en el vientre, volviéndola loca de placer.

Le dio la vuelta y tiró de una pierna de forma que pudiera meter las suyas entre medias. Frotó la nariz contra la suya y le besó los párpados cerrados. La agarró por las caderas y la atrajo hacia sí. Luego la miró después de acariciarla en su parte más íntima.

—Sí —susurró—. Estás lista.

Ella no lo comprendió. No dejaba de estremecerse conmovida por sus caricias y sus apasionados besos.

—¿Lista?

—Para aceptar mi cuerpo. Para ser parte de mí.

Contuvo la respiración cuando comenzó a penetrarla y por un instante sintió dolor.

—Bien, bien —susurró él con ternura y sonrió—. Lentamente, preciosa. Relájate, puedes tomarme. Relájate, eso es.

Entonces empujó un poco más.

—Sí, sí.

No se movió, ni siquiera respiraba. Tan sólo abrió los ojos y la miró.

—¡Dios mío, Ivy! —exclamó con un temblor—. ¡Oh, Dios! ¡Soy parte de ti!

Ivy se estremeció. Abrió la boca con incredulidad y miró sus cuerpos. Sus mejillas se tiñeron de rubor al ver lo íntimamente que estaban unidos.

—Me siento como si hubiera sido virgen hasta ahora.

—No te imaginas lo verdaderas que son esas palabras. Y me haces sentir como si yo también lo hubiera sido hasta ahora, cariño —declaró y le acarició la cara—. Ivy, Ivy.

Y al decir su nombre comenzó a mover las caderas con un ritmo lento y suave que muy pronto despertó sensaciones insospechadas en ella. Y ella se apretó contra él para hacer esas sensaciones aún más intensas.

—Eso es —afirmó él—. Adáptate a mí. Enséñame dónde lo sientes más. Sí, Ivy, sí.

Ivy le puso las manos en las caderas y apretó con fuerza deseando llenar todo su ser con aquel cuerpo. Ryder gimió de placer y ella apretó más fuerte, hasta que se estremeció y comenzó a jadear.

—¡Ivy, Ivy, no puedo más...!

Ivy sabía que él estaba llegando al éxtasis, pero no le importó, porque ella estaba a punto de llegar al límite. Sin querer, apretó las uñas en sus caderas y se movió con una furia ciega buscando su propia plenitud y dándose cuenta de que Ryder también había perdido el control y estaba al borde de la locura.

Cuando se hizo insoportable, gritó. Quería más y más de él, tenía que inundar hasta el último rincón de su cuerpo... ¡ahora!

Sintió unas convulsiones de intenso placer y gritó otra vez echando la cabeza hacia atrás. Ryder la agarraba por las caderas y se hundía dentro de su cuerpo.

Luego murmuró algo inaudible y a la vez echó hacia atrás la cabeza y profirió un largo gemido. Se dio cuenta de la primera convulsión que fue seguida por otra y otra más que la invadieron con una plenitud indescriptible.

Luego Ivy notó el sudor que empapaba el cuerpo de Ryder y se dio cuenta de que ella misma estaba bañada en sudor. Ryder le besó los pechos y ella se estremeció entre sus brazos. El corazón palpitaba con tal fuerza que los latidos casi eran audibles. Se tocó el

pelo húmedo para cerciorarse de que seguía viva. Le dolía el cuerpo como si la hubieran golpeado, pero aún conservaba el calor en todos sus miembros.

Se movió. El seguía dentro de ella.

Ryder hizo intención de levantarse, pero ella no se lo permitió y protestó, así que se incorporó un poco y la miró. Sus ojos estaban llenos de asombro.

—Tu cuerpo es inagotable, pero yo aún tengo que descansar un poco antes de volver a hacer el amor.

Ivy se estremeció. Iban a hacer el amor otra vez. Y ella se había sentido así, haciendo el amor auténticamente por primera vez en su vida. Le acarició la cara pasando un dedo por sus cejas.

—No era por eso.

—¿Por qué entonces?

Lo miró con timidez. -Porque me gusta sentirlo.

Al oír aquellas palabras Ryder se excitó. -Dijiste que no podías - le recordó ella.

—¿Ah, sí?

Comenzó a moverse de nuevo, lenta y suavemente.

—No sé si va a ser tan bueno como antes. Casi me muero.

—¿Te dolió?

El se rió.

—Fue un éxtasis.

—También para mí —susurró ella mirándolo.

Seguía su ritmo, ayudándolo, sintiendo que los estremecimientos comenzaban de nuevo.

—Oh, Ryder. Haz que lo sienta otra vez, por favor.

Esta vez él no pudo esperar y no lo intentó. La poseyó con una fuerza casi salvaje y ella reunió las últimas fuerzas que le quedaban para adaptarse a sus movimientos hasta que los dos volvieron a experimentar el clímax.

Había amanecido. Lo último que Ivy recordaba era que Ryder la abrazaba apasionado y los cubría con la sábana. Se dio la vuelta, pero la cama estaba vacía. Estiró las piernas y se levantó. Miró la sábana y se quedó boquiabierta.

—¿Te das cuenta de que ha sido la primera vez?

Se dio la vuelta y miró a Ryder. No entendía nada.

—¿No sabes lo que ha pasado? —le preguntó Ryder desde la

puerta.

Estaba completamente vestido y, aparentemente, a punto de salir.

—¿Qué ha pasado?

—¿No sabes por qué al principio te dolió?

Ivy volvió a mirarlo a los ojos y de repente comprendió. Se ruborizó de la cabeza a los pies.

—Eso es. Casi eras del todo virgen. Así que, en cierto sentido, he sido yo el primero en hacerte el amor.

Ella le dio un beso en la boca y lo abrazó.

—¿Te gusta?

—Sí. Yo quería que tú fueras el primero. Oh, te deseé durante tanto tiempo —le dijo abandonando todos sus temores—. Cuando tenía quince años solía mirarte y soñar que una noche venías a mi habitación y me hacías el amor.

—¿Qué?

Su expresión la hizo guardar silencio por un instante.

—Yo creía que lo sabías. Ya te he dicho que nunca sentí lo mismo por Ben. Era porque... sólo podía sentirlo por ti, y él lo sabía.

—¡Ivy! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡No lo sabía! ¡No sabía que me desearas desde hacía tanto tiempo!

—Pero yo estaba segura de que lo sabías. Después de aquella noche me evitaste...

—Y tú a mí. Saliste corriendo y te echaste en brazos de Ben.

—Porque sabía que no podría tenerte. No me querías porque me considerabas más como una hermana pequeña que como a una mujer. Lo entendí por tu actitud. Siempre me evitabas, así que cuando Ben me pidió que saliéramos, acepté.

—¡Dios mío! —exclamó él.

—¿Qué ocurre?

Ryder no podía hablar. Ella lo había deseado y nunca supo cómo se sentía él. Pensaba que quería evitarla, que la rechazaría, así que se casó con el maldito Ben. Y Ben sabía que lo quería a él y por eso la había tratado con crueldad. Le daba vueltas la cabeza.

—Tengo que irme para comprobar la reservación del avión y algunas otras cosas —le dijo secamente—. Hasta luego.

Se marchó sin mirarla siquiera e Ivy se quedó mirándolo mientras se le rompía el corazón, porque acababa de decirle lo que

sentía y él se había marchado como si no le hubiera gustado lo que había oído.

Tal vez lo único que él sintió era deseo, y ahora que estaba satisfecho no quería complicarse la vida con el amor. Se le llenaron los ojos de lágrimas. No sabía qué podía hacer.

Ryder no fue a comer al hotel. Comprobó la reservación del avión, se despidió de sus amigos y caminó bajo la lluvia, tratando de comprender lo que había sucedido. ¿Por qué no se había dado cuenta de los sentimientos de Ivy? ¿Por qué no se había percatado de que lo deseaba?

Decidió que se trataba de eso. Ella, durante todos aquellos años y también la noche anterior, sólo lo había deseado. Ben nunca la había satisfecho y después de la noche anterior sabía lo que era sentirse como una mujer gracias a él. Pero no era amor. Y él quería su amor.

Se sintió culpable al ver su rostro triste cuando regresó al hotel. No sabía qué decirle. Nunca debía haberla tocado, ahora querría una relación puramente sexual y él no podía dársela. El quería mucho más.

Se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa.

—Ivy, tenemos que hablar.

—No hace falta —replicó ella.

Había decidido que el único camino posible era fingir que no le importaba realmente hasta que él perdiera el interés.

—No tienes por qué explicarme nada. Tú me deseabas y yo a ti. Los dos quedamos muy satisfechos y eso es todo. No te preocupes, note pondré ninguna dificultad.

Ryder suspiró. ¿Cómo podía hablar en esos términos cuando para él había sido algo mucho más importante?

Bueno, si para ella había significado tan poco, tenía muy claro que no le diría lo mucho que había significado para él. Los dos podían jugar al mismo juego.

—Me alegro de que lo entiendas.

—Soy, una mujer adulta, no una niña—le dijo sin mirarlo—. Desde ahora seguiremos trabajando juntos y seremos amigos, pero nada más. Espero no escandalizarte.

—Como si pudieras —murmuró él—. Pero lo que es seguro es que no podemos seguir siendo amigos.

—No lo sé.

El se rió amargamente y encendió un cigarrillo, lo que hacía muy a menudo últimamente.

—¿No lo sabes? Pues deja que— te diga que cada vez que me mires durante el resto de tu vida, me verás desnudo; y a mí me pasará lo mismo.

Ivy se ruborizó.

—Puede que sea buena idea que me busque otro trabajo.

—No será necesario. Me marcharé al extranjero durante algún tiempo dentro de pocas semanas, así que es más que probable que ni siquiera nos veamos.

—Ryder—susurró con una profunda tristeza.

El se dio la vuelta. Su rostro se mostraba impasible.

—Será mejor que nos vayamos al aeropuerto —sugirió con una voz extraña.

—Casi había terminado de hacer el equipaje.

Mientras sacaba la última ropa del armario de su habitación se preguntaba si Ryder no aparecería tras su espalda en cualquier momento y le diría que todo había sido un malentendido, que se quedaban otra semana, que la deseaba otra vez, que la quería. Miró la habitación una vez más y la invadió la más profunda tristeza.

Decían que París era una ciudad para el amor. Bueno, ella y Ryder habían sido amantes, pero ¿en dónde estaban sus sueños de amor y compromiso eternos? Era mejor no haberlos realizado allí, porque sabía que nunca se harían realidad.

En los días que siguieron a su regreso de París Ivy se preguntó muchas veces si estaba trabajando para un fantasma. Porque Ryder salió de viaje hacia un lugar desconocido al día siguiente de regresar. Iba a la oficina dominada por la ansiedad, pero se preocupaba por nada. Ryder se había marchado con la secretaria del vicepresidente y ni siquiera dejó dicho adónde iba.

Con un profundo suspiro Ivy se sentó en su mesa para abrir el correo, preguntándose cómo iba a arreglárselas durante el resto de su vida con el corazón hecho pedazos.

Había perdido el apetito y sólo comía tostadas, café y ensaladas. No mostraba interés por nada y cada vez estaba más delgada y más débil.

—¿No crees que deberías ir al médico? —le decía Jean con

preocupación.

—Sólo estoy cansada.

Eran las siete de la tarde y no podía mantener los ojos abiertos.

—¡Cansada! Por Dios Santo, siempre estás cansada. Oh, cariño, estoy muy preocupada por ti.

—Si quieres saber la verdad, creo que estoy deprimida. Echo de menos a Ryder.

Jean se tranquilizó.

—Así que es eso.

Ivy asintió.

—Lleva un mes fuera y ni siquiera me ha llamado por teléfono. Envía mensajes a través del señor Wood dando instrucciones y manda cartas y contratos por fax, pero nada para mí.

—¿Ocurrió algo en París?

Ivy se dio la vuelta antes que su madre se diera cuenta de que se había ruborizado. Jean no era ninguna tonta e Ivy no quería hablar con ella de algo tan personal.

—Lo único que pasó es que dijo que no quería casarse.

—Mi pobre niña —suspiró Jean aceptando la frase como si fuera toda la verdad.

Abrazó a su hija con afecto.

—De todas formas, no olvides una cosa. La mayoría de los hombres no quieren casarse y algunas veces les lleva mucho tiempo hacerse a la idea —comentó y se rió—. ¿Sabes que tu padre era uno de esos? Pero decidió que el matrimonio no era tan malo y cuando tú naciste fue el marido más feliz del mundo.

—Ojalá lo hubiera conocido.

—Sí. Era muy especial —asintió Jean—. ¿Te gustaría comer algo ahora?

—Lo intentaré. No tengo mucho apetito últimamente. Y lo más extraño es que el olor a tocino me pone enferma. ¿Crees que me ocurre algo en el estómago?

Tal vez tengas algo de indigestión.

Pasaron tres semanas más antes que Ryder volviera. Ivy se había recuperado un poco, pero el cansancio de las tardes era cada vez mayor. Seguía sin tener apetito, pero dejó de preocuparse porque parecía que había engordado un poco, lo que probaba que estaba bien de salud.

La mañana de un lunes, Ryder entró en la oficina inesperadamente. Ivy levantó la vista de su mesa y lo vio. La miraba con sus ojos pálidos, que parecían aún más grandes debido a la delgadez de su rostro.

No podía saber que después de siete semanas él la veía muy cambiada. Recordaba a una mujer saludable, con una piel exquisita y un brillo en los ojos. Pero ahora esa misma mujer estaba excesivamente delgada y tenía opacos el pelo y la piel de la cara. Daba la impresión de estar enferma.

Ivy esperaba una sonrisa que no se produjo. Sólo la miraba con el ceño fruncido, inmóvil en el quicio de la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué te ha ocurrido?

—¿Porqué? Nada —tartamudeó.

Se levantó de la silla y trató de sonreírle.

—Me alegro de verte, Ryder.

El no respondió. Llevaba una cartera y la puso en el suelo.

Parecía preocupado.

Un instante después, Ivy sintió que se le nublaba la vista, que la cabeza le daba vueltas y, con un ligero quejido, sintió náuseas y cayó al suelo.

Capítulo 10

RYDER la levantó en brazos y la miró con el ceño fruncido.

—Estoy bien —le aseguró ella tratando de sonreír.

El había vuelto, así que todo marcharía bien. Lo miró con el corazón y preguntó:

—¿No me vas a dar un beso?

—Te daría uno si tuviera la seguridad de que podría parar.

Cruzó la puerta y entró en su despacho.

—No pesas nada, ¿es que no comes?

A Ivy le encantó que se preocupara por ella.

—Supongo que tengo un virus. Estuve enferma mucho tiempo y ahora no tengo hambre. Lo más extraño es que algunas comidas me dan asco.

Ryder apenas podía creer que Ivy no se diera cuenta de lo que significaban sus palabras. Le había dicho que no podía tener hijos, así que no podía imaginar lo que en realidad sucedía, más bien lo describía como una extraña enfermedad. Sin embargo su mente se iluminó ante aquella deliciosa posibilidad.

—¿Has visto a un médico?

—Hablas como mamá —aseveró ella riendo—. No, no he visto a un médico, porque no me hace falta. Ahora ya estoy bien, seguramente no será más que una gripe.

—No tienes buena cara.

—Si vas a empezar a meterte conmigo, te diré que tú también Pareces cansado —le dijo fijándose en sus ojeras.

Olía a colonia cara y tenía un aspecto muy interesante, como si escondiera un secreto.

—¿Demasiadas noches con chicas bonitas?

—Como si pudiera tocar a otra mujer después de aquella noche

contigo —le aclaró con calma.

El corazón de Ivy pareció querer saltarle del pecho.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

Se inclinó y la besó. Ella lo aceptó sin reservas. Fue un beso como los de la noche en París. Ryder gimió suavemente y la atrajo hacia sí con fuerza. Todavía la sostenía en brazos, y en lugar de dejarla en el suelo se sentó en su escritorio y la besó hasta que necesitaron respirar. Estaba casi seguro de que estaba embarazada, y le asombraba y le encantaba que ni siquiera lo sospechara. La intensidad de sus propios sentimientos también lo asombraba, como el placer que lo invadía con el pensamiento de que Ivy llevaba en las entrañas un hijo suyo.

Pero cuando levantó la cabeza y miró sus tímidos ojos, se le ocurrió que no podía decirle que lo sabía. Tendría que llevarla a ver un médico. Después de que supiera la noticia la vigilaría para que no hiciera ninguna locura, y por último tendría que mostrarse sorprendido cuando ella se lo dijera. Porque si le decía que lo sabía, podría pensar que sólo se interesaba por ella porque iba a tener un hijo suyo. Era una situación difícil, pero no tenía más remedio que hacerlo así.

El primer paso, decidió, sería cortejarla. Sin arrebatos y sin situaciones imprevistas que los hicieran perder la cabeza. Tenía que probarle que era fiel, que en realidad podía confiar en él, y que estaba desesperadamente enamorado. En realidad debía haber hecho todo aquello atraído por ella como para poder pensar. Afortunadamente, todavía quedaba tiempo, si hacía las cosas con cuidado.

Frotó la nariz en su mejilla y dijo:

—Ha sido una gran bienvenida. ¿Me invitas a comer?

—Sí, claro. Kim Sun también puede venir.

—Kim Sun está de vacaciones y se ha ido a visitar a sus padres. Afortunadamente, no volverá hasta dentro de dos semanas.

—Sabes perfectamente que lo echas de menos —le aseguró Ivy.

—No es nada comparado con lo que te echado de menos a ti —dijo acariciando sus mejillas—. Era como si el mundo hubiera perdido su encanto.

—Eso es lo que ocurrió aquí, sin ti.

Le echó los brazos al cuello y lo besó con pasión.

—¿Querrás acostarte conmigo?

Ryder se puso rígido.

—No te imaginas cuánto lo deseo. Pero tú y yo necesitamos empezar otra vez, desde el principio. Ir al cine, tomarnos de las manos, salir... esa clase de cosas.

Ivy se quedó sorprendida. No podía estar diciendo que... Lo miró a los ojos y supo que sí lo había entendido. Estaba hablando de un compromiso. No podía saber de qué tipo, pero no importaba. Lo único que importaba era que había vuelto y quería estar con ella.

—A veces soñaba que salía contigo.

—Yo también tuve algunos sueños. Tú hiciste realidad muchos de ellos en París —murmuró y besó su rostro, enrojecido de rubor —. No te preocupes por ello. Fue la noche más dulce de mi vida.

—Sí, pero has tenido muchas.

—Fue nueva para los dos, créeme. En muchos sentidos, tú eras virgen, ¿te acuerdas?

Ella se estremeció al recordar aquella noche.

—¿No podemos hacer el amor?

Ryder encendió un cigarrillo.

—Todavía no.

—¿Tenemos que esperar? —insistió ella.

—No mucho. Mientras tanto podremos conocernos mejor.

—¿Tendrás tiempo?

—Lo sacaré de donde sea. Voy a cuidar muy bien de ti, señorita McKenzie.

—Lo dices como si hiciera falta que me cuidaran.

—¿Y no lo necesitas? Sinceramente, estás más delgada que un espagueti.

—He estado a dieta mientras tú estabas fuera —dijo, bromeando con lo que no era más que la pura verdad.

—Ahora he vuelto y no volveré a marcharme, así que no tendrás ninguna excusa para dejar de comer.

—Basta con que no me des tocino.

Aquella noche no le dio tocino de cenar, sino jamón cocido con pan casero, ensalada de papas y tarta de manzana, su postre favorito.

Ryder comió mucho. Era lo primero que comía con verdadero

apetito después de muchas semanas. Había adelgazado dos kilos. No apartaba la vista de Ivy, quien llevaba un vestido de color hueso con un pañuelo de organdí, que él ya conocía. Aquella ropa le quedaba muy bien.

Después del postre, Jean insistió en lavar los platos y los dejó solos en el cuarto de estar cerrando la puerta con mucha discreción.

—Cupido con bata de algodón —bromeó Ryder—. Menos mal que no sabe lo de París. Creo que nos rompería la cabeza —le dijo sonriendo.

Aquella sonrisa logró que Ivy olvidara su timidez y se estrechara contra él.

—Quiero besarte. Sólo besos esta vez, pequeña. No queremos que las cosas se nos vayan de las manos.

—Sí que queremos —afirmó ella abrazándola con mayor insistencia.

Ryder se separó de ella con suavidad.

—Sí que queremos, pero no esta noche. Ni aquí.

Ivy apoyó la cabeza sobre el pecho de Ryder. Podía oír el latido de su corazón y sentir la calidez de su cuerpo.

—No he dormido —aclaró sin querer mientras miraba el fuego encendido en la chimenea.

—Yo tampoco he dormido bien. No porque hubiera otras mujeres, sino porque te echaba mucho de menos. Quería sostenerte entre mis brazos al dormir, como en París.

—Sssshhh —le indicó Ivy—, mamá puede oírnos.

—Hmm, es verdad. Pero tú también me echaste de menos, ¿verdad?

Ivy asintió y cerró los ojos. Le gustaba estar apoyada en él, se sentía muy femenina. No era como Ben.

—¿Por qué te has quedado callada?

—Estaba pensando en Ben. Dependía demasiado de mí. Estaba pensando —añadió al darse cuenta de que se había puesto muy rígido— que me gusta apoyarme en ti.

—Hay algo respecto a Ben que tú no sabes. Antes que vayamos más lejos tienes que saberlo todo.

Ivy se incorporó. En el tono de voz de Ryder había una cierta preocupación.

—El padre de Ben murió en un accidente, porque yo le había

dado órdenes de que me dejara un informe en el despacho. Tomó una botella de whisky que encontró en un cajón de mi mesa. Le hicieron la autopsia y comprobaron que estaba borracho cuando su coche cayó por un precipicio —le contaba todo aquello sin atreverse a mirarla a los ojos—. A partir de aquel momento la vida de Ben comenzó a ir de mal en peor. Después del accidente empezó a beber. Parte de la culpa de los problemas que tuviste con él es mía.

Ivy guardó silencio durante un largo instante, pensando en su propia responsabilidad y en las palabras que le había dicho su madre al respecto. Ella también quería ayudarlo tal como a ella la había ayudado Jean.

—Nadie es responsable de los problemas de los demás —le aseguró con calma—. Dices que Ben bebía por causa de la muerte de su padre, pero podía haberse enfrentado a esa muerte de otra manera. Todos podemos elegir, y a veces nos equivocamos. Ben se equivocó y yo también. Pero ahora tengo que seguir viviendo. Y tú.

Mirar atrás no te ayudará. Por mucho que te lamentes no podrás cambiar lo que ha ocurrido.

En aquel instante, Ryder la miró.

—Yo no era lo que Ben esperaba, pero él no tenía por qué quedarse conmigo y no tenia por qué beber —añadió Ivy.

Ryder le acarició la mano.

—He arrastrado eso durante mucho tiempo. Pensé que me echarías la culpa.

—No te culpo de nada. Excepto de regresar a casa antes de subir a la Torre Eiffel —le indicó con una sonrisa.

Ryder soltó una carcajada.

—¿No te llevé? Lo siento, cariño. Aquellos días estaba hecho un lío.

—¿Por qué nos fuimos tan pronto?

—¿No lo sabes?

La levanto y la puso sobre su regazo, haciendo que apoyara la cabeza en su brazo.

—No habríamos sido capaces de detenernos. Nos habríamos entregado el uno al otro día y noche mientras permaneciéramos allí. Al volver, Jean nos salvaría de nosotros mismos.

—Sí, aquí sí. Pero Kim Sun se fue y no hay nadie en tu casa.

Ryder sonrió.

—No voy a llevarte a mi casa. A Jean no le gustaría y no quiero poner en entredicho tu reputación.

—Qué anticuado.

—Pues eso es lo que soy; excepto cuando las morenas de ojos negros me hacen perder la cabeza —expresó y la besó con suavidad —. Me gustaría dejarte embarazada, Ivy —le susurró en el oído con suavidad y sin poder evitar una secreta sonrisa.

Ivy se estremeció. Se le hizo un nudo en la garganta al oír aquellas palabras. Se incorporó un poco y dijo en un murmullo:

—Y a mí también, Ryder. A mí también.

Ryder la abrazó con fuerza y se dieron un largo beso. Ivy lo sentía con tanta intensidad que se despertó el deseo en ella. Le tomó una mano y la apoyó en uno de sus senos.

Ryder trató de retirarla pero ella la mantuvo allí.

—No es una buena idea, Ivy —gruñó con voz ronca.

—Oh, sí que lo es —susurró ella contra sus labios—. Me gustaría desnudarme. ¡Quiero hacerte el amor aquí mismo!

—Dios Todopoderoso. ¡Me vas a matar! —exclamó Ryder.

La besó apasionadamente y con una mano le levantó el vestido y le acarició la suave piel de sus muslos.

—¡Ivy...!

Un estruendo de platos y tazas los alertó de la proximidad de Jean.

Ryder retiró la manó y se incorporó con desgana. Los dos respiraban con agitación y sentían el corazón latir a gran velocidad.

—Supongo que ahora sí pensarás que soy una desvergonzada. Pero no me importa. No me sentiría así con nadie más.

—Espero que no —dijo él.

"Sobre todo en tu estado", podrías haber añadido. Le apartó el flequillo de la cara.

—Pero no, no pienso que seas desvergonzada —continuó—. Creo que eres una mujer normal con una actitud muy sana respecto al sexo. Me alegro de que confíes en mí lo bastante como para concederme tanta libertad con tu cuerpo.

—¿Tanto me deseas?

—Oh, sí —murmuró con una nota de deseo en la voz.

Ivy apoyó la cabeza en su pecho y frotó la mejilla en la manga de la camisa.

—No quiero levantarme. ¿Tengo que hacerlo?

—Tu madre puede imaginar muchas cosas, cariño. Será mejor que nos portemos bien.

—De acuerdo.

Se sentó al otro lado del sofá y en aquel instante entró Jean con la bandeja del café y se sentó entre ellos con una mirada de aprobación.

Durante los días siguientes tuvo que manifestar muchas miradas de aprobación y ejercer su papel de guardiana cuando Ryder venía a cenar o a ver una película para, según él, entretenerse.

Ryder nunca le sugirió a Ivy que fueran a su casa y siempre se aseguró de que no pasaran demasiado tiempo solos. Le enviaba flores y la llamaba por las noches sólo para oír su voz y disfrutar con su secreto, aunque a veces tenía ganas de salir corriendo a la calle y decirle a todo el mundo que iba a tener un hijo. Muchas veces la miraba y no podía evitar una sonrisa, estar con ella era como estar en el Paraíso.

Mientras tanto ella seguía siendo su secretaria y a él le costaba mucho tener la mente ocupada en los asuntos de la oficina.

Un día, con una secreta alegría, ella lo sorprendió observándola después de recibir la visita de un arquitecto.

El arqueó una ceja mientras se apoyaba en el quicio de la puerta y la miraba con una sonrisa.

—Tus mejillas vuelven a tener color.

—Me encuentro mejor. Aunque tengo sueño a todas horas.

Ryder tenía que contenerse para no llevarla a ver a un médico. Pero hacía muy poco tiempo que acababa de volver y debía tener mucho tacto. Sus vidas dependían de lo que él hiciera. No podría soportar echar a perder su relación, pero tampoco podía esperar mucho más.

—¿Hoy tengo alguna cita más?

—Nada hasta mañana. ¿Te vas?

—Nos vamos.

Llamó al señor Wood y le dijo que los dos se irían por el resto del día.

—¿Pero a dónde vamos?

—A los Montículos de Kolomoki.

Los Montículos de Kolomoki eran un antiguo territorio indio de

enorme extensión que en invierno estaba desierto. Durante el verano se llenaba de turistas y estudiantes de arqueología.

—¿Te atreves a subir?

Había más de veinte metros hasta la cima cubierta de hierba alta, a la que se llegaba por una empinada escalera de cemento.

—Sí. Pero, ¿por qué vamos?

—Ahora que Kim Sun ha vuelto, ¿en qué otro lugar podemos estar solos? —le preguntó sin mirarla.

Ella se ruborizó. Había un tono en su voz que la hacía temblar. Estaba segura de que podría subir. Lo miró. Llevaba un traje oscuro y ella una falda plisada con una blusa blanca.

—Me parece que no llevamos una ropa muy adecuada.

—Tampoco es adecuada para rodar por la hierba, pero eso es lo que vamos a hacer cuando subamos. ¿O crees que seremos capaces de sentarnos y hablar cruzados de brazos?

Ivy lo miró con complicidad.

—Ni siquiera me cruzó por la cabeza.

Los Montículos estaban situados en una zona de tierra roja. Los había pequeños, pero el del templo se elevaba en una llanura sobre los árboles que lo rodeaban.

No había ni un alma, aunque se habían encontrado con un coche de la policía de parques nacionales a la entrada.

Ryder la ayudó a subir, con mucho cuidado para no dejarla perder pie. Ella no entendía la razón de tantas atenciones, pero se sentía halagada.

Al llegar a la cima, jadeantes, Ryder rodeó a Ivy con un brazo y contempló el paisaje circundante.

—Es magnífico.

—Sí. Aunque los árboles impiden verlo todo, más al norte hay zonas más elevadas desde las que se divisa una vista fascinante. Ivy lo miró.

—Me gustó mucho Arizona.

—Y a mí.

La miró a los ojos.

—Te quiero, Ivy —dijo y la besó.

Aquellas palabras resonaron en el cuerpo estremecido de Ivy y los ojos se le llenaron de lágrimas:

—No lo has dicho, ¿verdad? Lo he soñado.

—Lo he dicho —afirmó y la besó en las mejillas mojadas por las lágrimas—. Te quiero desde que tenías dieciocho años, pero pensé que eras demasiado joven. Esperé algunos años para intentarlo de nuevo, pero te di miedo y corriste a los brazos de Ben —dijo, y añadió con un profundo suspiro—. Creía que lo amabas. Por eso me fui después del funeral. Te ofrecí un empleo y pasé noches enteras pensando en la manera de decirte lo que sentía.

—Oh... Ryder —murmuró y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Yo también te quería... te amaba... vivía por tí. Ben lo sabía y te odiaba, y me odiaba por ello.

La besó. La agarró por la cintura y la levantó, demasiado emocionado como para pensar en su estado. ¡Ella lo quería! ¡Le había dicho que lo quería!

—¿No lo sabías? —le preguntó Ivy.

—No —le contestó. La miraba de tal forma que Ivy creía que iba a volverse loca de alegría—. Nunca imaginé que podría importarte tanto. En París sabía que podía lograr que me desearas, pero no era suficiente. Nunca quise llegar tan lejos, pero había pasado mucho tiempo y te deseaba con locura. No lo siento, pero ojalá hubiéramos sabido antes que sentíamos lo mismo el uno por el otro.

—Ahora lo sabemos —le dijo llena de felicidad—. Por favor, cásate conmigo. No puedo decirte no otra vez y para mi madre sería un escándalo que viviéramos juntos sin estar casados.

Ryder se estremeció. Se había estado atormentando buscando mil formas de decírselo y era ella quien se lo pedía. Casi le daban ganas de estallar en carcajadas.

—¿Quieres ser mi mujer? ¿Vivir conmigo para siempre?

—Sí —le respondió con ardor—. Te cuidaré, Ryder. Haré la comida, bueno, Kim Sun y yo haremos la comida —añadió riendo —. Y te cuidaré cuando estés enfermo y te querré todas las noches.

Ryder sentía que el corazón iba a saltarle del pecho. La miró y la besó con infinita ternura, temblando con la nueva sensación de amar y ser amado, de pertenecer a alguien.

—Yo también te querré.

La abrazó con fuerza y ella se dio cuenta de que estaba excitado.

—Esperaba que aquí no hiciera tanto frío.

—Yo también, Ryder, podemos estacionar el coche en algún sitio...

Ryder le tomó la cabeza entre las manos y la miró. La deseaba más que nunca pero no quería hacerle el amor en su estado.

—No —dijo después de unos instantes—. Te amo demasiado para reducir lo que sentimos a un momento febril en el asiento trasero de un coche.

Se apartó de ella, quien lo miraba seductoramente.

—Ya sabes lo que me cuesta no hacerlo.

—¿Así te sentías en París?

—No tienes idea —contestó acariciándole la mejilla—. Ivy, desde el día en que me di cuenta de que te quería no ha habido otra mujer.

—Me dijiste que dos años.

—Te mentí —dijo y la agarró por la cintura y la balanceó con ternura—. Fueron cinco.

—Oh, Dios mío —exclamó ella—. ¡Increíble!

—Sí, increíble —repitió sonriendo—. Y aún no lo sabes todo.

—¿Qué?

—Ivy, ¿por qué me dijiste que no podías tener hijos?

—Porque no puedo —respondió ella con tristeza—. No los tuve con Ben. Debo tener algo... mal. ¿Te importa mucho? Dijiste que no, pero...

Le tomó las manos y se las puso sobre el vientre mirándola con infinita ternura.

—Siente.

Ivy no comprendía.

—Las náuseas, el cansancio, el olor del tocino —aclaró él sonriendo tiernamente—. Hicimos un niño en París.

Ivy abrió los ojos desmesuradamente y se le cortó la respiración. La alegría estalló en su interior. Rompió a llorar y lo abrazó sin dejar de estremecerse, loca de felicidad.

—No lo sabías, ¿verdad, pequeña? —le preguntó al oído—. Sí, me casaré contigo, señorita McKenzie. Y será mejor que sea cuanto antes.

—No puedo creerlo. Es demasiado maravilloso. Nunca había soñado... Pero, ¿y si no lo estoy?

—¿Has tenido la menstruación?

Ivy se quedó boquiabierta.

—Oh, Dios mío. Yo pensaba que era debido a la excitación.

Ryder la miró con malicia.

—Se debe a la excitación.

Ivy le dio un golpecito en el pecho.

—Nunca podré creerlo. Que esté embarazada y que tú lo sepas antes que yo.

—Tienes que ver a un médico. Haz una cita hoy mismo —le pidió—. Pero tanto si lo estás como si no, y apuesto el cuello a que lo estás, nos casaremos. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero —repitió y lo besó—. Pero espero que aquí haya un niñito ——continuó dándose una palmadita en el vientre.

Capítulo 11

Y HABÍA un niñito. Ryder la llevó al médico y esperó con ella hasta que el doctor los recibió. Ivy se había divertido mucho escuchándolo inventar excusas para conseguir la cita.

En menos de una hora el doctor confirmó sus sospechas y la citó otro día para hacer pruebas más exhaustivas.

—Quiero pensar que el niño será bienvenido ——dijo el doctor con sequedad.

Ivy estaba sentada en una silla y Ryder, en cuclillas a su lado, le agarraba la mano.

—No sabe cuánto —le contestó Ryder y miró a Ivy, que se había ruborizado.

—Bueno, les daré el nombre de un buen ginecólogo. A partir de ahora tiene que cuidarse mucho —le sugirió a Ivy—. Las pruebas sólo nos van a confirmar los resultados del examen, así que podemos adelantar una cita —dijo y volvió a mirarlos por encima de las gafas—. Imagino que se trata de uno de estos arreglos modernos.

—Oh, no somos nada modernos —le respondió Ivy—. Nos vamos a casar.

—Doctor, tiene que explicarle lo que le sucede a un hombre después de cinco años de abstinencia —le sugirió Ryder—. Por eso está embarazada antes de la ceremonia.

—¿Ha estado en la guerra o qué?

—He estado enamorado de ella, pero ella estaba fuera de mi alcance. Pero ahora es mía y nunca se irá de mi lado.

—Y nunca querrá irse —afirmó Ivy.

El resultado de las pruebas fue positivo y al día siguiente le dieron a Jean la noticia.

—Tenemos algo que decirte —dijo Ivy.

—Me lo imaginaba. Anoche no hicieron más que lanzar evasivas y mirarse uno al otro cuando pregunté por qué estabas tan cansada. Se van a casar, así que los felicito.

—Esto... me temo que es un poco más complicado —balbuceó Ryder y se sentó con Jean en el sofá y tomó su mano—. Vamos a tener un niño —confesó con una sonrisa.

—No puede... tener hijos. Quiero decir...

—Está embarazada. Acabamos de recogerlos resultados de las pruebas.

Jean se llevó una mano al pecho.

—¡Dios Santo! —exclamó con una sonrisa de asombro—. ¡Oh, Ivy!

Ivy se unió a ellos en el sofá y abrazó a su madre.

—¿No es increíble? Todos esos años y no... Y la primera vez con Ryder —se dio cuenta de lo que estaba diciendo y se puso colorada.

Jean miró sus dos caras coloradas y dijo:

—¿París?

—París —asintieron los dos a un tiempo.

—¡No están casados!

—Hemos comprado la licencia esta tarde y conozco a un juez que no nos pedirá el análisis de sangre. Mañana estaremos casados. Jean los miró con severidad.

—Debería pegarles a los dos.

—La quiero. Esperé cinco años para decirle cuánto —aseguró Ryder, y se encogió de hombros—. Se lo dije un poco más gráficamente de lo que pretendía.

—Si esperaste cinco años, puedo imaginar cómo ocurrió. Dios mío, no soportaba la comida y no sospeché nada, ni tampoco cuando empezó a irse a la cama a las ocho de la noche.

—Yo tampoco lo sospechaba —rió Ivy—. Ryder me dijo que estaba embarazada.

—Una de mis tías tuvo gemelos —comentó Ryder—. ¿Ha habido gemelos en su familia?

—Mi abuela tuvo gemelos —respondió Jean—. Tu tío Harry y tu tío Todd.

—Me encantaría tener gemelos —dijo Ivy mirando a Ryder.

—Gemelos, trillizos, lo que sea ——declaró—. Espero que no

nos afecte demasiado y nos volvamos locos.

—¿Volvernos locos?

—De felicidad.

Jean soltó una carcajada y lo abrazó.

—Sé muy bien cómo te sientes. Bienvenido a la familia, hijo.

Al día siguiente se casaron y aquella noche Ivy yacía en brazos de Ryder en su propia habitación.

—Ha sido maravilloso. Con todas esas flores y Eve de madrina.

—Y la novia más guapa del mundo —aseguró Ryder, y la besó.

Llevaban puestos los pijamas e Ivy se preguntó por qué él no había insistido en hacerle el amor.

—Estás un poco distante para ser tu noche de bodas —le insinuó sonriendo—. ¿No eres el mismo hombre que iba a seducirme en el templo indio hace sólo tres días?

—Dos —le corrigió él—. Sí, soy el mismo, pero estabas cansada después de la ceremonia y además tuvimos que ir a despedir a Eve y a Curt.

Se dio la vuelta y se acurrucó en el hueco de su cuerpo y comenzó a acariciarle el pecho.

El contuvo la respiración.

—Despacio, despacio —le pidió él—. Tenemos que pensar en nuestro hijo.

—Sí —respondió y lo besó.

Luego él comenzó a acariciarla y le besó los senos con dulzura.

Ella nunca había imaginado que se pudiera hacer el amor con tanta ternura. El se adaptó a su cuerpo y la excitó con delicadeza hasta que tembló y se abrazó a él. Sólo entonces la poseyó y comenzaron a moverse con suavidad, muy lentamente.

Ivy sentía la calidez y la plenitud de su cuerpo y abrió los ojos para mirarlo.

Ryder le puso la mano en las caderas y ella sonrió al sentir que la atraía aún más. Lo recibía con alegría y no sintió dolor en ningún momento.

—No me duele.

—Claro que no —aseguró él besándola——. En París eras virgen y ahora eres mi mujer. Nos adaptamos como una mano a un guante.

La miró y empujó un poco más, con infinita suavidad, hasta llegar a lo más profundo. Sólo entonces se detuvo un momento y

comenzaron a moverse de nuevo.

Era increíble. No dejaban de mirarse a los ojos y se movían con el mismo ritmo, muy dulcemente. Ivy sentía el peso de su cuerpo y él la miraba mientras el placer no dejaba de crecer. Poco a poco fue aumentando el ritmo, apretando sus caderas con ambas manos.

Ivy sentía que la habitación daba vueltas a su alrededor. Oía el roce de sus cuerpos contra las sábanas y los gemidos de Ryder.

Se dejó llevar por él, transportada de placer, ascendiendo a medida que se movían más de prisa. Finalmente alcanzaron la culminación con abandono mientras un profundo placer estallaba en su interior.

Muy pronto terminó, casi apenas después de haberlo alcanzado.

Ivy apretó el rostro contra su pecho.

—¿Porqué no puede durar?

—¿Entonces cómo podríamos vivir? —susurró—. No te muevas.

Se tendió de espaldas, pero sin separarse.

—¿Estás bien?

—Sí.

Lo besó en el pecho acariciando el vello con la nariz.

—Cada vez es diferente.

—Así tiene que ser. Después de que nazca el niño, te enseñaré algunas otras formas de hacerlo —dijo acariciándole la espalda—. Algunas son difíciles, así que esperaremos a que estés recuperada.

Ivy lo miró.

—Dicen que la pasión puede ser violenta. Eso es lo que siempre temí. Pero ahora ya no me da miedo —aclaró y lo besó— ¿Podemos hacerlo otra vez?

Ryder sonrió con malicia.

—No lo sé. ¿Podemos?

Ivy le acarició sus partes más íntimas.

—Oh, sí, podemos...

El niño nació al cabo de siete meses y medio. No fueron gemelos, pero, como dijo Ryder, lloraba como si lo fueran. Lo sacaron del hospital y fueron inmediatamente agasajados por una abuela radiante que no sabía de quién ocuparse con más cariño.

—Acabará diciendo que se parece a ti —le dijo Ryder a Ivy mientras los dos miraban a la extasiada abuela.

—Sí, lo sé —respondió Ivy apoyándose en su hombro.

—Te llevaré a la cama. Han sido unos días muy largos.

—Unos días maravillosos —aseguró ella mirando los brillantes ojos de Ryder—. ¿Eres feliz conmigo?

El le acarició la mejilla.

—Lo eres todo para mí.

Ella sabía que un amor como aquel entrañaba responsabilidades, y estaba deseando aceptarlas. Ella sentía lo mismo por él.

Ryder se fijó en un retrato qué colgaba de la pared. Era un cuadro al óleo de una muchacha con un vestido rosa sentada en un prado. Tenía el pelo negro y largo y los ojos oscuros y sus encantadores labios esbozaban una sonrisa. Lo había pintado él mismo cuando ella tenía dieciocho años.

—Era mi único placer durante los años que estuvimos apartados. Un recuerdo de un día en que las llevé a Eve y a ti al campo. Creo que aquel día me enamoré de ti.

—Yo también me enamoré de ti en aquellos días. Siento haber sido tan cobarde, eché a perder muchos años.

—No. Te sirvieron para crecer, para madurar, para aprender lo que es realmente el amor. Siento que sufrieras tanto, pero son los problemas los que nos moldean el carácter. Ninguna personalidad se forma en aguas tranquilas.

Ivy sonrió.

—Supongo que tienes razón. Lo más importante, es que ahora estamos juntos —afirmó, y miró a Jean que aún tenía a su hijo en los brazos—. Y que tenemos un hijo.

El pequeño Clellan abrió los ojos y miró a su abuela.

—Bueno, ya sé a quién se parece —afirmó Jean—. Se parece a mí.

Ryder e Ivy rompieron a reír ante el asombro de la abuela, que estaba demasiado feliz con su nieto en los brazos como para preocuparse por saber de qué se reían.

FIN

DIANA PALMER (E.E.U.U., 1946) - Nacida Susan Spaethfue Kyle, es periodista y tiene más de 16 años de experiencia en publicaciones tanto diarias como semanales. En 1979 comenzó a publicar novelas románticas y ahora trabaja para tres editoriales de Nueva York: MIRA, Silhouette Books (historias contemporáneas) y Fawcett Books (narraciones históricas). Ha escrito más de 95 libros que han sido traducidos y publicados por todo el mundo. Entre los galardones que ha recibido destacan siete premios Waldenbooks, cuatro premios B. Dalton, dos Bookrak, todos ellos por sus ventas nacionales, un Lifetime Achievement Award de la revista Romantic Times Magazine, varios premios Affaire de Coeur y dos premios RWA.